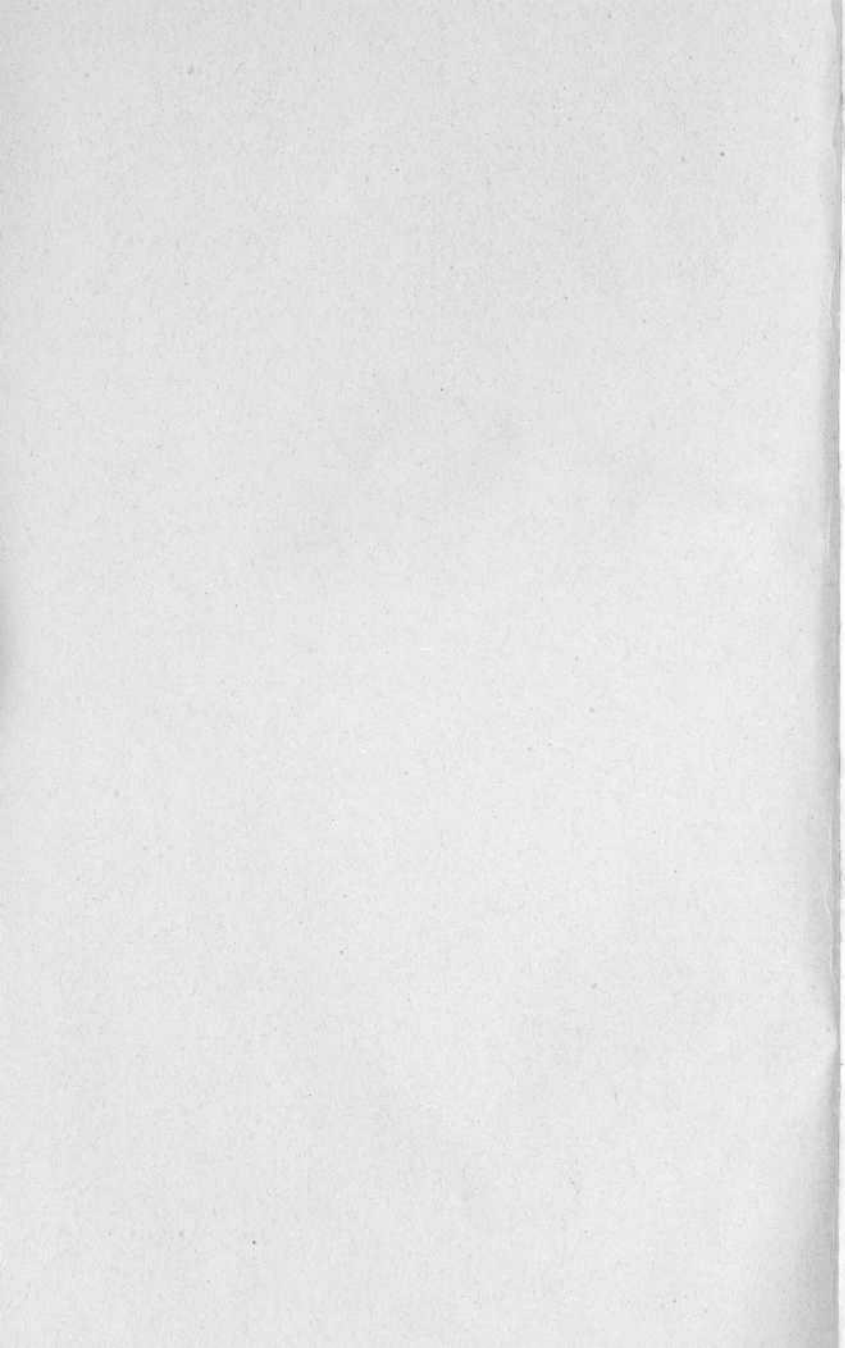




96-8-3481

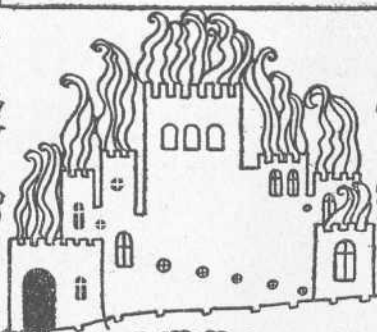




VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS



VIDA
DE
Santa Teresa de Jesús



PRINTED IN SPAIN

LIBRERIA RODRIGUEZ
RIVERA, 18-BILBAO



VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

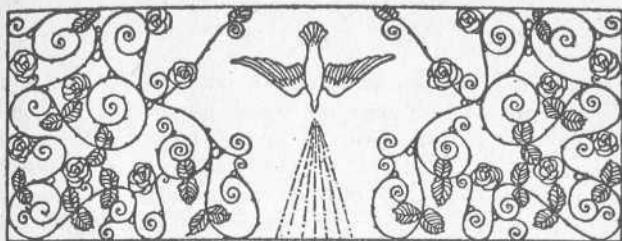
FUNDADORA DE LA REFORMA DE LA ORDEN
DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

(CON APROBACIÓN DEL ORDINARIO)

~~~~~  
TOMO SEGUNDO  
~~~~~

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 166.—Barcelona



CAPITULO XXV

EN QUE TRATA EL MODO Y MANERA CÓMO SE ENTIENDEN ESTAS HABLAS QUE HACE DIOS AL ALMA SIN OIRSE, Y DE ALGUNOS ENGAÑOS QUE PUEDE HABER EN ELLO, Y EN QUE SE CONOCERÁ CUÁNDO LO ES. ES DE MUCHO PROVECHO PARA QUIEN SE VIERE EN ESTE GRADO DE ORACIÓN, PORQUE SE DECLARA MUY BIEN Y DE HARTA DOCTRINA.

1. Paréceme será bien declarar, cómo es este hablar que hace Dios al alma, y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda; porque desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, o advertir otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar, y estar

el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer, ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir con el gran miedo que traía; y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecha.

2. Yo quería declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia pareceme será poco, o ninguno; mas ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno, o cuando es malo, o como puede también ser aprensión del mismo entendimiento, que podría acaecer, o hablar el mismo espíritu a sí mismo: esto no sé yo si puede ser, mas aun hoy me ha parecido que sí. Cuando es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se me decían dos y tres años antes, y todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira, y otras cosas a donde se ve claro ser espíritu de Dios, como después se dirá.

3. Paréceme a mí que podría una persona, estando encomendando una cosa a Dios con grande afecto y aprensión, parecerle entiende alguna cosa, si se hará o no, y es muy imposible; aunque a quien ha entendido de estotra suerte verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia; y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordene él algo, y que habla. Que no es otra cosa sino ordenar uno la plática, o escuchar lo que otro le dice, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra, y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras. Y aquí está en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos; en estotro no hay término. Y otra señal más que todas; que no hace operación, porque estotra que habla el Señor, es palabras y obras; y aunque las palabras no sean de

devoción sino de reprehensión, a la primera dispone un alma, y la habilita, y entenece, y da luz, y regala y quieta; y si estaba con sequedad o alboroto, y desasosiego de alma, como con la mano se le quita, y aun mejor, que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras. Paréceme que hay la diferencia, que si nosotros hablásemos o oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo, mas si me hablan, no hago más de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido. Estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser a tiempos, que está el entendimiento, y alma tan alborotada y distraída, que no acertaría a concertar una buena razón, y halla guisadas grandes sentencias, que le dicen, que ella aun estando muy recogida no pudiera alcanzar, y a la primera palabra, como digo, la mudan toda; en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas; ¿cómo se entenderán cosas que no habían venido a la memoria, aun antes, como vernán entonces, que no obra casi, y la imaginación está como embobada?

4. Entiéndase, que cuando se ven visiones, o se entienden estas palabras, a mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo (como ya dejo declarado, creo es la segunda agua) dél se pierden todas las potencias, y a mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender, ni oír. Está en otro poder toda, y en este tiempo, que es muy breve, no me parece le deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera, que aunque no están perdidas, casi nada obran; están como absortas, y no hábiles para concertar razones. Hay

tantas para entender la diferencia, que si una vez se engañasen, no serán muchas. Y digo, que si es alma ejercitada y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efecto hace, ni el alma lo admite: porque estotro mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear del entendimiento, casi como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesí. Estotro es como si lo oyésemos a una persona muy santa o letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y aun es baja comparación, porque traen algunas veces una majestad consigo estas palabras, que sin acordarnos quién las dice, si son de reprensión, hacen temblar, y si son de amor, hacen deshacerse en amar: y son cosas como he dicho, que estaban bien lejos de la memoria, y dícense tan presto de sentencias tan grandes, que era menester mucho tiempo para haberlas de ordenar, y en ninguna manera me parece se puede entonces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros.

5. Así que en esto no hay que me detener, que por maravilla me parece puede haber engaño en persona ejercitada, si ella mesma de advertencia no se quiere engañar. Acaecido me ha muchas veces, si tengo alguna duda, no creer lo que me dicen, y pensar si se me antojó (esto después de pasado, que entonces es imposible) y verlo cumplido desde ha mucho tiempo; porque hace el Señor que quede en la memoria, que no se puede olvidar, y lo que es del entendimiento, es como primer movimiento del pensamiento, que pasa y se olvida. Estotro es, como obra, que aunque se olvide algo y pase tiempo, no tan del todo, que se pierda la memoria, de que en fin se dijo, salvo si no ha mucho tiempo, o son palabras de favor o doctrina; mas de profecía, no hay olvidarse, a mi parecer, al menos a mí aunque tengo poca memoria. Y torno a decir, que me parece si un alma no fuese tan desalmada que lo quiera fin-

gir, que sería hartó mal, y decir que lo entiende, no siendo así: mas dejar de ver claro, que ella lo ordena y lo parla entre sí, paréceme no lleva camino, si ha entendido el espíritu de Dios; que si no toda su vida podrá estarse en este engaño, y parecerle que entiende, aunque yo no sé cómo. O esta alma lo quiere entender o no; si se está deshaciendo de lo que entiende, y en ninguna manera querría entender nada por mil temores y otras muchas causas que hay, para tener deseo de estar quieta en su oración, sin estas cosas, ¿cómo da tanto espacio al entendimiento, que ordene razones? Tiempo es menester para esto. Acá sin perder ninguno quedamos enseñadas, y se entienden cosas que parece era menester un mes para ordenarlas. Y el mesmo entendimiento y alma quedan espantados de algunas cosas que se entienden. Esto es así, y quien tuviere experiencia, verá que es al pie de la letra todo lo que he dicho. Alabo a Dios, porque lo he sabido así decir. Y acabo con que me parece, siendo del entendimiento, cuando lo quisiésemos lo podríamos entender, y cada vez que tenemos oración nos podría parecer entendemos: mas en estotro no es así, sino que estaré muchos días, que aunque quiera entender algo es imposible; y cuando otras veces no quiero, como he dicho, lo tengo de entender. Paréceme que quien quisiese engañar a los otros, diciendo que entiende de Dios lo que es de sí, que poco le cuesta decir que lo oye con los oídos corporales: y es así cierto con verdad, que jamás pensé había otra manera de oír, ni entender, hasta que lo vi por mí; y así como he dicho, me cuesta hartó trabajo.

6. Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos o tres veces, y he sido luego avisada del Señor, como era demonio. Dejando la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma a manera de otras muchas veces, que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de

diferentes maneras, y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota, y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo sino bueno. Pienso si siente un espíritu a otro. El gusto y deleite que él da, a mi parecer es diferente en gran manera. Podría él engañar con estos gustos a quien no tuviere o hubiere tenido otros de Dios. De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta, que unas devocioncitas de lágrimas y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, mas no para determinar estos efectos de buen espíritu o malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso; porque cuanto a personas que no están más adelante en oración, que hasta esto, fácilmente podrían ser engañadas si tuviesen visiones o revelaciones. Yo nunca tuve cosas destas postreras, hasta haberme Dios dado por sola su bondad oración de unión, si no fué la primera vez que dije, que ha muchos años que vi a Cristo, que pluguiera a su Majestad entendiera yo era verdadera visión, como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran disgusto.

7. Tengo por muy cierto, que el demonio no engañará ni lo permitirá Dios a alma, que de ninguna cosa se fía de sí, y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí, que por un punto della morirá mil muertes; y con este amor a la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a unos y a otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia.

Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, o detenerse en decir; pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía a los Santos (no digo que lo crea, sino que el demonio la comience a tentar, por primero movimiento, que detenerse en ello, ya se ve que es malísimo; mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso creo no vernán, si el alma está en esto tan fuerte como lo hace el Señor a quien da estas cosas, que le parece desmenuzaria los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia muy pequeña) digo, que si no viere en sí esta fortaleza grande, y que ayude a ella la devoción o visión, que no la tenga por segura. Porque aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo, y se dé experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la sagrada Escritura, y como un tantico torciese desto, mucha más firmeza sin comparación me parece ternía en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonces no es menester andar a buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes y huyen del alma según queda desabrida y alborotada, y sin ningún efecto bueno: porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada, y sin suavidad. Paréceme que quien tiene experiencia del buen espíritu, lo entenderá.

8. Con todo puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta, que no lo sea más temer, e ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque a mí hartos me han venido por estos temores demasiados que tie-

nen algunas personas. En especial me acaeció una vez, que se habían juntado muchos a quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese (que aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba, hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor, y temían no fuese engañada: yo también traía grandísimo temor, cuando no estaba en la oración, que estando en ella, y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba) creo eran cinco o seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo, y que procurase distraerme de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho, y ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo como vi que tantos lo afirmaban, y yo no lo podía creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados, ¿que por qué no los había de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme a esto debían de decir verdad. Fuíme de la iglesia con esta aflicción, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecía burlaban de mí cuando de ello trataba, como que se me antojaba: otros avisaban al confesor, que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio; sólo el confesor (que aunque conformaba con ellos, por probarme, según después supe) siempre me consolaba y me decía, que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo a Dios, no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho a Dios; y él y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas; y yo toda mi oración; y cuantos entendían eran siervos de Dios, porque su

Majestad me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era continuo pedirlo al Señor.

9. A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba que era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido; y aunque me pesaba lo había de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta aflicción me vi algunas y muchas veces; aunque no me parece ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro o cinco horas, qué consuelo, ni del cielo, ni de la tierra, no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, teniendo mil peligros. ¡Oh, Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando queréis podéis, nunca dejáis de querer si os quieren! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh, Señor mío, qué delicada y pulida, y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Oh, quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh, Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras, y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío, mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atórméntenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien en sólo Vos con-

fía. Pues estando en esta tan gran fatiga (aun entonces no había comenzado a tener ninguna visión) solas estas palabras bastaban para quitármela, y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que yo soy, y no te desampararé, no temas.*

10. Paréceme a mí, según estaba, que era menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie: heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios. ¡Oh, qué buen Dios! ¡Oh, qué buen Señor, y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh, váleme Dios, y cómo fortalece la fe, se aumenta el amor! Es así cierto, que muchas veces me acordaba de cuando el Señor mandó a los vientos que estuviesen quedos en el mar, cuando se levantó la tempestad; y así decía yo: ¿quién es éste, que así le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran obscuridad en un momento, y hace blando un corazón que parecía de piedra, da agua de lágrimas suaves a donde parecía había de haber mucho tiempo sequedad? ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? ¿Qué me acaeció pensar, de qué temo? ¿Qué es esto? Yo deseo servir a este Señor, no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad (que desto bien cierta estaba a mi parecer, que lo podía afirmar). Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y desto no hay que dudar, pues es fe, siendo yo sierva deste Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano, y parecía verdaderamente darme Dios ánimo (que yo me vi otra en breve tiempo) que no temería tomarme con ellos a brazos, que

me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y así dije: Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor yo quiero ver qué me podéis hacer.

11. Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque algunas veces los veía, como diré después, no les he habido más miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco no les queda fuerza. No saben estos enemigos de hecho acometer sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios, para más bien de sus siervos, que los tienten y atormenten. Pluguiése a su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues es ello así. Que espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra, y haciendas, y deleites, que entonces junto ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima; mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos de servirle de verdad, huye él destas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve obscurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas, que parecen las deste mundo cosas de juego de niño, ya él ve que

éste es niño, pues trata como tal y atrévese a luchar con él una y muchas veces.

12. Plegue al Señor que no sea yo destos, sino que me favorezca su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerle temblar. Sí que ya sabemos que no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado.







CAPITULO XXVI

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA: VA DECLARANDO Y DICIENDO COSAS QUE LE HAN ACAECIDO, QUE LE HACÍAN PERDER EL TEMOR, Y AFIRMAR QUE ERA BUEN ESPÍRITU EL QUE LA HABLABA.

1. Tengo por una de las grandes mercedes que me ha hecho el Señor, este ánimo que me dió contra los demonios; porque andar un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todopoderoso, y tan gran Señor que todo lo puede, y a todos sujeta. No hay que temer, andando (como he dicho) en verdad delante de su Majestad, y con limpia conciencia. Para esto (como he dicho) querría yo todos los temores, para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer. Que contento su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. Podráse decir, que así es; mas que, ¿quién será esta alma tan recta que del todo le contente, y que por eso teme? No la mía por cierto, que es muy miserable y sin provecho, y llena de mil miserias; mas no se ejecuta Dios como las gentes, que entiende nuestras flaquezas: mas por grandes conjeturas siente el alma en sí, si le ama de verdad, porque en las que llegan a este estado no anda el amor disimulado, como a los principios, sino

con tan grandes ímpetus, y deseos de ver a Dios, como después diré, o queda ya dicho. Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, si no es con Dios, o por Dios: no hay descanso que no canse, porque se ve ausente de su verdadero descanso, y así es cosa muy clara, que como digo, no pasa en disimulación.

2. Acaeciome otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio, que después diré, de casi todo el lugar a donde estoy y de mi orden, y afligida con muchas ocasiones que había para inquietarme y decirme el Señor: *¿De qué temes? ¿No sabes que soy todopoderoso? Yo cumpliré lo que te he prometido.* Y así se cumplió bien después. Y quedar luego con una fortaleza, que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos para servirle y me pusiera de nuevo a padecer. Es esto tantas veces, que no lo podría yo contar: muchas las que me hacía reprensiones y hace cuando hago imperfecciones, que bastan a deshacer un alma. Al menos traen consigo el enmendarse, porque su Majestad (como he dicho) da el consejo y el remedio. Otras traerme a la memoria mis pecados pasados, en especial cuando el Señor me quiere hacer alguna señalada merced, que parece ya se ve el alma en el verdadero juicio, porque le representan la verdad con conocimiento claro, que no sabe a dónde se meter: otras avisarme de algunos peligros míos y de otras personas, cosas por venir tres o cuatro años antes, muchas y todas se han cumplido; algunas podrá ser señalar. Así que hay tantas cosas para entender que es Dios, que no se puede ignorar a mi parecer.

3. Lo más seguro es (yo así lo hago, y sin esto no tenía sosiego, ni es bien que mujeres le tengamos, pues no tenemos letras y aquí no puede haber daño, sino muchos provechos) como muchas veces me ha dicho el Señor: que no deje de comunicar toda mi alma y las mercedes que el Señor me hace con el

confesor y que sea letrado, y que le obedezca. Esto muchas veces. Tenía yo un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho y era el que más me aprovechó a lo que me parece: y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada a esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprehensión que me deshacía más que cuanto el confesor hacía: algunas veces me fatigaba, cuestión por un cabo y reprehensión por otro: y todo lo había menester según tenía poco doblada la voluntad. Díjome una vez que no era obedecer, si no estaba determinada a padecer, que pusiese los ojos en lo que él había padecido, y todo se me haría fácil.

4. Aconsejóme una vez un confesor, que a los principios me había confesado, que ya que estaba probado ser buen espíritu, que callase y no diese ya parte a nadie, porque mejor era ya estas cosas callarlas. A mí no me pareció mal, porque yo sentía tanto cada vez que las decía al confesor, y era tanta mi afrenta que mucho más que confesar pecados graves lo sentía algunas veces, en especial si eran las mercedes grandes, parecíame no me habían de creer y que burlaban de mí. Sentía yo tanto esto, que me parecía era desacato a las maravillas de Dios, que por esto quisiera callar. Entendí entonces, que había sido muy mal aconsejada de aquel confesor, que en ninguna manera callase cosa al que me confesaba, porque en esto había gran seguridad, y haciendo lo contrario, podría ser engañarme alguna vez.

5. Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir que le obedeciese, después su Majestad le volvía para que me lo tornase a mandar. Cuando se quitaron muchos libros de romance que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos

me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín, me dijo el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aun no tenía visiones; después desde a bien pocos días lo entendí muy bien, porque he tenido tanto que pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero a donde he visto las verdades. Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar.

6. ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abraza y las ame y las desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados, que no se le hagan deleites los tormentos de acá, en su comparación, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar? Porque en el favor de Dios se dirá más de algunas cosas, quiero ir adelante en el proceso de mi vida. Plegue al Señor haya sabido declararme en esto que he dicho, bien creo que quien tuviere experiencia lo entenderá y verá he atinado a decir algo, quien no, no me espanto le parezca desatino todo, basta decirlo yo, para quedar disculpado, ni culparé a quien lo dijere. El Señor me deje atinar en cumplir su voluntad. Amén.



CAPITULO XXVII

EN QUE TRATA OTRO MODO CON QUE ENSEÑA EL SEÑOR AL ALMA, Y, SIN HABLARLA, LA DA A ENTENDER SU VOLUNTAD POR UNA MANERA ADMIRABLE. TRATA TAMBIÉN DE DECLARAR UNA VISIÓN Y GRAN MERCED QUE LE HIZO EL SEÑOR, NO IMAGINARIA. ES MUCHO DE NOTAR ESTE CAPÍTULO.

1. Pues tornando al discurso de mi vida, yo estaba en esta aflicción de penas y con grandes oraciones, como he dicho que se hacía, porque el Señor me llevase por otro camino que fuese más seguro, puesto éste me decían eran tan sospechoso. Verdad es que aunque yo lo suplicaba a Dios, por mucho que quería desear otro camino, como veía tan mejorada mi alma (si no era alguna vez, cuando estaba muy fatigada de las cosas que me decían y miedos que me pñían) no era en mi mano desearlo, aunque siempre lo pedía. Yo me veía otra en todo; no podía, sino poníame en las manos de Dios, que él sabía lo que me convenía, que cumpliese en mí lo que era su voluntad en todo. Veía que por este camino le llevaba para el cielo y que antes iba al infierno, que había de desear esto; ni creer que era demonio, no me podía forzar a mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra por eso. Tomaba santos devotos,

porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame a San Hilarión y a San Miguel el Angel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y a otros muchos Santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad. A cabo de dos años que andaba con toda esta oración mía y de otras personas para lo dicho, o que el Señor me llevase por otro camino o declarase la verdad, porque eran muy continas las hablas que he dicho me hacía el Señor, me acaeció esto.

2. Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y veía ser él el que me hablaba a mi parecer. Yo como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme grande temor al principio y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta y con regalo, y sin ningún temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo; y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma: mas estar siempre a mi lado derecho sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, que ninguna vez que me recogiese un poco o no estuviese muy divertida, podía ignorar que estaba cabe mí.

3. Luego fui a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntóme, ¿que en qué forma le veía? Yo le dije que no le veía. Díjome, ¿que cómo sabía yo que era Cristo? Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender que estaba cabe mí y le veía claro y sentía, y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud y muy continua, y los efectos que eran muy otros que solía tener, y que era cosa muy clara. No hacía sino poner comparaciones para darme a entender; y cierto para esta manera de visión, a mi parecer no la hay que mucho cuadre: que así como es de las más subidas

(según después me dijo un santo hombre, y de gran espíritu llamado Fr. Pedro de Alcántara, de quien después haré más mención, y me han dicho otros letrados grandes, y que es a donde menos se puede entremeter el demonio de todas) así no hay términos para decirla acá, las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán a entender. Porque si digo, que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria visión, como entiendo y me afirmo con más claridad que está cabe para mí, que si lo viese. Porque parecer que es como una persona que está a obscuras, que no ve a otra que está cabe ella, o si es ciega, no va bien; alguna semejanza tiene más no mucha, porque siente con los sentidos, o la oye hablar, o menear, o la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve obscuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el sol. No digo que se ve sol ni claridad, sino una luz que sin ver luz alumbraba el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes.

4. No es como una presencia de Dios, que se siente muchas veces (en especial los que tienen oración de unión y quietud) que parece en queriendo comenzar a tener oración, hallamos con quién hablar, y parece entendemos nos oye por los efectos y sentimientos espirituales que sentimos de grande amor y fe, y otras determinaciones con ternura. Esta gran merced es de Dios, y téngalo en mucho a quien lo ha dado, porque es muy subida oración, mas no es visión que entendiese que está allí Dios por los efectos, que como digo hace al alma, que por aquel modo quiere su Majestad darse a sentir: acá vese claro que está aquí Jesucristo, Hijo de la Virgen. En esta otra manera de oración representase unas influencias de la Divinidad: aquí juntos con éstas se ve nos acompaña y quiere hacer mercedes también la Humanidad sacratísima. Pues preguntóme el confesor, ¿quién dijo que era Jesucristo? El me lo dijo muchas veces, res-

pondí yo: mas antes que me lo dijese, se imprimió en mi entendimiento que era él, y antes desto me lo decía y no le veía. Si una persona que yo nunca hubiese visto sino oído nuevas della, me viniese a hablar estando ciega, o en gran obscuridad y me dijese quién era, creerlo ya, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más, que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó; acá aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda. Ansí es también en otra manera, que Dios enseña a el alma y la habla sin hablar, de la manera que queda dicho.

5. Es un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar a entender, aunque más queramos decir, si el Señor por experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras, sino a manera desta visión que queda dicha. Y nótese mucho esta manera de hacer Dios, que entiende el alma lo que él quiere, y grandes verdades y misterios; porque muchas veces lo que entiendo cuando el Señor me declara alguna visión, que quiere su Majestad representarme, es ansí; y paréceme que es a donde el demonio se puede entremeter menos, por estas razones; si ellas no son buenas, yo me debo engañar. Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias, ni en los sentidos a mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada. Esto es alguna vez y con brevedad, que otras bien me parece a mí que no están suspendidas las potencias, ni quitados los sentidos, sino muy en sí, que no es siempre esto en contemplación, antes muy pocas veces; mas éstas que

son, digo, que no obramos nosotros nada ni hacemos nada, todo parece obra del Señor. Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está, aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quién lo puso: acá sí, mas cómo se puso no lo sé, que ni se vió ni se entiende, ni jamás se había movido a desearlo, ni había venido a mí noticia que esto podía ser.

6. En la habla que hemos dicho antes, hace Dios al entendimiento que advierta, aunque le pese, a entender lo que se dice, que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divierta; como a uno que oyese bien y no le consintiese atapar los oídos, y le hablasen junto a voces, aunque no quisiese lo oíría. Y en fin algo hace, pues está atento a entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que aun este poco, que es sólo escuchar, que hacía en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido, no hay más que hacer de gozar: como uno que sin deprender ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo, ni dónde, pues aun nunca había trabajado, aun para deprender el A B C. Esta comparación postrera me parece declara algo deste dón celestial: porque se ve el alma en un punto sabia y tan declarado el misterio de la santísima Trinidad y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad destas grandezas. Quédase tan espantada, que basta una merced destas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa sino a quien ve, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir. Porque hace algunas mercedes, que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiración y hechas a quien tan poco las ha merecido, que si no

hay muy viva fe, no se podrán creer: y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho a mí, si no me mandaren otra cosa, sino son algunas visiones, que pueden para alguna cosa aprovechar, o para que a quien el Señor las diere, no se espante, pareciéndole imposible como hacía yo: o para declararle el modo o camino por donde el Señor me ha llevado, que es lo que me mandan escribir.

7. Pues tornando a esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo; y paréceme a mí, que así como allá sin hablar se entienden (lo que yo nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese y me lo mostró en un arrobamiento) así es acá, que se entienden Dios y el alma, con sólo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con sólo mirarse. Esto debe ser así, que sin ver nosotros de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo a la Esposa en los Cantares, a lo que creo, helo oído que es aquí.

8. ¡Oh, benignidad admirable de Dios, que así os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado, como los de mi alma! Queden ya, Señor, desta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna fuera de Vos. ¡Oh, ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Que sé yo por experiencia, que es verdad esto que digo, y que es lo menos de lo que Vos hacéis con una alma que traéis a tales términos, lo que se puede decir. ¡Oh, almas, que habéis comenzado a tener oración y las que tenéis verdadera fe, qué bienes podéis buscar, aun en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin) que sea como el menor destos! Mira que es


~~~~~

así cierto, que se da a Dios a sí a los que todo lo dejan por él. No es acetador de personas, a todas ama, no tiene nadie excusa por ruin que sea, pues así lo hace conmigo, trayéndome a tal estado. Mira, que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir, sólo va dicho lo que es menester para darse a entender esta manera de visión y merced que hace Dios al alma; mas no puedo decir lo que se siente cuando el Señor le da a entender secretos y grandezas suyas, el deleite tan sobre cuantos acá se pueden entender; que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos a ninguna comparación aquí, aunque sea para gozarlos sin fin. Y destos que da el Señor sola una gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado.

9. Vergüenza es, y yo cierto la he de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razón estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes, y deleites y gloria para sin fin, todos a costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cireneo? ¿Que con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que él nos ganó a costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como él sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta libertad. A mí me las querría dar siempre, y oyóme tan tarde y entendí a Dios, como se verá por lo escrito, que me es gran confusión hablar en esto, y así quiero callar, sólo diré lo que algunas veces considero. Plegue al Señor me traiga a términos, que yo pueda gozar deste bien. ¿Qué gloria accidental será y qué contento de los bienaventurados, que ya gozan desto, cuando vieren que aunque tarde no les quedó

cosa por hacer por Dios de las que le fué posible? Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado, el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio, el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya, ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh, mundo, mundo, cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! Mas ¿si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tengan por sabios y discretos? Eso, eso debe de ser, según se usa de discreción; luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad, cada uno en su estado. Hasta el fraile, clérigo o monja, nos parecerá que traer cosa vieja y remendada es novedad y dar escándalo a los flacos: y aun estar muy recogidos, y tener oración, según está el mundo, y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que tenían los Santos, que pienso hace más daño a las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haría escándalo a nadie dar a entender los religiosos por obras, como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que destos escándalos el Señor saca dellos grandes provechos; y si unos se escandalizan, otros se remuerden, siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.

10. Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito Fr. Pedro de Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre, desde tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies, que aunque no anden des-

nudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y cuán grande le dió su Majestad a este Santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben. Quiero decir algo della, que sé es toda verdad. Díjome a mí y a otra persona de quien se guardaba poco (y a mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré), paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido, sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre, o de rodillas, o en pie. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestía sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir y un mantillo de lo mismo encima. Dacíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta contentaba al cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer a tercero día era muy ordinario. Y díjome, ¿que de qué me espantaba? Que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo, que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fui testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su orden, y no conocer fraile, si no

era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así a las partes que necesidad había de ir no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba, esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver, que no ver; más era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto, y con él lo he escrito. Y así lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando a sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el Salmo de *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi*, e hincado de rodillas murió.

11. Después ha sido el Señor servido, yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró me apareció, y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí; díjolo a algunas personas, y desde ha ocho días vino la nueva como era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria, paréceme que mucho más me consuela, que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pediría cosa en su nombre que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén.

12. Más que hablar he hecho para despertar a vuesa merced a no estimar en cosa nada desta vida, como si no lo supiese o no estuviera ya determinado a

dejarlo todo, y puéstolo por obra. Veo tanta perdición en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo, me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en este caso le he ofendido, y vuesa merced que le canso sin propósito. Parece que quiero haga penitencia de lo que yo en esto pequé.





## CAPITULO XXVIII

EN QUE TRATA LAS GRANDES MERCEDES QUE LE HIZO EL SEÑOR, Y CÓMO LE APARECIÓ LA PRIMERA VEZ: DECLARA QUÉ ES VISIÓN IMAGINARIA, DICE LOS GRANDES EFECTOS Y SEÑALES QUE DEJA CUANDO ES DE DIOS. ES MUY PROVECHOSO CAPÍTULO, Y MUCHO DE NOTAR.

1. Tornando a nuestro propósito, pasé algunos días, pocos, con esta visión muy continua, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración: y aun cuanto hacía procuraba fuese de suerte, que no descontentase al que claramente veía estaba por testigo; y aunque a veces temía con lo mucho que me decían, durábame poco el temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo encarecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande a los principios de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde ha pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó absorta. No podía yo entender, por qué el Señor se mostraba así poco a poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después que he entendido que me iba su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre,

porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiese sufrir, y como quien esto sabía, iba el piadoso Señor disponiendo.

2. Parecerá a vuesa merced que no era menester mucho esfuerzo para ver unas manos y rostro tan hermoso: son lo tanto los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y seguridad, y con tales efectos, que presto se perdía el temor.

3. Un día de San Pablo, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí a vuesa merced cuando mucho me lo mandó. Y hacía se harto de mal, porque no se puede decir, que no sea deshacerse; mas lo mejor que supe ya lo dije, y así no hay para qué tornarlo a decir aquí: sólo digo que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la humanidad de Jesucristo Señor nuestro, aun acá, que se muestra su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será a donde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales, ni ninguna sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mejor que yo, que es más perfecta la pasada que ésta, y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen que es la más baja, y a donde más ilusiones puede hacer el demonio, aunque entonces no podía yo entender tal, sino que deseaba, ya que se me hacía esta merced, que fuese viéndola con los ojos corporales, para que no me dijese el confesor se me antojaba. Y también después de pasada, me acaecía (esto era luego, luego) pensar yo también en esto, que se me había antojado, y fatigábame de haberlo dicho

al confesor, pensando si le había engañado. Este era otro llanto, e iba a él, y decíasele. Preguntábame, ¿que si me parecía a mí así, o si había querido engañar? Yo le decía la verdad, porque a mi parecer no mentía, ni tal había pretendido, ni por cosa del mundo dijera una cosa por otra. Esto bien lo sabía él, y así procuraba sosegarme, y yo sentía tanto en irle con estas cosas, que no sé cómo el demonio me ponía, lo había de fingir para atormentarme a mí mesma.

4. Mas el Señor se dió tanta priesa a hacerme esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede a todo lo de acá se puede imaginar, aun sola la blancura y resplandor. No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista; y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrian abrir los ojos después.

5. Es como ver un agua muy clara, que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, a una muy turbia, y con gran nublado, y que corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol, parece en fin luz natural, y ésta otra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que como siempre es luz, no la turba nadie. En fin es de suerte, que por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es: y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aun-



que no queramos se ve. No hay divertimento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

6. Lo que yo ahora quería decir, es el modo como el Señor se muestra por estas visiones: no digo, que declararé de qué manera puede ser poner esta luz tan fuerte en el sentido interior, y en el entendimiento imagen tan clara, que parece verdaderamente está allí, porque esto es de letrados: no ha querido el Señor darme a entender el cómo, y soy tan ignorante, de tan rudo entendimiento, que aunque mucho me lo han querido declarar, no he aun acabado de entender el cómo. Y esto es cierto, que aunque a vuesa merced le parezca que tengo vivo entendimiento, que no lo tengo, porque en muchas cosas lo he experimentado, que no comprende más de lo que le dan a comer, como dicen. Algunas veces se espantaba el que me confesaba de mis ignorancias, y jamás me dió a entender, ni aun lo deseaba, cómo hizo Dios esto, o pudo ser esto, ni lo preguntaba, aunque, como he dicho, de muchos años acá trataba con buenos letrados. Si era una cosa pecado o no, esto sí; en lo demás no era menester más para mí de pensar hízolo Dios todo, y veía que no había de qué me espantar, sino porque le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

7. Diré, pues, lo que he visto por experiencia, el cómo el Señor lo hace, vuesa merced lo dirá mejor, y declarará todo lo que fuere obscuro, y yo no supiere decir. Bien me parecía en algunas cosas que era imagen lo que veía, mas por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrármeme. Unas veces era tan en confuso, que me parecía imagen, no como los dibujos acá, por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos: es disparate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni me-

nos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se ve es cosa muerta; mas dejemos esto, que aquí viene bien; y muy al pie de la letra. No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo a lo pintado; no más ni menos; porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es Hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro; sino como salió dél después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar, sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se ve consumir en Cristo. ¡Oh, Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! ¡Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que Vos criárades, entiende el alma, según con la majestad que os representáis, que no es nada para ser Vos Señor dello!

8. Aquí se ve claro, Jesús mío, el poco poder de todos los demonios, en comparación del vuestro, y cómo quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo. Aquí ve la razón que tuvieron los demonios de temer cuando bajastes al limbo, y tuvieran de desear otros mil infiernos más bajos para huir de tan gran Majestad, y veo que queréis dar a entender al alma cuán grande es, y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad, junto con la Divinidad. Aquí se representa bien, qué será el día del juicio ver esta majestad deste Rey, y verle con rigor para los malos. Aquí es la verdadera humildad, que deja en el alma de ver su miseria, que no la pueden ignorar. Aquí la confusión y verdadero arrepentimiento de los pecados, que aun con verle que muestra amor, no sabe a dónde se meter, y así se deshace toda. Digo que tiene tan gran-

dísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar al alma mucha parte de su grandeza y majestad, que tengo por imposible, si muy sobrenatural no la quisiere el Señor ayudar, con quedar puesta en arro-bamiento y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia con gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto. Es verdad que se olvida después. Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderla olvidar, sino es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande, que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida, paréceme comienza de nuevo amor vivo de Dios, en muy alto grado, a mi parecer: que aunque la visión pasada, que dije que representa a Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme a nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, es gran cosa el quedar representada y puesta en la imaginación tan divina presencia. Y casi vienen justas estas dos maneras de visión siempre; y aun es así que lo vienen, porque con los ojos del alma vese la excelencia y hermosura, y gloria de la santísima Humanidad: y por estotra manera que queda dicha, se nos da a entender como es Dios, y poderoso, y que todo lo puede, y todo lo manda, y todo lo gobierna, y todo lo hinche su amor.

9. Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro a mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres o cuatro veces me ha querido representar desta suerte al mismo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión que ha visto el alma, mas así la resiste de sí, y se alborota, y se desabre, e inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración. A los principios

fué esto, como he dicho, tres o cuatro veces. Es cosa tan diferentísima, que aun quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá por los efectos que quedan dichos en las hablas. Es cosa muy conocida, y si no se quiere dejar engañar un alma, no me parece la engañará, si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente; porque aunque comienza con regalo y gusto, el alma lo lanza de sí, y aun a mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto; y muy en breve da a entender quién es.

10. Ansí, que donde hay experiencia, a mi parecer, no podrá el demonio hacer daño. Pues ser imaginación esto, es imposible de toda imposibilidad, ningún camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos dello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes cosas que en gran tiempo no pudieran contentarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho, de lo que acá podemos comprender, ansí que esto es imposible; y si pudiéramos algo en esto, aun se ve claro por estotro que ahora diré. Porque si fuese representado con el entendimiento (dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna, porque sería como uno que quisiese hacer que dormía y estáse despierto, porque no le ha venido el sueño, que él como lo desea, si tiene necesidad o flaqueza en la cabeza lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y a las veces parece hace algo: mas si no es sueño de veras no le sustentará, ni dará fuerza a la cabeza, antes a las veces queda más desvanecida. Ansí sería en parte acá, quedar el alma desvanecida, mas no sustentada y fuerte, antes cansada y disgustada: acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo de salud, y queda conortado.

11. Esta razón con otras daba yo cuando me decían que era demonio, y que se me antojaba (que fué muchas veces), y ponía comparaciones como yo podía, y el Señor me daba a entender; mas todo aprovechaba poco, porque como había personas muy santas en este lugar, y yo en su comparación una pérdida, y no los llevaba Dios por este camino, luego era el temor en ellos; que mis pecados parece lo hacían, que de uno en otro se rodeaba, de manera que lo venían a saber, sin decirlo yo sino a mi confesor, o a quien él me mandaba. Yo les dije una vez, que si los que me decían esto me dijeran que una persona que hubiese acabado de hablarme, y la conociese yo mucho, que no era ella, sino que se me antojaba que ellos lo sabían, que sin duda yo lo creyera más que lo que había visto: mas si esta persona me dejara algunas joyas, y se me quedaban en las manos por prendas de mucho amor, y que antes no tenía ninguna, y me veía rica siendo pobre, que no podría creerlo, aunque yo quisiese; y que estas joyas las podía yo mostrar, porque todos los que me conocían veían claro estar otra mi alma, y así lo decía mi confesor, porque era muy grande la diferencia en todas las cosas, y no disimulada, sino muy con claridad lo podían todos ver. Porque como antes era tan ruin, decía yo que no podía creer que si el demonio hacía esto para engañarme y llevarme al infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme los vicios, y poner virtudes y fortaleza; porque veía claro quedar con estas cosas, en una vez, otra.

12. Mi confesor, como digo (que era un Padre bien santo de la Compañía de Jesús) respondía esto mesmo, según yo supe. Era muy discreto y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó a mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración, y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían que se guardase

de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decía: traíanle ejemplos de otras personas: todo esto me fatigaba a mí. Temía que no había de haber con quién me confesar, sino que todos habían de huir de mí, no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar, y oirme, sino que era tan gran siervo de Dios, que a todo se pusiera por él; y así me decía que no ofendiese yo a Dios, ni saliese de lo que él me decía que no hubiese miedo me faltase, siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa, yo así lo hacía. El me decía que haciendo yo esto, aunque fuese demonio no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal que él quería hacer a mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin ninguna culpa, con todo venían a él y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba poder sufrir tanto, porque había de responder a los que les parecía iba perdida, y no le creían: y por otra parte habíame de sosegar a mí, y de curar el miedo que yo traía, poniéndomele mayor, me había por otra parte de asegurar: porque a cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedase después grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera a sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba a entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, a lo que yo creo.

13. Los siervos de Dios que no se aseguraban, tratábanme mucho, yo como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente inten-

ción (yo quería mucho al uno de ellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo, yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento, y que el Señor me diese luz), y así lo que yo decía, como digo sin mirar en ello parecían poca humildad en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido, luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia, todo iba a mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho, él a reñirme. Duró esto harto tiempo afligida por muchas partes, y con las mercedes que me hacía el Señor todo lo pasaba. Digo esto para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que a no me favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca como yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores. Plegue al Señor que yo haya servido a su Majestad algo en esto que de que le servían los que me conaban y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío.





## CAPITULO XXIX

PROSIGUE EN LO COMENZADO, Y DICE ALGUNAS MERCEDES GRANDES QUE LA HIZO EL SEÑOR, Y LAS COSAS QUE SU MAJESTAD LA HACÍA PARA ASEGURARLA, Y PARA QUE RESPONDIESE A LOS QUE LA CONTRADECIAN.

1. Mucho he salido del propósito, porque trataba de decir las causas que hay para ver que no es imaginación; porque ¿cómo podríamos representar con estudio la humanidad de Cristo, ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de parecer a ella. Bien la puede representar delante de su imaginación, y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene, y la blancura, y poco a poco irla más perfeccionando y encomendando a la memoria aquella imagen; ¿esto quién se lo quita? Pues con el entendimiento la puede fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay de esto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y como quiere: y lo que quiere; y no hay quitar, ni poner, ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver, en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde



Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced: habrá más de tres que tan continuo me la quitó deste modo con otra cosa más subida (como quizá diré después), y con ver que me estaba hablando, y yo mirando aquella gran hermosura y la suavidad con que hablaba aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, o del tamaño que eran para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión del todo. Bien que algunas veces veo mirarme con piedad; mas tiene tanta fuerza esta vista, que el alma no la puede sufrir, y queda en tan subido arrobamiento que para más gozarlo todo, pierde esta hermosa vista.

2. Así que aquí no hay que querer, ni no querer, claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión, y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo da. Esto es en todas las visiones sin quedar ninguna, que ninguna cosa se puede, ni para ver menos, ni más, hace, ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro, no es esta obra nuestra sino de su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que como el Señor nos quita el poder para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos del todo, y que siempre andemos con miedo, mientras en este destierro vivimos.

3. Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la hostia lo mismo: si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz y en el huerto, y con la corona de espinas, pocas y llevando la cruz también algunas veces, para como digo necesidades mías y de otras personas; mas siempre la carne glorificada. Hartas afrentas y trabajos he pa-

sado en decirlo, y hartos temores, y hartas persecuciones. Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas. Desto poco se me daba a mí, mas sentía cuando veía yo que tenían los confesores de confesarme, o cuando sabía les decían algo. Con todo, jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sólo una vez no la trocará: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veía crecer en amarle muy mucho: íbame a quejar a él de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veía era todo peor, que les parecía poca humildad. Con mi confesor trataba, él siempre me consolaba mucho cuando me veía fatigada.

4. Como las visiones fueron creciendo, uno dellos que antes me ayudaba (que era con quien me confesaba algunas veces que no podía el ministro) comenzó a decir que, claro, era demonio. Mandábame, que ya que no había remedio de resistir, que siempre me santiguase cuando alguna visión viese y diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vernía; y que no hubiese miedo, que Dios me guardaría, y me lo quitaría. A mí me era esto grande pena; porque como yo no podía creer sino que era Dios, era cosa terrible para mí, y tampoco podía, como he dicho, desear se me quitase, mas en fin, hacía cuanto me mandaba. Suplicaba mucho a Dios me librase de ser engañada, esto siempre lo hacía y con hartas lágrimas, y a San Pedro, y San Pablo, que me dijo el Señor (como fué la primera vez que me apareció en su día) que ellos me guardarían no fuese engañada; y así muchas veces los veía al lado izquierdo muy claramente, aunque no con visión imaginaria. Eran estos gloriosos Santos muy mis señores.

5. Dábame éste dar higas grandísima pena, cuando veía esta visión del Señor; porque cuando yo le veía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio, y así era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre, las higas no tan continuo, porque sentía mucho: acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos; y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacía por obedecer al que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que él tenía puestos en su Iglesia. Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que él haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado. Díjome que les dijese que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio, alguna diré después.

6. Una vez teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó con la suya; y cuando me la tornó a dar era de cuatro piedras grandes muy más preciosas que diamantes, sin comparación, porque no la hay, casi a lo que se ve sobrenatural (diamante parece cosa contrahecha e imperfecta) de las piedras preciosas que se ven allá. Tenían las cinco llagas de muy linda hechura. Díjome que así la vería de aquí adelante, y así me acaecía que no veía la madera de que era, sino estas piedras, mas no la veía nadie sino yo. En comenzando a mandarme hiciese estas pruebas, y resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes: en queriéndome divertir, nunca salía de oración; aun durmiéndome parecía estaba en ella, porque aquí era crecer el amor, y las lástimas que yo decía al Señor, y él no lo podía sufrir, ni era en mi mano (aunque yo quería, y más lo procuraba) de dejar de pensar en él, con todo obedecía cuanto podía; mas podía poco o no nada en esto, y el Señor nunca me lo quitó, mas aunque

me decía lo hiciese, asegurábame por otro cabo, y enseñábame lo que les había de decir, y así lo hace ahora, y dábame tan bastantes razones, que a mí me hacía toda seguridad.

7. Desde ha poco tiempo comenzó su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era él creciendo en mí un amor tan grande de Dios: que no sabía quién me lo ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía a dónde había de buscar esta vida, si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes deste amor, que aunque no eran tan insufrideros como los que ya otra vez he dicho, ni de tanto valor, yo no sabía qué me hacer, porque nada me satisfacía ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh, artificio soberano del Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Escondíades os de mí, y apretábadesme con vuestro amor, con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir della.

8. Quien no hubiera pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho: ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Esta es oración más baja, y hanse de evitar estos aceleramientos, con procurar con suavidad recogerlos dentro en sí, y acallar el alma; que es esto como unos niños que tienen un acelerado llorar, que parece van a ahogarse, y con darles a beber, cesa aquel demasiado sentimiento. Así acá la razón ataje a encoger la rienda, porque podría ser ayudar el mismo natural, vuelva la consideración con temer no es todo perfecto, sino que puede ser mucha parte sensual, y acalle este niño con un regalo de amor, que le haga mover a amar por vía suave, y no a puñadas, como dicen, que recojan este amor dentro: y no como olla que cuece demasiado, porque se

pone la leña sin discreción y se vierte toda, sino que moderen la causa que tomaron para ese fuego, y procuren a matar la llama con lágrimas suaves y no penosas, que lo son las destos sentimientos, y hacen mucho daño. Yo las tuve algunas veces, a los principios, y dejábanme perdida la cabeza y cansado el espíritu; de suerte, que otro día y más, no estaba para tornar a la oración. Así que es menester gran discreción a los principios, para que vaya todo con suavidad y se muestre el espíritu a obrar interiormente, lo exterior se procure mucho evitar.

9. Estotros ímpetus son diferentísimos, no ponemos nosotros la leña, sino que parece que hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro para que nos quememos. No procura el alma que duele esta llaga de la ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha, ni qué quiere: bien entiende que quiere a Dios, y que la saeta parece traía yerba para aborrecerse a sí por amor deste Señor, y perdería de buena gana la vida por él. No se puede encarecer ni decir el modo con que llega Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí, mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma (como he dicho) estar muriendo deste mal.

10. Esta pena y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de manera, que se puede decir herida por tan excelente causa, y ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor le tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace toda arder. ¡Oh, cuántas veces me acuerdo cuando así estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes*

*aquarum*; que me parece lo veo al pie de la letra en mí! Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo (al menos busca al alma algún remedio, porque no sabe qué hacer) con algunas penitencias, y no se sientan más ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y maneras para hacer algo que sienta por amor de Dios, mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal le quitase; como no está allí el remedio, son muy bajas estas medicinas para tan subido mal: alguna cosa se aplaca y pasa algo con esto, pidiendo a Dios le dé remedio para su mal, y ninguno ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo a su bien. Otras veces da tan recio, que eso ni nada no se puede hacer, que corta todo el cuerpo, ni pies ni brazos no puede menear, antes si está en pie se sienta como una cosa transportada, que no puede ni aun resollar, sólo da unos gemidos no grandes, porque no puede más, sonlo en el sentimiento.

11. Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión, veía un Angel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla, aunque muchas veces se me representan Angeles, es sin verlos sino como la visión pasada que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así, no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los Angeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me lo dicen, más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos Angeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan

excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

12. Los días que duraba esto, andaba como embobada, no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria, que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenía algunas veces, cuando quiso el Señor me viniesen estos arrobamientos tan grandes, que aun estando entre gentes, no los podía resistir, sino que con harta pena mía se comenzaron a publicar. Después que los tengo no siento esta pena tanto, sino la que dije en otra parte antes (no me acuerdo en qué capítulo) que es muy diferente en hartas cosas y de mayor aprecio: antes en comenzando esta pena de que ahora hablo, parece arrebatada el Señor el alma y la pone en éxtasi, y así no hay lugar de tener pena ni de padecer, porque viene luego el gozar. Sea bendita por siempre, que tantas mercedes hace a quien tan mal responde a tan grandes beneficios.





## CAPITULO XXX

TORNA A CONTAR EL DISCURSO DE SU VIDA, Y CÓMO REMEDIÓ EL SEÑOR MUCHOS DE SUS TRABAJOS CON TRAER AL LUGAR DONDE ESTABA EL SANTO VARÓN FR. PEDRO DE ALCÁNTARA, DE LA ORDEN DEL GLORIOSO SAN FRANCISCO. TRATA DE GRANDES TENTACIONES Y TRABAJOS INTERIORES QUE PASABA ALGUNAS VECES.

1. Pues viendo yo lo poco o nada que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes, también temía de tenerlos, porque pena y contento no podía yo entender cómo podía estar junto; que ya pena corporal y contento espiritual, ya lo sabía que era bien posible, mas tan excesiva pena espiritual y con tan grandísimo gusto, esto me desatinaba: aun no cesaba en procurar resistir, mas podía tan poco, que algunas veces me cansaba. Amparábame con la cruz, y queríame defender del que con ella nos amparó a todos: veía que no me entendía nadie, que esto muy claro lo entendía yo, mas no lo osaba decir sino a mi confesor, porque esto fuera decir bien de verdad que no tenía humildad.

2. Fué el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo con traer a este lugar al bendito Fr. Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención y dije algo de penitencia; que entre otras cosas me certificaron, que había traído veinte años



cilicio de 'hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance; porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado San Francisco, con todo rigor, y lo demás que allá queda dicho. Pues como la viuda sierva de Dios que he dicho, y amiga mía supo que estaba aquí tan gran varón, y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones y me consolaba harto; porque era tanta su fe, que no podía sino creer que era espíritu de Dios el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento y de mucho secreto, y a quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores que descansase con ella de algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabíale parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada recaudó licencia de mi provincial, para que ocho días estuviese en su casa; y en ella, y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le di cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oración con la mayor claridad que yo supe (que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos; y las cosas más dudosas y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí) así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma. Casi a los principios vi que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester; porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir (que después me lo ha dado Dios, que sepa entender y decir las

mercedes que su Majestad me hace), y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese y declarase lo que era.

3. El me dió grandísima luz, porque al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía yo entender qué podía ser aquello, y parecíame que en las que veía con los ojos del alma tampoco entendía cómo podía ser; que como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía a mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase a Dios y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer: y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo, y dábame parte de sus cosas y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra (que éstos dábamelos el Señor muy determinados), y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que a quien el Señor llega a este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale a topar con quien le parece le ha dado el Señor principios desto; que entonces no debía yo de tener mucho más a lo que me parece, y plegue al Señor lo tenga ahora, húbome grandísima lástima. Díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba y a uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado que ya he dicho; porque como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa, y como me había visto tan poco había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varón, que los habló a entrambos, les dió causas y

razones para que se asegurasen y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aun no del todo bastó, mas fué parte para que no tanto me amedrentase.

4. Quedamos concertados que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho a Dios: que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones desta miserable, que era harta mi confusión. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con seguridad, y de que no dudase que era Dios, y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esta seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio cuando me decían que lo era: así que temor ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que aunque me consoló y sosegó, no le di tanto crédito para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma que ahora diré; con todo quedé, como digo, muy consolada.

5. No me hartaba de dar gracias a Dios y al glorioso padre mío San Josef, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de San Josef, a quien yo mucho me encomendaba y a nuestra Señora. Acaeciame algunas veces (y aun ahora me acaece, aunque no tantas) estar con tan grandísimos trabajos de alma juntos con tormentos y dolores de cuerpo de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría, mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

6. Todas las mercedes que me había hecho el Señor se me olvidaban, sólo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se

entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase a los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa que el demonio inventaba para desasosegarme, y probar si puede traer el alma a desesperación: y tengo ya tanta experiencia que es cosa del demonio, que como ya ve que lo entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la obscuridad y aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración ni para ningún bien, parece que ahoga el alma y ata el cuerpo para que de nada aproveche. Porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad) no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la obscurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conforta de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es: duélele lo que ofendió a Dios, por otra parte le ensancha su misericordia: tiene luz para confundirse a sí, y alaba a su Majestad porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios a fuego y a sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio, que la haga perder) es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda a mayor tormento, porque me parece estaba obligada a más.

7. Es una invención del demonio de las más pe-  
nosas, y sutiles, y disimuladas que yo he entendido  
dél: y así querria avisar a vuesa merced para que  
si por aquí le tentare, tenga alguna luz y lo conozca,  
si le dejare el entendimiento para conocerlo, que no  
piense que va en letras y saber, que aunque a mí  
todo me falta, después de salida dello bien entiendo  
es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y  
permite el Señor y le da licencia, como se la dió  
para que tentase a Job, aunque a mí como a ruin  
no es con aquel rigor. Hame acaecido y me acuerdo  
ser un día antes de la víspera de Corpus Christi (fiesta  
de quien yo soy devota, aunque no tanto como es  
razón) esta vez duróme sólo hasta el día; que otras  
dúrame ocho y quince días y aun tres semanas, y  
no sé si más, en especial las Semanas Santas, que so-  
lia ser mi regalo de oración, me acaece que coge de  
presto el entendimiento por cosas tan livianas a las  
veces, que otras me reiría yo dellas, y hácele estar  
trabucado en todo lo que él quiere y el alma ahe-  
rrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra  
cosa más de los disparates que ella representa, que  
casi ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, sólo ata para  
ahogar de manera el alma, que no cabe en sí: y es  
así, que me ha acaecido parecerme que andan los  
demonios, como jugando a la pelota con el alma, y  
ella que no es parte para librarse de su poder. No  
se puede decir lo que en este caso se padece, ella  
anda a buscar reparo, y permite Dios no le halle,  
sólo queda siempre la razón del libre albedrío, no  
clara, digo yo, que debe ser casi atapados los ojos.  
Como una persona que muchas veces ha ido por  
una parte, que aunque sea noche y a obscuras, ya por  
el tino pasado sabe donde puede tropezar, porque lo  
ha visto de día y guardarse de aquel peligro. Así  
es para no ofender a Dios, que parece se va por la  
costumbre. Dejemos aparte el tenerla el Señor, que  
es lo que hace al caso.

8. La fe está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia más pronunciado por la boca, que parece por otro cabo la aprietan y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de lejos le parece que conoce a Dios. El amor tiene tan tibio, que si oye hablar en él escucha como una cosa que cree ser el que es: porque lo tiene la Iglesia: mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse a rezar no es sino más congoja o estar en soledad; porque el tormento que en sí siente sin saber de qué, es incomportable: a mi parecer es un poco de traslado del infierno. Esto es así, según el Señor en una visión me dió a entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién ni por dónde le ponen fuego, ni cómo huir dél, ni con qué le matar; pues quererse remediar con leer, es como si no supiese. Una vez me acaeció ir a leer una vida de un Santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro o cinco veces otros tantos renglones, y con ser romance menos entendía dellos a la postre que al principio, y así lo dejé: esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

9. Tener, pues, conversación con nadie es peor; porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece a todos me querría comer sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme a la mano, o hace el Señor en tener de su mano a quien así está, para que no diga ni haga contra sus prójimos cosa que los perjudique, y en que ofenda a Dios. Pues ir al confesor esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos como lo son los que en este tiempo he tratado y trato, me decían palabras, y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían que no era más en su mano: porque aunque ponían muy por sí de

no lo hacer, otras veces que se les hacía después lástima y aun escrúpulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y alma, se determinaban a consolar-me con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen a Dios, mas las más disgustadas que se sufrían para confesar: debían pretender mortificarme; y aunque otras veces me holgaba y estaba para sufrirlo, entonces todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño, iba a ellos, y avisábalos muy a las veras que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien veía yo que de advertencia no lo haría ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez como entendió la tentación, que no tuviese pena, que aunque yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar.

10. Esto me dió mucho consuelo. Algunas veces y casi ordinario, al menos lo más continuo, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas en llegando al Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena alma y cuerpo, que yo me espanto: no me parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tontearías en que había estado. Otras con sola una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: *No estés fatigada, no hayas miedo* (como ya dejo otra vez dicho), quedaba del todo sana, o con ver alguna visión, como sí no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame a él, cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes: no me parece sino que sale el alma del crisol como el oro, más afinada y glorificada para ver en sí al Señor: y así se hacen después pequeños estos trabajos con parecer incomfortables, y se desean tornar a padecer si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasan sin ofender al Señor, sino hol-

gándose de padecerlo por él, todo es para mayor ganancia; aunque como se han de llevar, no los llevo yo sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena ni desearla hacer, sino un alma y cuerpo del todo inútil y pesado; mas no tengo con esto estotras tentaciones y desasosiegos, sino un disgusto sin entender de qué, ni nada contenta el alma.

11. Procuraba hacer buenas obras exteriores para ocuparme medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento e imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña, que la voluntad buena me parece a mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un Credo. Algunas veces me río y conozco mi miseria, y estoyle mirando y déjole a ver qué hace: y gloria a Dios nunca por maravilla va a cosa mala, sino indiferentes, si algo hay que hacer aquí, y allí y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace el Señor, cuando tiene atado este loco en perfecta contemplación. Miro qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y así digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza que os gocen todas las potencias? No permitáis, Señor, que sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto pasó muchas veces, algunas



bien entiendo le hace harto al caso la poca salud corporal.

12. Acuérdomé mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien), y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos, estuviera más entera en el bien. Pasé también otro gran trabajo, que como todos los libros que leía que tratan de oración, me parecía los entendía todos y que ya me había dado aquello el Señor que no los había menester, y así no los leía sino vidas de Santos (que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían a Dios, esto parece me aprovecha y anima) parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado a tener aquella oración; y como no podía acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena, hasta que letrados y el bendito Fr. Pedro de Alcántara me dijeron que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir a Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como a muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece a mí que le amo, mas las obras me desconsuelan y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bobería de alma (digo yo que es) que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente como dicen, ni con pena, ni gloria, ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar: no parece se siente nada. Paréceme a mí que anda el alma como un asnillo que pace, que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos ni efectos para que se entienda el alma.

13. Paréceme ahora a mí como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender

cómo; porque en estotras maneras son tan grandes los efectos que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho a quien Dios los da. Es como unas fuente-cicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimientos el a.rena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo y comparación de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Así está el alma muy ordinario, que no sosiega, ni cabe en sí con el amor que tiene: ya la tiene a ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues a ella no le hace falta, para que le ayudasen a alabar a Dios. ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana, y así soy muy aficionada a aquel Evangelio: y es así cierto, que sin entender como ahora este bien desde muy niño lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada a donde estaba siempre con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo *Domine da mihi aquam!* Parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque es menester haya siempre que quemar: así son las almas que digo, aunque fuese muy a su costa, que querrían traer leña para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría; y así me acaece algunas y muchas veces; unas me río, y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita a que sirva en algo, de que no soy para más en poner ramitos y flores a imágenes, en barrer o en poner un oratorio, o en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacía algo de penitencia, todo poco, y de manera que a no tomar el Señor la voluntad, veía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo a ánimas que da Dios por su bondad este

fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume y hace ceniza, y se deshace en lágrimas y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

14. Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, o le dió letras, y talento y libertad para predicar o confesar, y llegar almas a Dios, que no sabe ni entiende el bien que tiene si no ha pasado por gustar, que es no poder hacer nada en servicio del Señor y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo, y denle gloria los Angeles. Amén.

15. No sé si hago bien de describir tantas menudencias, como vuesa merced me tornó a enviar a mandar, que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser menos de dejarse mucho, porque sería gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco, como he dicho, y por ventura no sacar ningún provecho.





## CAPITULO XXXI

TRATA DE ALGUNAS TENTACIONES EXTERIORES Y REPRESENTACIONES QUE LE HACÍA EL DEMONIO, Y TORMENTOS QUE LE DABA. TRATA TAMBIÉN ALGUNAS COSAS HARTO BUENAS PARA AVISO DE PERSONAS QUE VAN CAMINO DE PERFECCIÓN.

1. Quiero decir (ya que he dicho algunas tentaciones, y turbaciones interiores y secretas, que el demonio me causaba) otras que hacía casi públicas, en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y aparecióme hacia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor, y santiguéme como pude, y desapareció y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita, y echéla hacia aquella parte y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas, y no sabían qué se hacer, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre cuando los dolores y mal corporal es

muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose como era el demonio, porque vi cabe mí un negrilla muy abominable, regañando como desesperado de que a donde pretendía ganar, perdía. Yo como le vi, reíme y no hube miedo porque había allí algunas conmigo que no se podían valer, ni sabían qué remedio poner a tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo, y cabeza y brazos; y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podía tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

2. De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más para no tornar: de la cruz también huyen, mas vuelven luego, debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular y muy conocida consolación que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto, que lo muy ordinario es sentir una recreación que no sabría yo darla a entender, con un deleite interior que toda el alma me conorta. Esto no es antojo ni cosa que me ha acaecido sólo una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos, como si uno estuviese con mucha calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace a lo que no es bendito. Pues como no cesaba el tormento, dije, si no se riesen pediría agua bendita. Trajéronmela, echáronmela a mí, y no aprovechaba, echéla hacia donde estaba, y en

un punto se fué y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver que aun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, qué hará cuando él lo posea por suyo: dióme de nuevo gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez, poco ha, me acaeció lo mesmo aunque no duró tanto y yo estaba sola, pedí agua bendita, y las que entraron después que ya se había ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijeran mentira) olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo olí: duró de manera que se pudo advertir a ello. Otra vez estaba en el coro, y dióme un gran ímpetu de recogimiento y fuíme de allí, porque no lo entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes a donde yo estaba, y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí qué habla fuese, mas estaba tan en oración que no entendí cosa, ni hube ningún miedo. Casi cada vez era cuando el Señor me hacía merced, de que por mi persuasión se aprovechase algún alma, y es cierto que me acaeció lo que ahora diré; y desto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vió por escrito en una carta, sin decirle yo quién era la persona cuya era la carta, bien sabía él quién era.

3. Vino una persona a mí, que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo ni se confesaba, ni se enmendaba y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía, que como él había de confesar cosa tan fea, y tenía gran deseo de salir dél, y no se podía valer a sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dió mucha pena: prometle de suplicar a Dios le remediase y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí a cierta persona que

él me dijo podía dar las cartas: y es así, que a la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado), hacer con esta alma esta misericordia; y yo aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado. Escribíome, que estaba ya con tanta mejoría, que había días que no caía en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno, según lo que padecía, que lo encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos: era persona que no podía nadie atinar en quién era. Yo supliqué a su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos, entonces eran estas dos cosas que he dicho. Fué el Señor servido, que le dejaron a él (así me lo escribieron), porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima, y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor y a mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes, le aprovechaba. Decía que cuando se veía muy apretado, leía mis cartas y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido, y cómo se había librado él; y aun yo me espanté y lo sufriera otros muchos años, por ver aquella alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas, sino que como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía. En este tiempo también una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, vi ir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando. Son

tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría a vuesa merced, y me cansaría si las dijese.

4. Lo dicho aproveche, de que al verdadero siervo de Dios se le dé poco destos espantajos que éstos ponen para hacer temer: sepan que cada vez que se nos da poco dellos, quedan con menos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algún gran provecho, que por no alargar no lo digo; sólo diré esto que me acaeció una noche de las ánimas, estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno y rezando unas oraciones muy devotas, que están al fin del que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro, para que no acabase la oración, yo me santigué y fuése. Tornando a comenzar, tornóse (creo fueron tres veces las que la comencé), y hasta que eché agua bendita, no pude acabar; vi que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante, que debía faltarles poco, y pensé si pretendía estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma y muchas sin ninguna forma, como la visión que sin forma se ve claro está allí, como he dicho. Quiero también decir esto, porque me espantó mucho. Estando un día de la Trinidad en cierto monasterio en el coro y en arrobamiento, vi una gran contienda de demonios contra Angeles; yo no podía entender qué quería decir aquella visión; antes de quince días se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oración y muchas que no lo eran, y vino harto daño a la casa que era: fué contienda que duró mucho y de harto desasosiego. Otra vez veía mucha multitud dellos en rededor de mí, y parecíame estar en una gran claridad que me cercaba toda, y ésta no les consentía llegar a mí: entendí que me guardaba Dios, para que no llegasen a mí de manera que me hiciesen ofenderle: en lo que he visto en mí algunas veces en-



tendí que era verdadera visión. El caso es, que ya tengo entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios) que casi ningún temor los tengo; porque no son nada sus fuerzas, si no ven almas rendidas a ellos y cobardes, que aquí muestran ellos su poder. Algunas veces en las tentaciones que ya dije, me parecía que todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados tornaban a despertar en mí, que tenía bien que encomendarme a Dios: luego era el tormento de parecerme, que pues venían aquellos pensamientos, que debía ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque aun primer movimiento de mal pensamiento, me parecía a mí no había de tener quien tantas mercedes recibía del Señor. Otras veces me atormentaba mucho (y aun ahora me atormenta) ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decían mucho bien: en esto he pasado y paso mucho. Miro luego a la vida de Cristo y de los Santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sino por desprecio e injurias, háceme andar temerosa, y como que no oso levantar la cabeza, ni quería parecer: lo que no hago cuando tengo persecuciones, anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte ando afligida, que yo no sé cómo esto puede ser: mas pasa así, que entonces parece está el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los pies. Dábame algunas veces, y duróme hartos días, y parecía era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentación (un fraile dominico, gran letrado, me lo declaró bien) cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace se habían de venir a saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino a términos, que considerándolo de mejor gana me parece me determinaba a que me enterraran viva, que por esto; y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos o arrobamientos a no poder resistirlos aun en público, quedaba yo

después tan corrida, que no quisiera parecer a donde nadie me viera.

5. Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor, ¿que qué temía? Que en esto no podía sino haber dos cosas, o que murmurasen de mí, o que alabasen a él. Dando a entender, que los que lo creían le alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino a términos la tentación, que me quería ir deste lugar y dotar en otro monasterio muy más encerrado que en el que yo al presente estaba, que había oído decir, muchos extremos dél (era también de mi orden y muy lejos, que esto es lo que a mí me consolara estar a donde no me conocieran), y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que después vine yo a entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba), y me enseñó el Señor esta verdad: que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que así como no me pesaba de oír loar a otras personas, antes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaría mostrarse en mí sus obras.

6. También di en otro extremo, que fué suplicar a Dios, y hacía oración particular, que cuando alguna persona le pareciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mío me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo que no lo hiciese más hasta ahora poco ha: si veía yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos o como podía le daba a entender mis pecados, y con esto parece descansaba: también me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto, no de humildad a mí parecer, sino de una tentación venían muchas; parecíame que a todos les traía engañados, y (aun-

que es verdad que andan engañados en pensar que hay algún bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí, sino que el Señor por algún fin lo permite, y así aun con los confesores, si no viera era necesario, no tratara ninguna cosa que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos, y penas, y sombra de humildad entiendo yo ahora era harta imperfección, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da más que digan bien que mal, si ella entiende bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá porque lo descubre, y aparéjese a la persecución, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda que la hace semejantes mercedes; porque hay mil ojos para una alma destas, a donde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razón de temer, y éste debía ser mi temor, y no humildad sino pusilanimidad; porque bien se puede aparejar un alma que así permite Dios que ande en los ojos del mundo, a ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir a él, el mismo mundo la matará.

7. No veo cierto otra cosa en él, que bien me parezca, sino consentir faltas en los buenos, que a poder de murmuraciones no las perficione. Digo que es menester más ánimo para si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires; porque la perfección no se alcanza en breve (si no es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced) el mundo en viéndole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mismo por vicio, y así lo juzga en el otro. No ha de haber comer ni dormir, ni como dicen resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por

perfecta que tengan el alma viven aun en la tierra sujetos a sus miserias, aunque más la tengan debajo de los pies: y así como digo es menester gran ánimo, porque la pobre alma aun no ha comenzado a andar, y quíerenla que vuele, aun no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras, como ellos leen estaban los Santos después de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aun para lastimar mucho el corazón, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse: y así creo hiciera la mía, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte, y hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuesa merced que no ha habido en mí sino caer y levantar. Querría saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas que quieren volar antes que Dios les dé alas.

8. Ya creo he dicho otra vez esta comparación, mas viene bien aquí, trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos, y fervor, y determinación de ir adelante en la virtud, y algunas, cuanto al exterior, todo lo dejan por él, como ven en otras personas que son más crecidas cosas muy grandes de virtudes que les da el Señor, que no nos las podemos nosotros tomar, ven en todos los libros que están escritos de oración y contemplación, poner cosas que hemos de hacer para subir a esta dignidad, que ellos no las pueden luego acabar consigo, desconsuélanse: como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, antes tener mayor contento que cuando dicen bien; una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que si no tienen oración, no los querría tratar, antes le cansan) otras cosas desta manera muchas, que a mi parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales o contra nuestra natural inclinación. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su

Majestad hará que lleguen a tenerlo por obra con oración, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar, ni pensar que si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuesa merced, y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos mientras vivimos; porque mucho se nos pega luego, si como digo no está ya dada del todo la gracia, para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame a mí pocos años ha, que no sólo no estaba asida a mis deudos, si no me cansaban, y era cierto así que su conversación no podía llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mía a quien yo quería muy mucho antes; y puesto que en la conversación, aunque ella es mejor que yo, no me hacía con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversación siempre en lo que yo la querría), y lo más que podía me estaba sola; vi que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algún cuidado. En fin, entendí de mí, que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aun había menester huir la ocasión, para que esta virtud que el Señor me había comenzado a dar fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre después acá.

9. En mucho se ha de tener una virtud, cuando el Señor la comienza a dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla, así es en cosas de honra y en otras muchas; que crea vuesa merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este

atamiento, que es una cadena que no hay lima que la quiebre, sino es Dios con oración, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes, que espantan a las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfección? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene a quien tanto hace por Dios? O que tiene un punto de honra; y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio, que es obligado a tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor a esta hormiguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que a todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar a los que andan cabe él; porque la fruta que da buen ejemplo, no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto o compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oración es pestilencia.

10. ¿Andas procurando juntarte con Dios por unión y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué, ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta determinación, que no querría el Señor pierda tanto bien, su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos a la obra, quiero decir las naderias y poquedades que yo hacía cuando comencé, o algunas dellas; las pajitas que

tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más: todo lo recibe el Señor. Sea bendito por siempre. Entre mis faltas tenía ésta, que sabía poco de rezado, y de lo que había de hacer en el coro, y cómo le regir, de puro descuidada y metida entre otras vanidades, y veía a otras novicias que me podían enseñar.

11. Acaecíame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabía poco: luego se pone delante el buen ejemplo, esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aun sabiéndolo, tantico que estaba en duda, lo preguntaba a las niñas, ni perdí honra ni crédito, antes quiso el Señor (a mi parecer) darme después más memoria. Sabía mal cantar, sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sino por las muchas que me oían) que de puro honrosa me turbaba tanto, que decía muy menos de lo que sabía. Tomé después por mí, cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía. Sentía harto a los principios, y después gustaba dello; y es así, que comencé a no se me dar nada de que se entendiese no lo sabía, que lo decía muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que yo tenía por honra, que cada uno lo pone en lo que quiere. Con estas naderías, que no son nada (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo con actos y cosas poquitas como éstas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo), ayuda su Majestad para cosas mayores. Y así en cosas de humildad me acaecía, que de ver que todas se aprovechaban, sino yo (porque nunca fui para nada) de que se iban del coro coger todos los mantos. Parecíame servir a aquellos Angeles, que allí alababan a Dios, hasta que no sé cómo vinieron a entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba mi virtud a querer que entendiesen estas cosas; y no debía ser por humilde

sino porque no se riesen de mí, como era tan nada.

12. ¡Oh, Señor mío, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aun no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sino que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aún el agua de vuestra gracia debajo destas arenas, para que las hiciese levantar. ¡Oh, Criador mío, quién tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes que he recibido de Vos! Es así, Señor mío, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidos tan grandísimas mercedes; y que no he vergüenza de contar estos servicios, en fin, como míos. Sí tengo, Señor mío, mas el no tener otra cosa, que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que pues éstos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plegue a su Majestad me dé gracia para que no esté siempre en principios. Amén.







## CAPITULO XXXII

EN QUE TRATA CÓMO QUISO EL SEÑOR PONERLA EN ESPÍRITU EN UN LUGAR DEL INFIERNO, QUE TENÍA POR SUS PECADOS MEREcido. CUENTA UNA CIFRA DE LO QUE ALLÍ SE LE REPRESENTÓ POR LO QUE FUE. COMIENZA A TRATAR LA MANERA Y MODO COMO SE FUNDÓ EL MONASTERIO A DONDE AHORA ESTÁ DE SAN JOSEF.

1. Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevíssimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo, y oscuro, y angosto: el suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio, y de pestilencial olor, y muchas sabbandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de una alacena, a donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era

deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

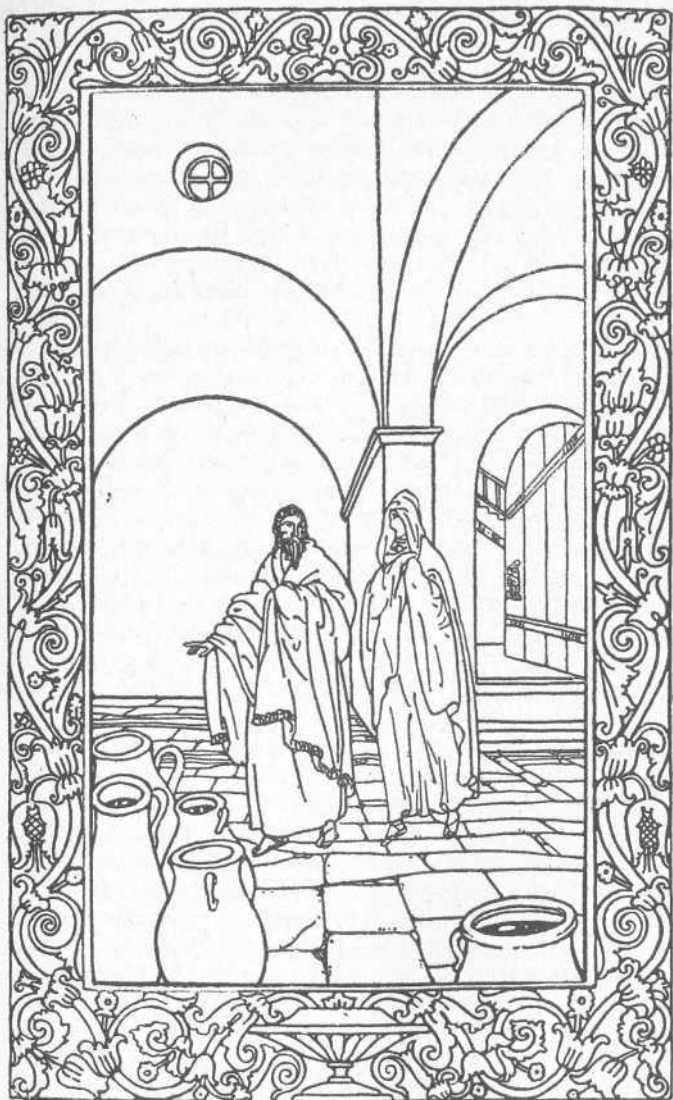
2. Estotro me parece que a un principio de encarecerse como es, no lo puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan inoportunos, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar; porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habian de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza. El caso es, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar, y desmenuzarse (a lo que me parece), y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas a la vista, aprietan ellas mesmas, y todo ahoga, no hay luz, sino todo tinieblas obscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto a la vista muy más espantosas me pa-

recieron. mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé como ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia; porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas que por temor no se lleva bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación deste fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí a donde estoy, y así no me acuerdo vez que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno a decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme a padecerlas, y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

3. Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame, como habiendo leído muchas veces libros a donde se da algo a entender de las penas del infierno, cómo no las temía, ni tenía en lo que son: a dónde estaba, cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar. Seáis bendito, Dios mío, por siempre, y como se ha parecido que me queríades Vos mucho más a mí, que yo me quiero. Qué de veces,

Señor, me librastes de cárcel tan temerosa, y cómo me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad. De aquí también gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan (destos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan grandísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro, que si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida a compasión, y si es grande nos aprieta a nosotros: pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión: estotro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar, viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

4. Esto también me hace desear, que en cosa que tanto importa no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte, no dejemos nada, y plegue al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero, que aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios, y no hacía algunas cosas, que veo, que como quien no hace nada se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que me la daba el Señor, no era inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, me traía temor de Dios lo más continuo, y veo a donde me tenían ya los demonios aposentada: y es verdad, que según mis culpas, aun me parece merecía más castigo. Mas con todo digo, que era terrible





tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal, sino que por el amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho a mí. Plegue a su Majestad que no me deje de su mano, para que yo torne a caer, que ya tengo visto a donde he de ir a parar, no lo permita el Señor por quien su Majestad es. Amén.

5. Andando yo después de haber visto esto y otras grandes cosas y secretos que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará a los buenos y pena a los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso; bien se veía que era Dios, y que le había dado su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a la religión, guardando mi regla con la mayor perfección que pudiese: y aunque en la casa donde estaba había muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, a causa de tener gran necesidad, salían las monjas muchas veces a partes a donde con toda honestidad y religión podíamos estar: y también no estaba fundada en su primer rigor la regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la orden (que es con bula de relajación) y también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo por ser la casa grande y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas (a quien los prelados no podían decir de no) gustaban estuviese yo en su compañía, importunados mandábanmelo: y así según se iba ordenando, pudiera poco

estar en el monasterio, porque el demonio en parte debía ayudar para que no estuviese en casa, que todavía como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, hacíase gran provecho. Ofrecióse una vez estando con una persona, decirme a mí y a otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las Descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo como andaba en estos deseos, comencélo a tratar con aquella señora mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mismo deseo: ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que dello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto, y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito, todavía me detenía: con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

6. Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San Josef, y que a la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; ¿que qué sería del mundo, si no fuese por los religiosos? Que dijese a mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello, ni me lo estorbare. Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar: y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre,



que sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo veía ser claras, y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo a mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquí-sima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese eso hiciese: yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él, que quería hacer este monasterio; y el provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y dióle todo el favor que fué menester, y díjole que él admitiría la casa: trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo Fr. Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate, a mí, que bien me estaba en mi monasterio, a la mi compañera tanta persecución, que la traían fatigada. Yo no sabía qué me hacer, en parte me parecía que tenían razón. Estando así muy fatigada, encomendándome a Dios, comenzó su Majestad a consolarme y animarme. Díjome que aquí vería lo que habían pasado los Santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos dieron nada. Decíame algunas cosas que dijese a mi compañera, y lo que más me espantaba yo es, que luego quedábamos consoladas de

lo pasado, y con ánimo para resistir a todos: y es así, que gente de oración, y todo en fin el lugar, no había casi persona que entonces no fuese contra nosotras, y le pareciese grandísimo disparate.

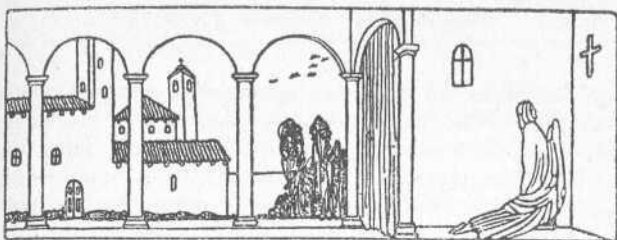
7. Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mismo monasterio, que al provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer, y no la quiso admitir: dijo que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradicción; y en todo parece tenía razón, y en fin lo dejó, y no la quiso admitir. Nosotras que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena; en especial me la dió a mí de ver al provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver si no la dejaba; porque decían era obligada a quitar el escándalo.

8. Ella fué a un gran letrado muy gran siervo de Dios de la orden de Santo Domingo, a decírselo y darle cuenta de todo (esto fué aun antes que el provincial lo tuviese dejado) porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y así decían que sólo era por nuestras cabezas. Dió esta señora relación de todo, y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo a este santo varón, con harto deseo nos ayudase; porque era el mayor letrado que entonces había en el lugar, y pocos más en su orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer; y algunas causas: no le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían, porque no quería yo nos diese parecer sino conforme a ellas. El nos dijo que le diésemos de término ocho días para responder, y que si estábamos determinadas a hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí; mas aunque yo esto decía (y me parece lo hiciera) nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijesen se determinaba a dejarlo: yo (aunque como

digo me parecía imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelación, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura, o contra las leyes de la Iglesia que somos obligados a hacer: porque aunque a mí verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, parecióme luego me apartara dello, y buscara otro medio; mas a mí no me daba el Señor sino éste. Decíame después este siervo de Dios, que lo había tomado a cargo con toda determinación, de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya había venido a su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino, como a todos, y en sabiendo habíamos ido a él, le envió a avisar un caballero que mirase lo que hacía, que no nos ayudase) y que en comenzando a mirar lo que nos había de responder, y a pensar en el negocio, y el intento que llevábamos, y manera de concierto, y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse: y así nos respondió nos diésemos prisa a concluirlo, y dijo la manera y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese a él, que él respondería, y así siempre nos ayudó, como después diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban; entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que (como lo es, y le pareció llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración) aunque los medios le parecían muy dificultosos y sin camino, rendía su parecer a que podía ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debía mover: y así hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios, que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que se tiene Dios en

él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas desto a mí no se me daba nada, que me había dicho el Señor que entrase como pudiese, que después vería yo lo que su Majestad hacía, y cuán bien que lo he visto) y así aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios de ordenar y favorecernos.





### CAPITULO XXXIII

PROCEDE EN LA MESMA MATERIA DE LA FUNDACIÓN DEL GLORIOSO SAN JOSEF. DICE CÓMO LE MANDARON QUE NO ENTENDIESE EN ELLA, Y EL TIEMPO QUE LO DEJÓ, Y ALGUNOS TRABAJOS QUE TUVO, Y CÓMO LA CONSO-LABA EN ELLOS EL SEÑOR.

1. Pues estando los negocios en este estado y tan al punto de acabarse, que otro día se habían de hacer las escrituras, fué cuando el padre provincial nuestro mudó parecer, creo fué movido por ordenación divina según después ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perficionando la obra y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiese más en ello: con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo a aquel estado me había costado. Como se dejó y quedó así, confirmóse más ser todo disbarate de mu-jeres, y a crecer la murmuración sobre mí con ha-berlo mandado hasta entonces mi provincial. Estaba

muy malquista en todo mi monasterio, porque quería hacer monasterio más encerrado: decían que las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había otras mejores que yo, que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para ella que para otra parte. Unas decían que me echasen en la cárcel, otras (bien pocas) tornaban algo por mí: yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento, aunque como no había de decir lo principal que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer y así callaba. Otras hacíame Dios muy gran merced, que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad y contento lo dejé, como si no me hubiera costado nada, y esto no lo podía nadie creer (ni aun las mismas personas de oración que me trataban) sino que pensaban estaba muy penada y corrida; y aun mi mismo confesor no lo acababa de creer. Yo como me parecía que había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa que yo estaba muy contenta y a mi placer: aunque jamás podía dejar de creer que había de hacerse; yo no había ya medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas tenía lo muy cierto.

2. Lo que mucho me fatigó, fué una vez que mi confesor, como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (también debía el Señor querer que de aquella parte que más me había de doler, no me dejase de venir trabajo; y así en esta multitud de persecuciones, que a mí me parecía había de venirme dél el consuelo) me escribió, que ya veía que era todo sueño en lo que había sucedido, que me enmendase de ahí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que había sucedido; y otras cosas todas para dar pena. Esto me la dió mayor que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión y tenido culpa en que se ofendiese; y que si estas visiones eran ilusiones, que toda la ora-

ción que tenía era engaño, y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretéme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada y con grandísima aflicción: mas el Señor (que nunca me faltó en todos estos trabajos que he contado, hartas veces me consolaba y esfozaba, que no hay para qué lo decir aquí) me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido a Dios y no ofendídale en aquel negocio: que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello. Quedé tan consolada y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

3. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por él; porque fué tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios, y otras muchas cosas que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos, y las otras personas pensaban que estaba muy corrida: y si estuviera, si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios que tengo dicho, y mayores arrobamientos, aunque yo callaba, y no decía a nadie estas ganancias. El santo varón dominico, no dejaba de tener por tan cierto como yo, qué se había de hacer: y como yo no quería entender en ello por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribían a Roma y daban trazas. También comenzó aquí el demonio de una persona en otra a procurar se entendiese, que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir (porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pornía yo

a morir mil muertes) y dije, que deso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte, que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué yo me la iría a buscar, y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia. Y tratélo con este padre mío dominico (que como digo era tan letrado, que podía bien asegurar con lo que él me dijese) y díjele entonces todas las visiones y modo de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura y lo que de todo sentía. El me aseguró mucho, y a mi parecer le hizo provecho; porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más a la oración y se apartó en un monasterio de su orden, donde hay mucha soledad para mejor poder ejercitarse en esto, a donde estuvo más de dos años; y sacóle de allí la obediencia (que él sintió harto) porque le hubieron menester como era persona tal: y yo en parte sentí mucho cuando se fué (aunque no se lo estorbé) por la grande falta que me hacía; mas entendí su ganancia: porque estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor, que me consolase y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí, y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mesmo, porque lo que antes me aseguraba y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales; y trájole Dios a tiempo que vió su Majestad había de ser menester para ayudar a su obra deste monasterio, que quería su Majestad se hiciese.

4. Pues estuve en este silencio, y no entendiendo ni hablando en este negocio cinco o seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué



era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento que se había de hacer. Al fin deste tiempo habiéndose ido de aquí el retor que estaba en la Compañía de Jesús, trajo su Majestad aquí otro muy espiritual y de grande ánimo y entendimiento, y buenas letras, a tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir sino conforme a la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar por hartas causas que para ello tenía. Ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que él me mandaba.

5. Estando un día con grande aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba: después vi claro era la venida deste retor que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en que la tener, a causa de que el retor que vino no iba a la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado: que dejase obrar el espíritu del Señor, que a veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resollar. Fuéme a ver este retor, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad, y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo, y es así, que en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual, y un entender mi alma que aquel alma me había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como

digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablando o me hubieran dado grandes nuevas dél, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él a mí ni yo a él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho a mí y a mi alma tratarle: porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr y no ir paso a paso. Y su modo es para desasir-las de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento, también como en otras muchas cosas. Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura y santa, y con dón particular del Señor para conocer espíritus: consoléme mucho. Desde ha poco que le trataba comenzó el Señor a tornarme a apretar, que tornase a tratar el negocio del monasterio, y que dijese a mi confesor y a este retor muchas razones y cosas para que no me lo estorbare; y algunas los hacía temer, porque este Padre retor nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efectos.

6. En fin de muchas cosas, no se osaron atrever a estorbármelo: tornó mi confesor a darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese; y bien veía el trabajo a que me ponía, por ser muy sola y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré que una hermana mía que vivía fuera de aquí, comprase la casa y labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dió por algunas vías para comprarla; que sería largo de contar como el Señor lo fué proveyendo, porque yo traía gran cuenta en no hacer cosa contra la obediencia, mas sabía que si lo decía a mis perlados, era todo perdido como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo y

hacerlo labrar, pasé tantos trabajos y algunos bien a solas; aunque mi compañera hacía lo que podía, mas podía poco, y tan poco, que era casi no nada: mas de hacerse en su nombre y con su favor, todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto cómo lo pude sufrir. Algunas veces afligida, decía: Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles, que aunque fuera mujer, si tuviera libertad más atada por tantas partes, sin dineros ni de a dónde los tener, ni para breve, ni para nada, qué puedo yo hacer, Señor?

7. Una vez estando en una necesidad, que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció San Josef, mi verdadero padre y señor, y me dió a entender que no me faltarían, que los concertase, y así lo hizo sin ninguna blanca, y el Señor, por manera que se espantaban los que lo oían, me proveyó. Hacíaseme la casa muy chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio y quería comprar otra, ni había con qué, ni había manera para comprarse, ni sabía qué me hacer, que estaba junto a ella otra también harto pequeña para hacer la iglesia; y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: *Ya te he dicho que entres como pudieres.* Y a manera de exclamación también me dijo: *¡Oh, codicia del género humano que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¡Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener a dónde me meter?* Yo quedé muy espantada y vi que tenía razón, y voy a la casita, y tracéla, y hallé aunque bien pequeño monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase en ella, de manera que se pueda vivir, todo tosco y sin labrar, no más de como no fuese dañoso a la salud, y así se ha de hacer siempre.

8. El día de Santa Clara yendo a comulgar, se me apareció con mucha hermosura, y díjome que me esforzase, y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, y ha salido

tan verdad, que un monasterio de monjas de su orden, que está cerca deste, nos ayuda a sustentar; y lo que ha sido más, que poco a poco trajo este deseo mío a tanta perfección, que en la pobreza que la bienaventurada Santa tenía en su casa, se tiene en ésta, y vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo, que sea con toda firmeza y autoridad del Padre Santo, que no se puede hacer otra cosa, ni jamás haya renta. Y más hace el Señor (y debe por ventura ser por ruego desta bendita Santa) que sin demanda ninguna nos provee su Majestad muy cumplidamente lo necesario. Sea bendito por todo. Amén.

9. Estando en estos ínesmos días (el de nuestra Señora de la Asunción) en un monasterio de la orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida; vínome un arrebatamiento tan grande que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver alzar ni oír misa, que después quedé con escrúpulo desto. Parecióme estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; y al principio no veía quién me la vestía: después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San Josef al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo, con grandísimo deleite y gloria luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso San Josef; que creyese, que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de

mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San Josef no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (mas a mi parecer, que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme dél) parecíome que los veía subir al cielo con mucha multitud de Angeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada, y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme, ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios nuestro Señor. Dejóme consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los Angeles de la obediencia es, que a mí se me hacía de mal no darla a la orden, y habíame dicho el Señor que no convenía dársela a ellos: dióme las causas para que en ninguna manera convenía lo hiciese, sino que enviase a Roma por cierta vía, que también me dijo, que él haría viniese recaudo por allí; y así fué, que se envió por donde el Señor me dijo (que nunca acabábamos de negociarlo) y vino muy bien. Y para las cosas que después han sucedido, convino mucho se diese la obediencia al obispo, mas entonces no le

conocía yo, ni aun sabía qué perlado sería: y quiso el Señor fuese tan bueno y favoreciese tanto a esta casa, como ha sido menester para la gran contradicción que ha habido en ella (como después diré) y para ponerla en el estado en que está. Bendito sea él que así lo ha hecho todo. Amén.





## CAPITULO XXXIV

TRATA COMO EN ESTE TIEMPO CONVINO QUE SE AUSENTASE DESTE LUGAR: DICE LA CAUSA, Y CÓMO LA MANDÓ IR SU PERLADO PARA CONSUELO DE UNA SEÑORA MUY PRINCIPAL, QUE ESTABA MUY AFLIGIDA. COMIENZA A TRATAR LO QUE ALLÁ LE SUCEDIÓ, Y LA GRAN MERCED QUE EL SEÑOR LA HIZO DE SER MEDIO PARA QUE SU MAJESTAD DESPERTASE A UNA PERSONA MUY PRINCIPAL PARA SERVIRLE MUY DE VERAS, Y QUE ELLA TUVIESE FAVOR Y AMPARO DESPUÉS EN ÉL. ES MUCHO DE NOTAR.

1. Pues por mucho cuidado que yo traía, para que no se entendiese, no podía hacerse tan secreta toda esta obra, que no se entendiese mucho en algunas personas; unas lo creían y otras no. Yo temía hartos, que venido el provincial, si algo le dijiesen dello, me había de mandar no entender en ello, y luego era todo cesado. Proveyólo el Señor desta manera, que se ofreció en un lugar grande, más de veinte leguas deste, que estaba una señora muy afligida a causa de habérsele muerto su marido, estábalo en tanto extremo que se temía su salud. Tuvo noticia desta pecedorcilla, que lo ordenó el Señor así, que le dijiesen bien de mí para otros bienes que de aquí sucedieron.

Conocía esta señora mucho al provincial, y como era persona principal y supo que yo estaba en monasterio que salían, póneme el Señor tan gran deseo de verme, pareciéndole que se consolaría conmigo, que no debía ser en su mano, sino luego procuró por todas las vías que pudo llevarme allá, enviando al provincial que estaba bien lejos. El me envió un mandamiento con precepto de obediencia, que luego fuese con otra compañera: yo lo supe la noche de Navidad. Hízome algún alboroto y mucha pena ver que por pensar que había en mí algún bien me querían llevar (que como yo me veía tan ruin, no podía sufrir esto) encomendándome mucho a Dios, estuve todos los Maitines, o gran parte dellos en gran arrobamiento. Díjome el Señor, que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres; porque pocos me aconsejarían sin temeridad, que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este negocio del monasterio convenía ausentarme hasta ser venido el breve; porque el demonio tenía armada una gran trama venido el provincial, y que no temiese de nada, que él me ayudaría allá. Yo quedé muy esforzada y consolada: dijelo al retor, díjome que en ninguna manera dejase de ir, porque otros me decían que no se sufría, que era invención del demonio, para que allá me viniese algún mal, que tornase enviar al provincial.

2. Yo obedecí al retor, y con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, como se engañaban tanto; esto me hacía importunar más al Señor para que no me dejase. Consolábame mucho, que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar a donde iba, y con estar sujeta a lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fué el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego a tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose a mucho, porque (como he dicho) la



pena la tenía en gran aprieto: y debíalo hacer el Señor, por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que a mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad, y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (y mientras más, eran más) que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy a mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y decíaselo. Vi que era mujer, y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y como mientras es mayor tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme a su estado, que no las deja vivir, comer sin tiempo ni concierto (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones), han de comer muchas veces los manjares más conforme a su estado, que no a su gusto.

3. Es así que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque ésta con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la había lástima, y se la he de ver como va muchas veces, no conforme a su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, sino al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar

señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir a su Majestad las personas della, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embebiese en el regalo que había por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma.

4. Estando allí acertó a venir un religioso, persona muy principal, y con quien yo muchos años había tratado algunas veces: y estando en misa en un monasterio de su orden (que estaba cerca a donde yo estaba) dióme deseo de saber en qué disposición estaba aquel alma (que deseaba yo fuese muy siervo de Dios) y levantéme para irle a hablar: como yo estaba recogida ya en oración, parecióme después era perder tiempo, que quién me metía a mí en aquello, y torneme a sentar. Paréceme que fueron tres veces las que esto me acaeció, y en fin pudo más el Angel bueno que el malo, y fuíle a llamar, y vino a hablarme a un confesonario. Comencéle a preguntar, y él a mí (porque había muchos años que no nos habíamos visto) de nuestras vidas; y yo le comencé a decir, que había sido la mía de muchos trabajos de alma. Puso muy mucho en que le dijese qué eran los trabajos: yo le dije, que no eran para saber ni para que yo los dijese. El dijo, que pues lo sabía el Padre dominico que he dicho que era muy su amigo, que luego se los diría y que no se me diese nada.

5. El caso es, que ni fué en su mano dejarme de importunar ni en la mía me parece dejárselo decir, porque con toda la pesadumbre y vergüenza que solía tener, cuando trataba estas cosas con él y con el

retor que he dicho, no tuve ninguna pena, antes me consolé mucho: díjeselo debajo de confesión. Parecióme más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento: miré los grandes talentos y partes que tenía para aprovechar mucho, si del todo se diese a Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente que luego querría verla del todo dar a Dios, con unas ansias que algunas veces no me puedo valer; y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan es con muy gran ímpetu, y así importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo me acaeció así. Rogóme le encomendase mucho a Dios (y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte, que no pudiera hacer otra cosa) y vóime a donde solía a solas tener oración, y comienzo a tratar con el Señor estando muy recogida con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato, que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada que no miro la diferencia que hay della a Dios, porque el amor que conoce que la tiene su Majestad la olvida de sí, y le parece está en él, y como una cosa propia sin división habla desatinos. Acuérdomme que le dije esto, después de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenía por buena, no me contentaba, que le quería muy bueno; y así le dije: Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.

6. ¡Oh, bondad y humanidad grande de Dios, cómo no mira las palabras sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre, que una como yo hable a su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás. Acuérdomme que me dió en aquellas horas de oración aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba en gracia o no, no para que

yo lo desease saber; mas deseábame morir, por no me ver en vida a donde no estaba segura si estaba muerta; porque no podía haber muerte más recia para mí, que pensar si tenía ofendido a Dios, y apretábame esta pena; suplicábale no lo permitiese, toda regalada y derretida en lágrimas. Entonces entendí, que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia, porque semejante amor de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba alma, que no se compadecía hacerse al alma que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que le suplicaba desta persona. Díjome que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir, que esto de dar recaudo a tercera persona, como he dicho, es lo que más siento siempre, en especial a quien no sabía cómo lo tomaría, o si burlaría de mí. Púsome en mucha congoja, en fin fui tan persuadida, que a mi parecer prometí a Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que había, las escribí y se las di. Bien pareció ser cosa de Dios en la operación que le hicieron, determinóse muy de veras de darse a oración, aunque no lo hizo desde luego. El Señor como le quería para sí, por mi medio le enviaba a decir unas verdades, que sin entenderlo yo iban tan a su propósito, que él se espantaba: y el Señor, que debía de disponerle para creer que eran de su Majestad, y yo aunque miserable, era mucho lo que le suplicaba al Señor muy del todo le tornase así, y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y así sea alabado por siempre, lo hizo tan de hecho, que cada vez que me habla me tiene como embobada; y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra. Su Majestad le tenga de su mano, que si así va adelante (lo que espero en el Señor sí hará, por ir muy fundado en conocerse)

será uno de los muy señalados siervos suyos y para gran provecho de muchas almas, porque en cosas de espíritu en poco tiempo tiene mucha experiencia, que éstos son dones que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no hace esto mucho, mas que muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que a otras da en uno: su Majestad sabe la causa. Y es el engaño, que nos parece que por los años hemos de entender lo que en ninguna manera se puede alcanzar sin experiencia; y así yerran muchos, como he dicho, en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien le tiene, mas entiéndese en lo exterior e interior que va conforme a vía natural por obra del entendimiento, y en lo sobrenatural que mire vaya conforme a la Sagrada Escritura. En lo demás no se mete, ni piense entender lo que no entiende ni ahogue los espíritus, que ya cuanto en aquello otro mayor Señor los gobierna, que no están sin superior.

7. No se espante, ni le parezcan cosas imposibles, todo es posible al Señor, si no procura esforzar la fe y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una vejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado; y con esta humildad aprovechará más a las almas y a sí, que por hacerse contemplativo sin serlo. Porque torno a decir, que si no tiene experiencia, si no tiene muy mucha humildad en entender que no lo entiende, y que no por eso es imposible, que ganará poco y dará a ganar menos a quien trata; no haya miedo si tiene humildad; permítala el Señor que se engañe el uno ni el otro. Pues a este Padre que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es bien letrado, y lo que no entiende por experiencia, infórmase de quien la tiene, y con esto ayúdale el

Señor con darle mucha fe, y así ha aprovechado mucho a sí y a algunas almas, y la mía es una dellas; que como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó su Majestad, que pues había de llevar consigo algunos que me gobernaban, quedasen otros que me han ayudado a hartos trabajos y hecho gran bien. Hale mudado el Señor casi del todo, de manera que casi él no se conoce, a manera de decir, y dado fuerzas corporales para penitencia que antes no tenía sino enfermo, y animoso para todo lo que es bueno, y otras cosas, que se parece bien ser muy particular llamamiento del Señor. Sea bendito por siempre. Creo todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración, porque no son postizas; porque ya en algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado, porque sale dellas como quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones: espero en la grandeza del Señor ha de venir mucho bien a algunos de su orden por él y a ella mesma. Ya se comienza esto a entender: he visto grandes visiones, y díjome el Señor algunas cosas dél, y del retor de la Compañía de Jesús que tengo dicho de grande admiración, y de otros dos religiosos de la orden de Santo Domingo, en especial de uno que también ha dado ya a entender el Señor por obra en su aprovechamiento, algunas cosas que antes yo había entendido dél; mas de quien ahora hablo han sido muchas. Una cosa quiero decir ahora aquí. Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el amor que mi alma y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía a mí casi absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuán poco tiempo había subido un alma a tan grande estado. Hacíame gran confusión, porque le veía con tanta humildad escuchar lo que yo le decía en algunas cosas de oración; como yo tenía poca de tratar así con personas semejantes, debíamelo sufrir el Señor por el gran de-

seo que yo tenía de verle muy adelante. Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego para desear servir al Señor de principio. ¡Oh, Jesús mío, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! ¡Cómo lo habíamos de estimar en mucho y suplicar al Señor la dejase en esta vida! Quien tiene el mismo amor, tras estas almas se había de andar si pudiese.

8. Gran cosa es a un enfermo hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo; mucho se ayudan a padecer y aun a merecer: excelentes espaldas se hacen la gente determinada a arriscar mil vidas por Dios, y desean que se les ofrezca en qué perderlas: son como los soldados, que por ganar el despojo y hacerse con él ricos, desean que haya guerras; tienen entendido no lo pueden ser sino por aquí. Es éste su oficio el trabajar. ¡Oh, gran cosa es a donde el Señor da esta luz de entender lo mucho que se gana en padecer por él! No se entiende esto bien hasta que se deja todo, porque quien en ello se está, señal es que lo tiene en algo; pues si lo tiene en algo, forzado le ha de pesar de dejarlo, y ya va imperfecto todo y perdido. Bien viene aquí, que es perdido quien tras perdido anda, ¿y qué más perdición, qué más ceguedad, qué más desventura, que tener en mucho lo que no es nada? Pues tornando a lo que decía, estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece quería el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho en que fuese por medio mío, hallándome indigna della; en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más a mi cuenta las tomaba, que si fuera a mí, y alababa mucho al Señor de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y había oído mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma que no podía sufrir en sí tanto go-

zo, salió de sí y perdióse para más ganar: perdió las consideraciones, y de oír aquella lengua divina en que parece hablaba el Espíritu Santo, dióme un gran arrobamiento que me hizo perder casi el sentido, aunque duró poco tiempo. Vi a Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y así me lo dijo, y quiso que viese claro que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en él.

9. Otra vez estando lejos deste lugar, le vi con mucha gloria levantar a los Angeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta visión: y así fué que le habían levantado un gran testimonio bien contra su honra, persona a quien él había hecho mucho bien, y remediado la suya y el alma, y habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy a servicio de Dios, y pasado otras persecuciones. No me parece conviene ahora declarar más cosas, si después le pareciere a vuesa merced, pues las sabe, se podrán poner para gloria del Señor. De todas las que le he dicho de profecías desta casa, y otras que diré della y otras cosas, todas se han cumplido algunas tres años antes que se supiesen, otras más, y otras menos, me las decía el Señor; y siempre las decía al confesor y a ésta mi amiga viuda, con quien tenía licencia de hablar, como he dicho; y ella he sabido que las decía a otras personas, y éstas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto más siendo tan graves) tratase yo sino toda verdad.

10. Habiéndose muerto un cuñado mío súbitamente, y estando yo con mucha pena por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración que había así de morir mi hermana, que fuese allá y procurase se dispusiese para ello. Dijelo a mi confesor, y como no me dejaba ir, entendílo otras veces: ya como esto vió, díjome que fuese allá, que no se per-



día nada. Ella estaba en una aldea, y como fui sin decirle nada, le fui dando la luz que pude en todas las cosas; hice se confesase muy a menudo y en todo trajese cuenta con su alma: ella era muy buena e hízolo así. Desde cuatro a cinco años que tenía esta costumbre y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie ni poderse confesar. Fué el bien que como lo acostumbraba, no había sido poco más de ocho días que estaba confesada; a mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el purgatorio.

11. Serían aun no me parece ocho días, cuando acabando de comulgar me apareció el Señor, y quiso la viese como la llevaba a la gloria. En todos estos años desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender ni a mi compañera, que así como murió vino a mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas para que no se pierdan.







## CAPITULO XXXV

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA DE LA FUNDACIÓN DESTA CASA DE NUESTRO GLORIOSO PADRE SAN JOSEF. DICE POR LOS TÉRMINOS QUE ORDENÓ EL SEÑOR VINIESE A GUARDARSE EN ELLA LA SANTA POBREZA; Y LA CAUSA POR QUE SE VIÑO DE CON AQUELLA SEÑORA QUE ESTABA, Y OTRAS ALGUNAS COSAS QUE LE SUCEDIERON.

1. Pues estando con esta señora que he dicho a donde estuve más de medio año, ordenó el Señor que tuviese noticia de mí una beata de nuestra orden de más de setenta leguas de aquí deste lugar, y acertó a venir por acá, y rodeó algunas por hablarme. Háblala el Señor movido el mesmo año y mes que a mí, para hacer otro monasterio desta orden; y como le puso este deseo, vendió todo lo que tenía, y fué a Roma a traer despacho para ello a pie descalza. Es mujer de mucha penitencia y oración, y hacíala el Señor muchas mercedes, y aparecióle nuestra Señora y mandóla lo hiciese: hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo había vergüenza de estar delante della. Mostróme los despachos que traía de Roma, y en quince días que estuvo conmigo dimos orden en cómo habíamos de hacer estos monasterios. Y

hasta que yo la hablé, no había venido a mi noticia que nuestra regla antes que se relajase, mandaba no se tuviese propio; ni yo estaba en fundarle sin renta, que iba mi intento a que no tuviésemos cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba a los muchos cuidados que trae consigo tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, tenía bien entendido con no saber leer, lo que yo con tanto haber andado a leer las constituciones ignoraba. Y como me lo dijo parecióme bien; aunque temí que no me lo habían de consentir, sino decir que hacía desatinos, y que no hiciese cosa que padeciesen otras por mí, que a ser yo sola, poco ni mucho me detuviera, antes me era gran regalo pensar de guardar los consejos de Cristo Señor nuestro; porque grandes deseos de pobreza ya me los había dado su Majestad.

2. Así que para mí no dudaba de ser lo mejor, porque días había que deseaba fuera posible a mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa ni otra cosa; mas temía que si a las demás no daba el Señor estos deseos, vivirían descontentas; y también no fuese causa de alguna distracción, porque veía algunos monasterios pobres no muy recogidos, y no miraba que el no serlo era causa de ser pobres, y no la pobreza de la distracción, porque ésta no hace más ricas, ñ falta Dios jamás a quien le sirve: en fin, tenía flaca la fe, lo que no hacía esta sierva de Dios. Como yo en todo tomaba tantos pareceres, casi a nadie hallaba deste parecer, ni confesor ni los letrados que trataba: traíanme tantas razones que no sabía qué hacer; porque como ya yo sabía era regla y veía ser más perfección, no podía persuadirme a tener renta. Y ya que algunas veces me tenían vencida, en tornando a la oración y mirando a Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podía poner a paciencia ser rica; suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera que yo me viese pobre como él. Hallaba tantos inconvenientes para tener renta, y veía

ser tanta causa de inquietud y aun distracción, que no hacía sino disputar con los letrados. Escribiólo al religioso dominico que nos ayudaba; enviéme escritos dos pliegos de contradicción y teología para que no lo hiciese, y así me lo decía que lo había estudiado mucho. Yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento y el voto que tenía hecho de pobreza y los consejos de Cristo con toda perfección, que no quería aprovecharme de teología, ni con sus letras en este caso me hiciese merced. Si hallaba alguna persona que me ayudase alegrábame mucho. Aquella señora con quien estaba para esto me ayudaba mucho: algunos luego al principio decíanme que les parecía bien, después como más lo miraban hallaban tantos inconvenientes, que tornaban a poner mucho en que no lo hiciese. Deciales yo que si ellos tan presto mudaban parecer, que yo al primero me quería llegar.

3. En este tiempo por ruegos míos, porque esta señora no había visto al santo Fray Pedro de Alcántara, fué el Señor servido viniese a su casa, y como el que era bien amador de la pobreza y tantos años la había tenido, sabía bien la riqueza que en ella estaba, y así me ayudó mucho y mandó que en ninguna manera dejase de llevarlo muy adelante. Ya con este parecer y favor, con quien mejor lo podía dar por tenerlo sabido por larga experiencia, yo determiné no andar buscando otros.

4. Estando un día mucho encomendándolo a Dios, me dijo el Señor que en ninguna manera dejase de hacerle pobre, que esta era la voluntad de su Padre y suya, que él me ayudaría. Fué con tan grandes efectos en un gran arrobamiento, que en ninguna manera pude tener duda de que era Dios. Otra vez me dijo, que en la renta estaba la confusión y otras cosas en loor de la pobreza, y asegurándome que a quien le servía no le faltaba lo necesario para vivir: y esta falta, como digo, nunca yo la temí por

mí. También volvió el Señor el corazón del presentado, digo del religioso dominico, de quien he dicho me escribió no lo hiciese sin renta. Ya yo estaba muy contenta con haber entendido esto y tener tales pareceres, no me parecía sino que poseía toda la riqueza del mundo en determinándome a vivir de por amor de Dios.

5. En este tiempo mi provincial me alzó el mandamiento y obediencia que me había puesto para estar allí, y dejó en mi voluntad, que si me quisiese ir que pudiese, y si estar, también por cierto tiempo; y en éste había de haber elección en mi monasterio, y avisáronme que muchas querían darme aquel cuidado de perlada; que para mí sólo pensarlo era tan gran tormento, que a cualquier martirio me determinaba a pasar por Dios con facilidad, a éste en ningún arte me podía persuadir; porque dejado el trabajo grande, por ser muy muchas y otras causas de que yo nunca fui amiga ni de ningún oficio, antes siempre los había rehusado, parecíame gran peligro por la conciencia, y así alabé a Dios de no me hallar allá. Escribí a mis amigas para que no me diesen voto.

6. Estando muy contenta de no me hallar en aquel ruido, díjome el Señor que en ninguna manera deje de ir, que pues deseo cruz, que buena se me apareja, que no la deseche, que vaya con ánimo que él me ayudará, y que me fuese luego. Yo me fatigué mucho y no hacía sino llorar, porque pensé que era la cruz ser perlada, y como digo, no podía persuadirme a que estaba bien a mi alma en ninguna manera, ni yo hallaba términos para ello. Contélo a mi confesor: mandóme que luego procurase ir, que claro estaba era más perfección, y que porque hacía gran calor, bastaba hallarme allá a su elección, que me estuviese unos días porque no me hiciese mal el camino. Mas el Señor que tenía ordenado otra cosa húbose de hacer; porque era tan grande el desasosiego que traía

en mí y el no poder tener oración, y parecerme faltaba de lo que el Señor me había mandado, y que como estaba allí a mi placer y con regalo, no quería irme a ofrecer al trabajo, que todo era palabras con Dios, que porque pudiendo estar a donde era más perfección, había de dejarlo, que si me muriese, muriese: y con esto un apretamiento de alma, un quitarme el Señor todo el gusto en la oración. En fin, yo estaba tal que ya me era tormento tan grande, que supliqué a aquella señora tuviese por bien dejarme venir, porque ya mi confesor, como me vió así, me dijo que me fuese, que también le movía Dios como a mí. Ella sentía tanto que la dejase, que era otro tormento que le había costado mucho acabarlo con el provincial por muchas maneras de importunaciones.

7. Tuve por grandísima cosa querer venir en ello según lo que sentía; sino como era muy temerosa de Dios, y como le dije que se le podía hacer gran servicio y otras hartas cosas, y dile esperanza que era posible tornarla a ver; y así con harta pena lo tuvo por bien. Ya yo no la tenía de venirme, porque entendiendo yo era más perfección una cosa y servicio de Dios, con él contento que me da de contentarle pasé la pena de dejar a aquella señora que tanto la veía sentir, y otras personas a quien debía mucho, en especial a mi confesor que era de la Compañía de Jesús, y hallábame muy bien con él; mas mientras más veía que perdía de consuelo por el Señor, mas contento me daba perderlo. No podía entender cómo era esto, porque veía claro estos dos contrarios holgarme y consolarme, y alegrarme de lo que me pesaba en el alma, porque yo estaba consolada y sosegada, y tenía lugar para tener muchas horas de oración: veía que venía a meterme en un fuego que ya el Señor me lo había dicho, que venía a pasar gran cruz (aunque nunca yo pensé lo fuera tanto, como después vi) y con todo venía ya alegre: y es-

taba deshecha de que no me ponía luego en la batalla, pues el Señor quería la tuviese, y así enviaba su Majestad el esfuerzo y le ponía en mi flaqueza.

8. No podía, como digo, entender cómo podía ser esto: pensé esta comparación; si poseyendo yo una joya o cosa que me da gran contento, ofréceseme saber que la quiere una persona que yo quiero más que a mí, y deseo más contentarla que mi mismo descanso, dame gran contento quedarme sin ella, que me daba lo que poseía por contentar a aquella persona, y como este contento de contentarla excede a mi mismo contento, quítase la pena de la falta que me hace la joya o lo que amo, y de perder el contento que daba, de manera, que aunque quería tenerla de ver que dejaba personas que tanto sentían apartarse de mí, con ser yo de condición tan agradecida, que bastara en otro tiempo a fatigarme mucho, y ahora aunque quisiera tener pena no podía. Importó tanto el no me tardar un día más para lo que tocaba al negocio desta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse si entonces me detuviera. ¡Oh, grandeza de Dios! Muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su Majestad ayudarme para que se efectuase este rincón de Dios que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita; como una vez estando en oración me dijo, que era esta casa paraíso de su deleite, y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído a él, en cuya compañía yo vivo con harta, harta confusión; porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura, y pobreza y oración, y llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla por indigna de haber merecido venir a tal lugar; en especial algunas que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, a donde pudieran estar contentas conforme a sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor



~~~~~

dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias a su Majestad: a otras ha mudado de bien en mejor. A las de poca edad da fortaleza y conocimiento para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá estar apartadas de todas las cosas de la vida. A las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas y se las ha dado para poder llevar la esperanza y penitencia que todas.

9. ¡Oh, Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles, que dais a entender bien que no es menester más de amaros de veras y dejarlo de veras todo para Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a Vos. Camino real veo que es, que no senda: camino que quien de verdad se pone en él va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo y ruin senda y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo a donde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, bien mío, seguro va por ancho camino y real, lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico cuando le dais Vos, Señor, la mano; no basta una caída y muchas si os tiene amor, y no a las cosas del mundo para perderse va por el valle de la humildad. No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección; el Señor por quien es nos dé a entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en él, y no haya miedo se ponga este Sol de justicia, ni nos

deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a él. No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras, y deleites y contentos semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto y diez mil querría hartarme de llorar y dar voces a todos, para decir la gran ceguedad y maldad mía, por si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Abraselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí. Amén.





CAPITULO XXXVI

PROSIGUE EN LA MATERIA COMENZADA, Y DICE CÓMO SE ACABÓ DE CONCLUIR, Y SE FUNDÓ ESTE MONASTERIO DEL GLORIOSO SAN JOSEF, Y LAS GRANDES CONTRADICCIONES Y PERSECUCIONES QUE, DESPUES DE TOMAR HÁBITO LAS RELIGIOSAS, HUBO, Y LOS GRANDES TRABAJOS Y TENTACIONES QUE ELLA PASÓ, Y CÓMO DE TODO LA SACÓ EL SEÑOR CON VITORIA, Y EN GLORIA Y ALABANZA SUYA.

1. Partida ya de aquella ciudad, venía muy contenta por el camino determinándome a pasar todo lo que el Señor fuese servido muy con toda voluntad. La noche mesma que llegué a esta tierra llegó nuestro despacho para el monasterio y breve de Roma, que yo me espanté y se espantaron los que sabían la priesa que me había dado el Señor a la venida, cuando supieron la gran necesidad que había dello y a la coyuntura que el Señor me traía; porque hallé aquí el obispo y al santo Fr. Pedro de Alcántara y a otro caballero muy siervo de Dios, en cuya casa este santo hombre posaba, que era persona a donde los siervos de Dios hallaban espaldas y cabida. Entrambos a dos acabaron con el obispo admitiese el monasterio; que no fué poco por ser pobre, sino que era

tan amigo de personas que veía así determinadas a servir al Señor, que luego se aficionó a favorecerle; y el aprobarlo este santo viejo y poner mucho con unos y con otros en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si no viniera a esta coyuntura, como ya he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre (que no creo fueron ocho días, y esos muy enfermo) y desde ha muy poco le llevó el Señor consigo. Parece que le había guardado su Majestad hasta acabar este negocio, que había muchos días, no sé si más de dos años, que andaba muy malo.

2. Todo se hizo debajo de gran secreto, porque a no ser así, no sé si pudiera hacer nada según el pueblo estaba mal con ello, como se pareció después. Ordenó el Señor que estuviese malo un cuñado mío y su mujer, no aquí y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasión no se entendió nada, aunque en algunas personas no dejaba de sospecharse algo, mas aun no lo creían. Fué cosa para espantar y que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y en siendo menester tuviese salud para que yo me desocupase, y él dejase desembarazada la casa, se la dió luego el Señor que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo y con oficiales para que se acabase la casa a mucha priesa, para que tuviese forma de monasterio; que faltaba mucho de acabarse: y mi compañera no estaba aquí (que nos pareció era mejor estar ausente para más disimular) y yo veía que iba el todo en la brevedad por muchas causas: y la una era, porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era ésta la cruz; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz que yo había entendido del Señor que había de pasar.

3. Pues todo concertado, fué el Señor servido que

día de San Bartolomé tomaron el hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento: con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo padre nuestro San Josef, año de mil y quinientos y sesenta y dos. Estuve yo a darles el hábito, y otras dos monjas de nuestra casa mesma que acertaron a estar fuera. Como en esta que se hizo el monasterio era la que estaba mi cuñado (que como he dicho la había él comprado por disimular mejor el negocio), con licencia estaba yo en ella, y no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados, para no in un punto contra obediencia, y como veían ser muy provechoso para toda la orden por muchas causas, que aunque iba con secreto y guardándome no lo supiesen mis perlados, me decían lo podía hacer, porque por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanto más uno: esto es cierto. Porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera como lo hice la otra vez con todo sosiego y paz. Pues fué para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento y que se remediaron cuatro huérfanas pobres (porque no se tomaban con dote) y grandes siervas de Dios; que esto se pretendió al principio, que entrasen personas que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que llevábamos con mucha perfección y oración efetuar, y hecha una obra que tenía entendido era para el servicio del Señor y honra del hábito de su gloriosa Madre, que éstas eran mis ansias. Y también me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra iglesia más en este lugar de mi padre glorioso San Josef, que no la había. No porque a mí me pareciese había hecho en ello nada, que nunca me lo parecía ni parece, siempre

entiendo lo hacía el Señor; y lo que era de mi parte iba con tantas imperfecciones, que antes veo había que me culpar que no que me agradecer; mas érame gran regalo ver que hubiese su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin para tan grande obra; así que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con gran oración.

4. Acabado todo sería como desde ha tres o cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante si había sido mal hecho lo que había hecho; si iba contra obediencia en haberlo procurado sin que me lo mandase el provincial (que bien me parecía a mí le había de ser algún disgusto, a causa de sujetarle al ordinario por no se lo haber primero dicho, aunque como él no le había querido admitir, y yo no la mudaba, también me parecía no se le daría nada por otra parte) y si habían de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disbarate, que quién me metía en esto, pues yo tenía monasterio. Todo lo que el Señor me había mandado y los muchos pareceres y oraciones (que había más de dos años que casi no cesaban) todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido, sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obra-se ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio que como me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, que cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande y deleitosa y a donde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas, que quizá las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado a mucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio para quitarme la paz y quietud, y que así no podría tener oración estando desasosegada, y perdería el alma. Cosas desta

hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa; y con esto una aflicción y escuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me vi así, fuíme a ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme a él no podía: pareceme estaba con una congoja como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque aun confesor no tenía señalado.

5. ¡Oh, váleme Dios, y qué vida esta tan miserable! No hay contento seguro ni cosa sin mudanza. Había tan poquito, que no me parece trocara mi contento con ninguna de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí. ¡Oh, si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno vería con experiencia en lo poco que se ha de tener contento ni descontento della! Es cierto que me parece que fué uno de los recios ratos que he pasado en mi vida: parece que adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó a ser tanto como esto si durara. Mas no dejó el Señor padecer a su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y así fué en ésta que me dió un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad y que todo era quererme espantar con mentiras; y así comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor y deseos de padecer por él, y pensé que si había de cumplirlos, que no había de andar a procurar descanso, y que si tuviese trabajos, que eso era el merecer, y si descontento, como lo tomase por servir a Dios, me serviría de purgatorio; ¿que de qué temía?, que pues deseaba trabajos, que buenos eran éstos, que en la mayor contradicción estaba la ganancia; que por qué me había de faltar ánimo para servir a quien tanto debía. Con estas y otras consideraciones haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo

Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia prometer clausura. En haciendo esto, en un instante huyó el demonio y me dejó sosegada y contenta, y lo quedé y lo he estado siempre, y todo lo que en esta casa se guarda de encerramiento, penitencia, y lo demás, se me hace en extremo suave y poco. El contento es tan grandísimo, que pienso yo algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso? No sé si es esto parte para tener mucha más salud que nunca, o querer el Señor por ser menester y razón que haga lo que todas, darme este consuelo, que pueda hacerlo aunque con trabajo; mas del poder se espantan todas las personas que saben mis enfermedades. Bendito sea él que todo lo da y en cuyo poder se puede.

6. Quedé cansada de tal contienda y riéndome del demonio, que vi claro ser él; creo lo permitió el Señor (porque yo nunca supe qué cosa era descontento de ser monja, ni un momento en veinte y ocho años, y más que ha que lo soy) para que entendiese la merced grande que en esto me había hecho, y del tormento que me había librado; y también para que si alguna viese lo estaba, no me espantase y me apiadase della, y la supiese consolar. Pues pasado esto queriendo después de comer descansar un poco (porque en toda la noche no había casi sosegado ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada), como se había sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto, por las causas que ya he dicho que parecía llevaban algún color. Luego la perlada me envió a mandar que a la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento, dejo mis monjas hartas penadas y vóime luego. Bien vi que se me habían de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración suplicando

al Señor me favoreciese, a mi padre San Josef que me trajese a su casa, y ofrecíle lo que había de pasar, y muy contenta se ofreciese algo en que yo padeciese por él y le pudiese servir, me fui con tener creído luego me habían de echar en la cárcel, mas a mi parecer me diera mucho contento por no hablar a nadie y descansar un poco en soledad, de lo que yo estaba bien necesitada, porque me traía molida tanto andar con gente. Como llegué y di mi descuento a la perlada, aplacóse algo, y todas enviaron al provincial, y quedóse la causa para delante dél; y venido fui a juicio con harto gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra su Majestad ni la orden no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello, que todo mi deseo era que se cumpliese con toda perfección. Acordéme del juicio de Cristo y vi cuán no nada era aquél. Hice mi culpa como muy culpada, y así lo parecía a quien no sabía todas las causas. Después de haberme hecho una grande reprensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito y lo que muchos decían al provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada a ello, antes pedí me perdonase y castigase y no estuviese desabrido conmigo.

7. En algunas cosas bien veía yo me condenaban sin culpa, porque me decían lo había hecho porque me tuviesen en algo y por ser nombrada, y otras semejantes; mas en otras claro entendía que decían verdad en que era yo más ruin que otras, y que, pues no había guardado la mucha religión que se llevaba en aquella casa, como pensaba guardarla en otra con más rigor, que escandalizaba el pueblo, y levantaba cosas nuevas. Todo no me hacía ningún alboroto ni pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no pareciese tenía en poco lo que me decían. En fin, me mandó delante de las monjas diese descuento, y húbelo de hacer: como yo tenía quietud en mí y me

ayudaba el Señor, di mi descuento de manera que no halló el provincial ni las que allí estaban, por qué me condenar; y después a solas le hablé más claro y quedó muy satisfecho, y prometiome, si fuese adelante, en sosegándose la ciudad, de darme licencia que me fuese a él, porque el alboroto de toda la ciudad era tan grande, como ahora diré. Desde ha dos o tres días juntáronse algunos de los regidores y corregidor, y del cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante.

8. Hicieron juntar todas las órdenes para que digan su parecer, de cada una dos letrados. Unos callaban, otros condenaban, en fin, concluyeron que luego se deshiciese. Sólo un presentado de la orden de Santo Domingo (aunque era contrario, no del monasterio, sino de que fuese pobre) dijo que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien, que tiempo había para ello, que éste era caso del obispo, o cosas desta arte, que hizo mucho provecho; porque según la furia, fué dicha no lo poner luego por obra. Era en fin, que había de ser que era el Señor servido dello, y podían todos poco contra su voluntad; daban sus razones y llevaban buen celo, y así sin ofender ellos a Dios hacíanme padecer, y a todas las personas que lo favorecían, que eran algunas, y pasaron mucha persecución. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme e ir al provincial y a mi monasterio. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, más que si no lo dijeran, sino temor si se había de deshacer: esto me daba gran pena, y ver que perdían crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decían de mí, antes me parece me holgaba; y si tuviera alguna fe ninguna alteración tuviera, sino que faltar algo en

una virtud, basta adormecerlas todas: y así estuve muy penada los dos días que hubo estas juntas que digo en el pueblo, y estando bien fatigada, me dijo el Señor: *¿No sabes que soy poderoso? ¿De qué temes?* Y me aseguró que no se desharía: con esto quedé muy consolada. Enviaron al consejo real con su información, vino provisión para que se diese relación de cómo se había hecho.

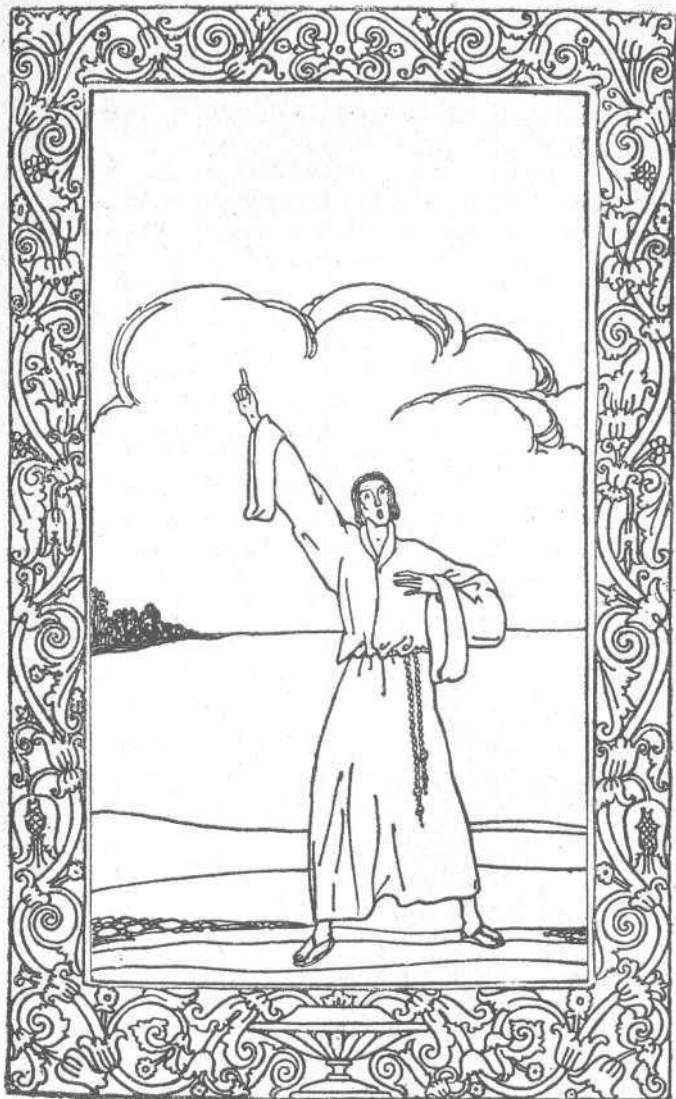
9. Hele aquí comenzado un gran pleito, porque de la ciudad fueron a la corte, y hubieron de ir de parte del monasterio, y no había dineros, ni yo sabía qué hacer: proveyólo el Señor, que nunca mi padre provincial me mandó dejase de entender en ello; porque es tan amigo de toda virtud, que aunque no ayudaba no quería ser contra ello: no me dió licencia hasta ver en lo que paraba para venir acá. Estas siervas de Dios estaban solas, y hacían más con sus oraciones que con cuanto yo andaba negociando, aunque fué menester harta diligencia. Algunas veces parecía que todo faltaba, en especial un día antes que viniese el provincial, que me mandó la priora no tratase en nada, y era dejarse todo. Yo me fuí a Dios, y díjele: Señor, esta casa no es mía, por Vos se ha hecho, ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad. Quedaba tan descansada y tan sin pena, como si tuviera a todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por seguro el negocio.

10. Un muy siervo de Dios, sacerdote que siempre me había ayudado, amigo de toda perfección, fué a la corte a entender en el negocio, y trabajaba mucho; y el caballero santo de quien he hecho mención hacía en este caso muy mucho, y de todas maneras lo favorecía. Pasó hartos trabajos y persecución, y siempre en todo le tenía por padre, y aun ahora le tengo; y en los que nos ayudaban ponía el Señor tanto hervor, que cada uno lo tomaba por cosa tan propia suya como si en ello les fuera la vida y la honra, y no les iba más de ser cosa en que a ellos les parecía se

servía el Señor. Pareció claro ayudar su Majestad al maestro que he dicho clérigo (que también era de los que mucho me ayudaban) a quien el obispo puso de su parte en una junta grande que se hizo, y él estaba solo contra todos, y en fin los aplacó con decirles ciertos medios, que fué harto para que se entretuviese, mas ninguno bastaba para que luego no tornasen a poner la vida (como dicen) en deshacerle. Este siervo de Dios que digo, fué quien dió los hábitos y puso el Santísimo Sacramento, y se vió en harta persecución. Duró esta batería casi medio año, que decir los grandes trabajos que se pasaron por menudo, sería largo.

11. Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y como les parecía a todos era gran daño para el lugar solas doce mujeres y la priora, que no han de ser más (digo a las que lo contradecían) y de vida tan estrecha, que ya que fuera daño o yerro, es para sí mismas; mas daño a el lugar no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, que con buena conciencia lo contradecían. Ya vinieron a decir que como tuviese renta pasarían por ello, y que fuese adelante. Yo estaba ya tan cansada de ver el trabajo de todos los que me ayudan, más que del mío, que me parecía no sería malo hasta que se sosegasen tener renta y dejarla después. Y otras veces, como ruin e imperfecta, me parecía que por ventura lo quería el Señor, pues sin ella no podíamos salir con ello, y venía ya en este concierto.

12. Estando la noche antes que se había de tratar en oración (y ya se había comenzado el concierto) díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzásemos a tener renta, que no nos dejarían después que la dejásemos, y otras algunas cosas. La misma noche me apareció el Santo Fr. Pedro de Alcántara, que era ya muerto; y antes que muriese me escribió como supo la gran contradicción y persecución que



teníamos, se holgaba fuese la fundación con contradicción tan grande, que era señal se había el Señor de servir muy mucho en este monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta. Y aun dos o tres veces me persuadió en la carta, y que como esto hiciese, ello venía a hacerse todo como yo quería. Ya yo le había visto otras dos veces después que murió, y la gran gloria que tenía; y así no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdome que me dijo la primera vez que le vi, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba, que dichosa penitencia había sido la que había hecho, que tanto premio había alcanzado. Porque ya creo tengo dicho algo desto, no digo aquí más de cómo esta vez me mostró rigor, y sólo me dijo que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desapareció luego. Yo quedé espantada, y luego otro día dije al caballero (que era a quien en todo acudía, como el que más en ello hacía) lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. El estaba en esto mucho más fuerte que yo; y holgóse mucho: después me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto.

13. Después se tornó a levantar otra persona y sierva de Dios harto, y con buen celo; ya que estaba en buenos términos decía se pusiese en manos de letrados. Aquí tuve hartos desasosiegos; porque algunos de los que me ayudaban venían en esto, y fué esta maraña que hizo el demonio de la más mala digestión de todas. En todo me ayudó el Señor, que así dicho en suma no se puede bien dar a entender lo que se pasó en dos años que se estuvo comenzada esta casa hasta que se acabó; este medio postrero y lo primero, fué lo más trabajoso. Pues aplacada ya

algo la ciudad, dióse tan buena maña el padre presentado dominico que nos ayudaba, aunque no estaba presente, mas habíale traído el Señor a un tiempo que nos hizo harto bien, y pareció haberle su Majestad para sólo este fin traído, que me dijo él después que no había tenido para qué venir, sino que acaso lo había sabido. Estuvo lo que fué menester: tornado a ir, procuró por algunas vías que nos diese licencia nuestro padre provincial para venir yo a esta casa con otras algunas conmigo (que parecía casi imposible darla tan en breve) para hacer el oficio; y enseñar a los que estaban: fué grandísimo consuelo para mí el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi a Cristo que con grande amor me pareció me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

14. Otra vez estando todas en el coro en oración, después de Completas, vi a nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo dél parecía ampararnos a todas, entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las desta casa. Comenzado a hacer el oficio, era mucha la devoción que el pueblo comenzó a tener con esta casa; tomáronse más monjas, y comenzó el Señor a mover a los que más nos habían perseguido, para que mucho nos favoreciesen e hiciesen limosna, y así aprobaban lo que tanto habían reprobado, y poco a poco se dejaron del pleito, y decían que ya entendían ser obra de Dios, pues con tanta contradicción su Majestad había querido fuese adelante; y no hay al presente nadie que le parezca fuera acertado dejarse de hacer, y así tienen tanta cuenta con proveernos de limosna, que sin haber demanda ni pedir a nadie, los dispierta el Señor para que nos la envíen, y pasamos sin que nos falte lo necesario, y espero en el Señor será así siempre; que como son pocas, si hacen lo

que deben, como su Majestad ahora les da gracia para hacerlo, segura estoy que no les faltará ni habrán menester ser cansosas ni importunar a nadie, que el Señor se terná cuidado como hasta aquí, que es para mí grandísimo consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas. Su trato es entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de ver a nadie que no sea para ayudarla a encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos. Y así no viene nadie a esta casa sino quien trata desto, porque ni las contenta, ni los contentan; no es su lenguaje otro sino hablar de Dios, y así no entienden, ni las entiende sino quien habla el mismo. Guardamos la regla de nuestra Señora del Carmen, dada por Alberto, patriarca de Jerusalén, y cumplida ésta sin relajación (sino como la confirmó el Papa Inocencio IV, el año MCCXLVIII en el año quinto de su pontificado) me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora aunque tiene algún rigor (porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la misma primera regla) en muchas aun se les hace poco a las hermanas, y guardan otras cosas que para cumplir ésta con más perfección nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como su Majestad me lo ha dicho. La otra casa que la beata que dije procuraba hacer, también la favoreció el Señor, y está hecha en Alcalá, y no le faltó harta contradicción, ni dejó de pasar trabajos grandes. Sé que se guarda en ella toda religión conforme a esta primera regla nuestra. Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya y de la gloriosa Virgen María, cuyo hábito traemos. Amén.

15. Creo se enfadará vuesa merced de la larga relación que he dado deste monasterio, y va muy corta para los muchos trabajos y maravillas que el Señor

en esto ha obrado, que hay dellos muchos testigos que lo podrán jurar, y así pido yo a vuesa merced por amor de Dios, que si le pareciere romper lo demás que aquí va escrito, lo que toca a este monasterio vuesa merced lo guarde, y muerta yo lo dé a las hermanas que aquí estuvieren, que animará mucho para servir a Dios las que vinieren, y a procurar no caya lo comenzado, sino que vaya siempre adelante, cuando vean lo mucho que puso su Majestad en hacerla por medio de cosa tan ruin y baja como yo. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer para que se hiciese, paréceme a mí que hará mucho mal y será muy castigada de Dios la que comenzare a relajar la perfección que aquí el Señor ha comenzado y favorecido, para que se lleve con tanta suavidad, que se ve muy bien es tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él las que a solas quisieren gozar de su esposo Cristo. Que esto es siempre lo que han de pretender, y solas con él solo, y no ser más que trece; porque esto tengo por muchos pareceres sabido que conviene, y visto por experiencia, que para llevar el espíritu que se lleva, y vivir de limosna y sin demanda, no se sufre más. Y siempre crean más a quien con trabajos muchos, y oración de muchas personas procuró lo que sería mejor; y en el gran contento y alegría y poco trabajo que en estos años que ha que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solían, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero eche la culpa a su falta de espíritu y no a lo que aquí se guarda, pues personas delicadas y no santas (porque le tienen) con tanta suavidad lo pueden llevar; y váyanse a otro monasterio, a donde se salvarán conforme a su espíritu.



CAPITULO XXXVII

TRATA DE LOS EFECTOS QUE LE QUEDABAN CUANDO EL SEÑOR LE HABÍA HECHO ALGUNA MERCED: JUNTA CON ESTO HARTA BUENA DOCTRINA. DICE CÓMO SE HA DE PROCURAR, Y TENER EN MUCHO GANAR ALGÚN GRADO MÁS DE GLORIA, Y QUE POR NINGÚN TRABAJO DEJEMOS BIENES QUE SON PERPETUOS.

1. De mal se me hace decir más de las mercedes que me ha hecho el Señor de las dichas, y aun son demasiadas para que se crea haberlas hecho a persona tan ruin; mas por obedecer al Señor que me lo ha mandado, y a vuesas mercedes, diré algunas cosas para gloria suya. Plega a su Majestad sea para aprovechar a alguna alma, ver que a una cosa tan miserable ha querido el Señor así favorecer, ¿qué hará a quien le hubiere de verdad servido? Y se animen todos a contentar a su Majestad, pues aun en esta vida da tales prendas. Lo primero, hase de entender que en estas mercedes que hace Dios al alma, hay más y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria, y gusto y consuelo al que da en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar

aun en esta vida, porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo que da Dios en una visión, o en un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá que desear, y así el alma no lo desea, ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo, de lo que gozan unos, a lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar cuando el Señor es servido, y así no querría yo la hubiese en servir ya a su Majestad, y emplear toda mi vida, y fuerzas y salud en esto, y no querría por mi culpa perder un tantico de más gozar. Y digo así, que si me dijese cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin dél, y después subir un poquito más en gloria, o sin ningunoirme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios; pues veo quien más lo entiende, más le ama y le alaba. No digo que no me contentaría y ternía por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me haría en esto el Señor, y plegue a su Majestad vaya yo allá, y no mire a mis grandes pecados. Lo que digo es, que aunque fuese a muy gran costa mía, si pudiese que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí, que con tantas culpas lo tenía perdido todo!

2. Hase de notar también, que en cada merced que el Señor me hacía de visión o revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura; y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, cuanto más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fué éste. Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron

grandes daños, y era ésta; que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle, y de pensar en él y en las cosas buenas que le veía; era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece asco en comparación de las excelencias y gracias que en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si al Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar, de suerte, que con un poquito de tornarme a acordar deste Señor no quede libre. Acaeciome con algún confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma, como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre donde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostráales gracia; ellos como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera, y me atase a quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia; esto era después que yo estaba tan sujeta a obedecerlos, que antes no les cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba a nadie, como lo tenía en mí, mas asegurábalos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor, que estas sospechas que traían de mí siempre eran a los principios. Comenzóme mucho mayor amor y con-

fianza deste Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura sujeta a muchas caídas, por el primer pecado que él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como lo que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas, ha de haber hora de hablar y señaladas personas que les hablen: si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores, y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh, que si es con el rey! Aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados, y a buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades que no temen, ni deben, no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar por no ser desfavorecidos.

3. ¡Oh, Rey de gloria, y Señor de todos los reyes, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! Con mirar vuestra persona, se ve luego que sois sólo el que merecéis que os llamen Señor. Según la majestad mostráis, no es menester gente de acompañamiento, ni de guarda para que conozcan que sois Rey; porque acá un rey solo, mal se conocerá por sí, aunque él más quiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene más que los otros, es menester que se vea porque lo creer. Y así es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese, no le ternían en nada: porque no sale de sí el parecer poderoso, de otros le ha de venir la autoridad. ¡Oh, Señor mío! ¡Oh, Rey mío! ¿Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis? Es imposible dejar de ver que sois grande emperador en Vos mismo, que espanta mirar esta majestad: más

me espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos a Vos. He aquí los provechos desta visión, sin otros grandes que deja en el alma si es de Dios, entiéndese por los efectos, cuando el alma tiene luz, porque como muchas veces he dicho, quiere el Señor que esté en tinieblas y que no vea esta luz, y así no es mucho tema la que se ve tan ruin como yo.

4. No ha más que ahora, que me ha acaecido estar ocho días, que no parece había en mí, ni podía tener conocimiento de lo que debo a Dios, ni acuerdo de las mercedes; sino tan embobada el alma y puesta no sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas para los buenos estaba tan inhábil, que me reía de mí y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios siempre obrando en ella. Bien ve que no está sin él en este estado, que no es como los grandes trabajos que he dicho tengo algunas veces; mas aunque pone leña y hace eso poco que puede de su parte, no hay arder el fuego de amor de Dios; harta misericordia suya es, que se ve el humo para entender que no está del todo muerto, torna el Señor a encender, que entonces un alma aunque se quiebre la cabeza en soplar y en concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo a que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho, meritorias; porque por ventura la quita el Señor la oración, para que entienda en ellas y conozca por experiencia lo poco que puede por sí.

5. Es cierto que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido a quejarme de su majestad, y le he dicho: ¿Cómo, Dios mío, que no basta que me

tenéis en esta miserable vida, y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir a donde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer, y dormir, y negociar, y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondáis: ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me tenéis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo del amor que me tenéis, que no lo sufriríades: mas estáis os conmigo y veisme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplícoos miréis que se hace agravio a quien tanto os ama. Esto y otras cosas me ha acaecido decir, entiendo primero como era piadoso el lugar que tenía en el infierno para lo que merecía; mas algunas veces desatina tanto el amor, que no me siento sino que en todo mi seso doy estas quejas, y todo me lo sufre el Señor: alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos a los de la tierra con estos atrevimientos? Aun ya al rey no me maravillo que no ose hablar, que es razón se tema, y a los señores que representan ser cabezas; mas está ya el mundo de manera que habían de ser más largas las vidas, para deprender los puntos y novedades, y maneras que hay de crianza, si han de gastar algo della en servir a Dios: yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es, que ya yo no sabía cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma de burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intención, si hay, como digo, descuido, y aun plega a Dios lo crean.

6. Torno a decir, que cierto yo no sabía cómo vivir, porque se ve una pobre de alma fatigada. Ve que

la mandan que ocupe siempre el pensamiento en Dios, y que es necesario traerle en él para librarse de muchos peligros. Por otro cabo ve que no cumple perder punto en puntos de mundo, so pena de no dejar de dar ocasión a que se tienten los que tienen su honra puesta en estos puntos. Traíame fatigada, y nunca acababa de hacer satisfacciones, porque no podía, aunque lo estudiaba, dejar de hacer muchas faltas en esto, que, como digo, no se tiene en el mundo por pequeña. Y es verdad que en las religiones (que de razón habíamos en estos casos de estar disculpados) hay disculpa. No, que dicen que los monasterios han de ser corte de crianza, y de saberla. Yo cierto que no puedo entender esto. He pensado si dijo algún Santo, que había de ser corte para enseñar a los que quisiesen ser cortesanos del cielo, y lo han entendido al revés; porque traer este cuidado quien es razón lo traya contino en contentar a Dios y aborrecer el mundo, que le pueda traer tan grande en contentar a los que viven en él, en estas cosas que tantas veces se mudan, no sé cómo. Aun si se pudieran aun deprender de una vez, pasara, mas aun para títulos de cartas es ya menester haya cátedra a donde se lea cómo se ha de hacer, a manera de decir, porque ya se deja papel de una parte ya de otra, y a quien no se solía poner magnífico hase de poner ilustre. Yo no sé en qué ha de parar, porque aun no he yo cincuenta años, y en lo que he vivido he visto tantas mudanzas que no sé vivir. ¿Pues los que ahora nacen y vivieren muchos, qué han de hacer? Por cierto yo he lástima a gente espiritual que está obligada a estar en el mundo, por algunos santos fines, que es terrible la cruz que en esto llevan. Si se pudiesen concertar todos, y hacerse ignorantes y querer que los tengan por tales en estas ciencias, de mucho trabajo se quitarían. Mas en qué boberías me he metido: por tratar en las grandezas de Dios, he venido a ha-

blar de las bajezas del mundo. Pues el Señor me ha hecho merced en haberle dejado, quiero ya salir dél, allá se avengan los que sustentan con tanto trabajo estas naderías. Plega a Dios, que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amén.





CAPITULO XXXVIII

EN QUE TRATA DE ALGUNAS GRANDES MERCEDES QUE EL SEÑOR LA HIZO, ANSÍ EN MOSTRARLE ALGUNOS SECRETOS DEL CIELO, COMO OTRAS GRANDES VISIONES Y REVELACIONES QUE SU MAJESTAD TUVO POR BIEN VIESE: DICE LOS EFECTOS CON QUE LA DEJABAN, Y EL GRAN APROVECHAMIENTO QUE QUEDABA EN SU ALMA.

1. Estando una noche tan mala, que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente, procurando no recoger el entendimiento, aunque en lo exterior estaba recogida en un oratorio; cuando el Señor quiere, poco aprovechan estas diligencias. Estuve así bien poco, y vínome un arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y las primeras personas que allá vi, fué a mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podía decir un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Esto de en tan breve tiempo, ya puede ser fuese más, sino que se hace muy poco. Temí no fuese alguna ilusión, puesto que no me lo parecía, no sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de

ir al confesor con esto; y no por humilde a mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de mí, y decir: ¿que, qué San Pablo para ver cosas del cielo, o San Jerónimo? Y por haber tenido estos Santos gloriosos cosas destas, me hacía más temor a mí, y no hacía sino llorar mucho, porque no me parecía llevaba ningún camino. En fin, aunque más sentí, fui al confesor, porque callar cosa jamás osaba, aunque más sintiese en decirla, por el gran miedo que tenía de ser engañada. El, como me vió tan fatigada, me consoló mucho y dijo hartas cosas buenas para quitarme de pena.

2. Andando más el tiempo me ha acaecido y acaece esto algunas veces, íbame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio, ni es posible, y así no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible; porque en sola la diferencia que hay desta luz que vemos, a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy deslustrada. En fin, no alcanza la imaginación por muy sutil que sea a pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano, que no se puede decir, porque todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir más.

3. Había una vez estado así más de una hora, mostrándome el Señor cosas admirables, que no me parece se quitaba de cabe mí, díjome: *Mira, hija, qué pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo.* ¡Ay, Señor mío, y qué poco aprovecha mi dicho a

los que sus hechos los tienen ciegos, si vuestra Majestad no les da luz. Algunas personas que Vos la habéis dado, aprovechado se han de saber vuestras grandezas, más venlas, Señor mío, mostradas a cosa tan ruin y miserable, que tengo yo en mucho que haya habido nadie que me crea. Bendito sea vuestro nombre y misericordia, que a lo menos ya conocida mejoría he visto en mi alma. Después quisiera ella estarse siempre allí y no tornar a vivir, porque fué grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá; parecíame basura, y veo yo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos en ello.

4. Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez estando yo mala del corazón (porque, como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es) como era de mucha caridad, hizome sacar joyas de oro y piedras que las tenía de gran valor; en especial una de diamantes que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran, yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo mesma lo quisiese procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá, sino quien le posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro: todo lo hace Dios, que muestra su Majestad estas verdades de manera que quedan tan imprimidas, que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir. Quedóme también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre desta cárcel y puesta en descanso. Que este llevar Dios el espíritu y mostrarle cosas tan excelentes en estos arro-

bamientos paréceme a mí conforma mucho a cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve en todo este bien. Dejemos los dolores de cuando se arranca, que hay poco caso que hacer dellos, y los que de veras amaren a Dios y hubieren dado de mano a las cosas desta vida, más suavemente deben morir.

5. También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber a donde hemos de vivir; porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda para pasar el trabajo del camino, haber visto que es tierra donde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales, y procurar que nuestra conversación sea allá, hácese con facilidad. Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar al cielo recoge el alma; porque como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando y acaece algunas veces ser los que me acompañan, y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y paréceme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño y que es burla lo que veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, éste es el morir. En fin, es grandísima merced que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho y también a llevar una pesada cruz, porque todo no le satisface, todo le da en rostro: y si el Señor no permitiese a veces se olvidase, aunque se torna a acordar, no sé cómo se podría vivir. Bendito sea, y alabado por siempre jamás. Plega a su Majestad por la sangre que su Hijo derramó por mí, que ya que ha querido entienda algo de tan grandes bienes y que comience en alguna manera a gozar dellos, no me acaezca lo que a Lucifer que por su culpa lo per-

dió todo. No lo permita por quien él es, que no tengo poco temor algunas veces, aunque por otra parte, y lo muy ordinario la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierda. Esto suplico yo a vuesa merced siempre lo suplique. Pues no son tan grandes las mercedes dichas a mi parecer, como ésta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que della me quedaron y gran fortaleza en el alma, aunque mirada cada cosa por sí, es tan grande que no hay que comparar.

6. Estaba un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa, fuíme a una parte bien apartada, a donde yo rezaba muchas veces y comencé a leer en un cartujano esta fiesta, y leyendo las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan, y los perfetos para entender está con ellos el Espíritu Santo. Leídos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios, que no dejaba de estar conmigo, a lo que yo podía entender. Estándole alabando y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello (que lo veía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande la que el Señor me había hecho) y así comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores a Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la veía trocada. Estando en esta consideración, dióme un ímpetu grande sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y a mi parecer diferente de otras veces, ni entendía qué había el alma, ni qué quería que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda.

7. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plu-

mas sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma, paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose a sí de sí la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosigar y espantar, y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria deste arrobamiento, quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni como cabía en mí tan gran favor y merced. No oía, ni veía, a manera de decir con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre. Amén.

8. Otra vez vi la misma paloma sobre la cabeza de un Padre de la orden de Santo Domingo (salvo que me pareció los rayos y los resplandores de las mismas alas que se extendían mucho más) dióseme a entender había de traer almas a Dios.

9. Otra vez vi estar a nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado desta mesma orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome, que por el servicio que le había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto, que así fué, porque desde ha pocos años murió, y su muerte y lo que vivió fué con tanta penitencia, la vida y la muerte con tanta santidad, que a cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado a su muerte, que antes que expirase le dijo como estaba con él Santo Tomás (1). Murió con gran gozo y deseo de salir deste destierro.

(1) Este Padre murió prior en Trianos.

Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos. Escribíome poco antes que muriese, que qué medio ternía, porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato sin poderlo excusar. Dióle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido en toda su vida. Del retor de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

10. De los de la orden deste Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto dellos de mucha admiración, y así tengo esta orden en gran veneración, porque los he tratado mucho y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado dellos a entender.

11. Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, y trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena, porque aun no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que des-hacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra destas, que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad que no la podemos ne-

gar. Representóme las voluntades con tanta vanidad que había tenido, y díjome que tuviese en mucho querer que se pusiese en él voluntad, que tan mal se había gastado con la mía, y admitirla él. Otras veces me dijo que me acordase, cuando parece tenía por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba él haciéndome mercedes. Si tenía algunas faltas, que no son pocas, de manera me las da su Majestad a entender, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaeciame reprehenderme el confesor y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprensión verdadera.

12. Pues tornando a lo que decía, como comenzó el Señor a traerme a la memoria mi ruin vida, a vueltas de mis lágrimas, como yo entonces no había hecho nada a mi parecer, pensé si me quería hacer alguna merced; porque es muy ordinario cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí mesma, para que vea más claro cuán fuera de merecerlas yo soy, pienso lo debe el Señor de hacer. Desde ha un poco fué tan arrebatado mi espíritu, que casi me pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se vive en él. Vi a la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la había visto. Representóseme por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció) me vi presente de aquella Divinidad. Quedé tan espantada y de tal manera, que me parece pasaron algunos días que no podía tornar en mí: y siempre me parecía traía presente a aquella Majestad del Hijo de Dios, aunque no era como la primera. Esto bien lo entendía yo, sino que queda tan esculpido en la imaginación, que no lo puede quitar de sí, por en breve que haya pasado por algún tiempo, y es harto consuelo y aun aprovechamiento.

13. Esta mesma visión he visto otras tres veces;

es a mi parecer la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo a esta nuestra sensualidad. Es una llama grande, que parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida; porque ya que yo, gloria a Dios, no los tenía en cosas vanas, declaróseme aquí bien como era todo vanidad y cuán vano son los señorios de acá, y es un enseñamiento grande para levantar los deseos en la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento, que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar ofender una Majestad tan grandísima. Algunas veces habré dicho estos efectos de visiones y otras cosas; mas ya he dicho que hay más y menos aprovechamiento, desta queda grandísimo. Cuando yo me llegaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia) los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh, Señor mío! ¿Mas si no encubriéades vuestra grandeza, quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable, con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor, alaben os los Angeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar como gente flaca y miserable.

14. Podríanos acaecer lo que a un labrador, y esto sé cierto que pasó así: hallóse un tesoro, y como era más que cabía en su ánimo, que era bajo, en viéndose con él, le dió una tristeza, que poco a poco se vino a morir de puro afligido y cuidadoso de no saber qué hacer dél. Si no lo hallara junto, sino que

poco a poco se lo fueran dando y sustentando con ello, viviera más contento que siendo pobre, y no le costara la vida. ¡Oh, riqueza de los pobres, y qué admirablemente sabéis sustentar las almas, y sin que vean tan grandes riquezas, poco a poco se las vais mostrando! Cuando yo veo una Majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca, como es la hostia, es así que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me da el Señor ánimo y esfuerzo para llegarme a él, si el que me ha hecho tan grandes mercedes y hace no me lo diese; ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces, tan grandes maravillas. ¿Pues qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar a este Señor de tan gran Majestad, cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca que tantas palabras ha hablado contra el mismo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad? Que duele más y aflige el alma (por no le haber servido) el amor que muestra aquel rostro de tanta hermosura con una ternura y afabilidad, que temor pone la Majestad que ve en él. Mas ¿qué podría yo sentir dos veces que vi esto que dije? Ciertamente, Señor mío, y gloria mía, que estoy por decir que en alguna manera en estas grandes aflicciones que siente mi alma, he hecho algo en vuestro servicio. Ay que no sé qué me digo, que casi sin hablar yo, escribo ya esto, porque me hallo turbada y algo fuera de mí, como he tornado a traer a mi memoria estas cosas. Bien dijera, si viniera de mí este sentimiento que había hecho algo por Vos, Señor mío; más pues no puede haber buen pensamiento si Vos no lo dais, no hay qué me agradecer, yo soy la deudora, Señor, y Vos el ofendido.

15. Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que

los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y vi a mi Señor con la Majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos en la forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos, que de buena gana parece que huyeran si Vos los dejarades ir. Díjome tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración; y como no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad como se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios: sea bendito por siempre jamás.

16. Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte a donde se murió cierta persona que había vivido harto mal, según supe, y muchos años: mas había dos que tenía enfermedad y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parece a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro: como le vi llevar a enterrar con la honra y ce-

remonias que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto: en todo el oficio no vi más demonio; después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo vi (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace más conocer lo que debo a Dios y de lo que me ha librado. Anduve harto temerosa hasta que lo traté con mi confesor, pensando si era ilusión del demonio para infamar aquel alma, aunque no estaba tenuta por de mucha cristiandad: verdad es que aunque no fuese ilusión, siempre que se me acuerda me hace temor.

17. Ya que he comenzado a decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar y por no ser necesario, digo, para ningún aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro provincial que había sido (y cuando murió lo era de otra provincia) a quien yo había tratado y debido algunas buenas obras: era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que había sido veinte años perlado (cosa que yo temo mucho cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas) y con mucha fatiga me fui a un oratorio: dile todo el bien que había hecho en mi vida (que sería bien poco) y así lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos lo que había menester aquel alma para salir del purgatorio.

18. Estando pidiendo esto al Señor, lo mejor que

yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y vile subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas vile de edad de treinta años, y aun menos me pareció y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta visión, más en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque había fatigadas personas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenía mi alma, que ninguna cosa se me daba ni podía dudar en que era buena visión; digo, que no era ilusión. Había no más de quince días que era muerto, con todo no descuidé de procurar le encomendasen a Dios, y hacerlo yo, salvo que no podía con aquella voluntad que si no hubiera visto esto; porque cuando así el Señor me lo muestra y después las quiero encomendar a su Majestad, pareceme, sin poder más, que es como dar limosna al rico. Después supe (porque murió bien lejos de aquí) la muerte que el Señor le dió, que fué de tan gran edificación, que a todos dejó espantados del conocimiento y lágrimas, y humildad con que murió.

19. Habíase muerto una monja en casa, había poco más de día y medio, harto sierva de Dios, y estando diciendo una lición de difuntos una monja (que se decía por ella en el coro) yo estaba en pie para ayudarla a decir el verso. A la mitad de la lición la vi, que me pareció salía el alma de la parte que la pasada y que se iba al cielo. Esta no fué visión imaginaria como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se duda más que las que se ven.

20. Otra monja se murió en mi mesma casa, de hasta diez y ocho o veinte años, siempre había sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y harto virtuosa. Yo cierto pensé no entrara en el purgatorio; porque eran muchas las enfermedades que había pasado, sino que le sobrarian méritos. Estando en las Horas, antes que la enterrasen (habría cuatro

horas que era muerta) entendí salir del mismo lugar e irse al cielo.

21. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces, y tengo de alma y de cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pensamiento a mi parecer no podía admitir: habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podía encomendándole a Dios y oyendo misa de otro Padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento y vile subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él: por particular favor entendí era ir su Majestad con él.

22. Otro fraile de nuestra orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa, me dió un recogimiento y vi como era muerto, y subir al cielo sin entrar en purgatorio. Murió a aquella hora que yo le vi, según supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las bulas de la orden, para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto, paréceme debe ser porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfección que es ser fraile.

23. No quiero decir más de estas cosas, porque, como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea, mas no he entendido de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio sino es la deste Padre y el santo Fr. Pedro de Alcántara, y el Padre dominico que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido que vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos a otros.



CAPITULO XXXIX

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA DE DECIR LAS GRANDES MERCEDES QUE LE HA HECHO EL SEÑOR: TRATA DE CÓMO LE PROMETIÓ DE HACER POR LAS PERSONAS QUE ELLA LE PIDIESE: DICE ALGUNAS COSAS SEÑALADAS EN QUE HA HECHO SU MAJESTAD ESTE FAVOR.

1. Estando yo una vez importunando al Señor mucho, porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la había del todo casi perdido, yo tenía gran lástima y temía por mis pecados no me había el Señor de oír. Aparecióme como otras veces y comenzóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenía metido, parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne: veíase bien el gran dolor que me lastimaba mucho, y díjome, que quien aquello había pasado por mí, que no dudase sino que mejor haría lo que le pidiese, que él me prometía que ninguna cosa le pidiese, que no la hiciese, que ya sabía él que yo no pediría sino conforme a su gloria, y que así haría esto que ahora pedía. Que aun cuando no le servía, mirase yo que no le había pedido cosa que no la hiciese mejor que yo lo sabía pedir: que cuán mejor lo haría ahora que sabía le amaba, que no du-

dase desto. No creo pasaron ocho días, que el Señor no tornó la vista a aquella persona. Esto supo mi confesor luego: ya puede ser no fuese por mi oración, mas yo como había visto esta visión, quedóme una certidumbre que por merced hecha a mí, di a su Majestad las gracias.

2. Otra vez estaba una persona muy enferma de una enfermedad muy penosa, que por ser no sé de qué hechura, no la señalo aquí. Era cosa incomportable lo que había dos meses que pasaba y estaba en un tormento que se despedazaba. Fuéle a ver mi confesor que era el retor que he dicho, y húbole gran lástima, y díjome que en todo caso le fuese a ver, que era persona que yo lo podía hacer por ser mi deudo. Yo fui y movióme a tener dél tanta piedad, que comencé muy importunamente a pedir su salud al Señor: en esto vi claro, a todo mi parecer, la merced que me hizo, porque luego a otro día estaba del todo bueno de aquel dolor.

3. Estaba una vez con grandísima pena, porque sabía que una persona a quien yo tenía mucha obligación, quería hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya muy determinada a ello. Era tanta mi fatiga, que no sabía qué remedio hacer para que lo dejase, y aun parecía que no le había. Supliqué a Dios muy de corazón que le pusiese, mas hasta verlo no podía aliviarse mi pena. Fuíme, estando así a una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio) y estando en una a donde está Cristo a la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía; mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego y gozo, y deleite interior, que yo me espanté, que sólo oír una voz (que esto oílo con los oídos corporales) y sin entender palabra hiciese tanta operación en el

alma. En esto vi que se había de hacer lo que pedía, y así fué, que se me quitó del todo la pena, en cosa que aun no era (como si lo viera hecho) como fué después. Díjelo a mis confesores, que tenía entonces dos, harto letrados y siervos de Dios.

4. Sabía que una persona que se había determinado a servir muy de veras a Dios, y tenido algunos días oración, y en ella le hacía su Majestad muchas mercedes, que por ciertas ocasiones que había tenido la había dejado, y aun no se apartaba dellas, y eran bien peligrosas. A mí me dió grandísima pena, por ser persona a quien quería mucho y debía: creo fué más de un mes que no hacía sino suplicar a Dios tornase esta alma a sí. Estando un día en oración, vi un demonio cabe mí, que hizo unos papeles que tenía en la mano pedazos con mucho enojo, y a mí me dió gran consuelo, que me pareció se había hecho lo que pedía; y así fué (que después lo supe) que había hecho una confesión con gran contrición, y tornóse tan de veras a Dios, que espero en su Majestad ha de ir siempre muy adelante. Sea bendito por todo. Amén.

5. En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas a más perfección, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida y que dello hay hartos testigos. Luego, luego dábame mucho escrúpulo, porque yo no podía dejar de creer que el Señor lo hacía por mi oración (dejemos ser lo principal por sola su bondad) mas son ya tantas las cosas y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo a su Majestad, y háceme confusión, porque veo soy más deudora, y háceme a mí parecer crecer el deseo de servirle, y avívase

el amor. Y lo que más me espanta es que las que el Señor ve no convienen, no puedo aunque quiero suplicárselo, sino con tan poca fuerza, y espíritu y cuidado, que aunque más quiero forzarle es imposible, como otras cosas que su Majestad ha de hacer, que veo yo que puedo pedirlo muchas veces, y con gran importunidad aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia destas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar; porque aunque lo uno pido (que no dejo de esforzarme a suplicárselo al Señor, aunque no sienta en mí aquel fervor que en otras, aunque mucho me toquen) es como quien tiene trabada la lengua, que aunque quiera hablar no puede, y si habla es de suerte, que ve que no le entienden, o como quien habla claro y despierto, a quien ve que de buena gana le está oyendo. Lo uno se pide (digamos ahora) como oración vocal; y lo otro en contemplación tan subida, que se representa el Señor de manera que se entiende, que nos entiende, que se huelga su Majestad de que se lo pidamos, y de hacernos merced. Sea bendito por siempre, que tanto da y tan poco le doy yo. Porque, ¿qué hace, Señor mío, quien no se deshace todo por Vos? ¿Y qué dello, qué dello, qué dello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto? Por eso no había de querer vivir (aunque hay otras causas) porque no vivo conforme a lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto que algunas veces me parece querría estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí: el que puede lo remedie.

6. Estando en casa de aquella señora que he dicho, a donde había menester estar con cuidado y considerar siempre la vanidad que consigo traen todas las cosas de la vida; porque estaba muy estimada, y era muy loada, y ofrecíanse hartas cosas a que me pudiera bien apegar, si mirara a mí, mas miraba el

que tiene verdadera vista a no me dejar de su mano. Ahora que digo de verdadera vista, me acuerdo de los grandes trabajos que se pasan en tratar personas a quien Dios ha llegado a conocer lo que es verdad en estas cosas de la tierra, donde tanto se encubre, como una vez el Señor me dijo, que muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decía éste mi Maestro celestial, y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí, o me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea; así cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, o porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado a entender en revelación.

7. ¡Mas ay, Dios mío, y cómo aun en las espirituales queremos muchas veces entender las cosas por nuestro parecer, y muy torcidas de la verdad, también como en las del mundo, y nos parece que hemos de tasar nuestro aprovechamiento por los años que tenemos algún ejercicio de oración, y aun parece queremos poner tasa a quien sin ninguna de sus dones cuando quiere, y puede dar en medio año más a uno, que a otro en muchos! Y es cosa ésta que la tengo tan vista por muchas personas, que yo me espanto cómo nos podemos detener en esto. Bien creo no estará en este engaño quien tuviere talento de conocer espíritus, y le hubiere el Señor dado humildad verdadera, que éste juzga por los efectos y determinaciones, y amor, y dale el Señor luz para que lo conozca; y en esto mira el adelantamiento y aprovechamiento de las almas, que no en los años, que en medio puede uno haber alcanzado más que otro en veinte; porque, como digo, dalo el Señor a quien quiere, y aun a quien mejor se dispone. Porque veo

yo venir ahora a esta casa unas doncellas que son de poca edad, y en tocándolas Dios, y dándoles un poco de luz y amor (digo en un poco de tiempo que les hizo algún regalo) no le aguardaron, ni se les puso cosa delante sin acordarse del comer, pues se encierran para siempre en casa sin renta, como quien no estima la vida por el que saben que las ama. Déjalo todo, ni quieren voluntad, ni se les pone delante que pueden tener descontento en tanto encerramiento y estrechura, todas juntas se ofrecen en sacrificio por Dios. Cuán de buena gana les doy yo aquí la ventaja, y había de andar avergonzada delante de Dios; porque lo que su Majestad no acabó conmigo en tanta multitud de años como ha que comencé a tener oración y me comenzó a hacer mercedes, acaba con ellas en tres meses, y aun con alguna en tres días, con hacerlas muchas menos que a mí, aunque bien las paga su Majestad; a buen seguro que no están descontentas por lo que por él han hecho.

8. Para esto querría yo se nos acordase de los muchos años (a los que los tenemos de profesión, y las personas que los tienen de oración) y no para fatigar a los que en poco tiempo van más adelante, con hacerlos tornar atrás para que anden a nuestro paso, y a los que vuelan como águilas con las mercedes que les hace Dios, quererlos hacer andar como pollo trabado; sino que pongamos los ojos en su Majestad, y si los viéremos con humildad darles la rienda, que el Señor, que los hace tantas mercedes, no los dejará despeñar. Fíanse ellos mismos de Dios (que esto les aprovecha la verdad que conocen de la fe) ¿y no los fiaremos nosotros, sino que querremos medirlos por nuestra medida, conforme a nuestros bajos ánimos? No así, sino que si no alcanzamos sus grandes afectos y determinaciones, porque sin experiencia se pueden mal entender. Humíllemonos, y no los condenemos, que con parecer que

miramos su provecho, nos le quitamos a nosotros y perdemos esta ocasión que el Señor pone para humillarnos y para que entendamos lo que nos falta, y cuán más desasidas, y llegadas a Dios deben de estar estas almas que las nuestras, pues tanto su Majestad se llega a ellas.

9. No entiendo otra cosa, ni la querría entender, sino que oración de poco tiempo, que hace efectos muy grandes (que luego se entienden, que es imposible que los haya para dejarlo todo, sólo por contentar a Dios, sin gran fuerza de amor) yo la querría más que la de muchos años, que nunca acabó de determinarse más al postrero que al primero, a hacer cosa que sea nada por Dios, salvo si unas cositas menudas como sal, que no tienen peso ni tomo, que parece un pájaro se las llevará en el pico, no tenemos por gran efeto y mortificación, que de algunas cosas hacemos caso, que hacemos por el Señor, que es lástima las entendamos aunque se hiciesen muchas: yo soy ésta, y olvidaré las mercedes a cada paso. No digo yo que no las terná su Majestad en mucho, según es bueno, mas querría yo no hacer caso dellas, ni ver que las hago, pues no son nada. Mas perdonadme, Señor mío, y no me culpéis, que con algo me tengo de consolar, pues no os sirvo en nada, que si en cosas grandes os sirviera, no hiciera caso de las no nada. Bienaventuradas las personas que os sirven con obras grandes, si con haberlas yo envidia y desearlo, se me toma en cuenta, no quedaría muy atrás en contentaros, mas no valgo nada. Señor mío, ponedme Vos el valor, pues tanto me amáis.

10. Acaeciome un día destos, que con traer un Breve de Roma para no poder tener renta este monasterio se acabó del todo, que paréceme ha costado algún trabajo estando consolada de verlo así concluído, y pensando los que había tenido, y alabando al Señor, que en algo se había querido servir de mí, comencé a pensar las cosas que había pasado, y es

ansi que en cada una de las que parecía eran algo, que yo había hecho, hallaba tantas faltas e imperfecciones, y a veces poco ánimo, y muchas poca fe; porque hasta ahora que todo lo veo cumplido, cuanto el Señor me dijo desta casa se había de hacer, nunca determinadamente lo acababa de creer, ni tampoco lo podía dudar: no sé cómo era esto. Es que muchas veces por una parte me parecía imposible, por otra no lo podía dudar, digo creer, que no se había de hacer. En fin, hallé lo bueno haberlo el Señor hecho todo de su parte, y lo malo yo, y así dejé de pensar en ello, y no quería se me acordase por no tropezar con tantas faltas mías. Bendito sea el que de todas saca bien cuando es servido. Amén.

11. Pues digo, que es peligroso ir tasando los años que se han tenido de oración, que aunque haya humildad, parece puede quedar un no sé qué de parecer se merece algo por lo servido. No digo yo que no lo merecen, y les será bien pagado, mas cualquier espiritual que le parezca, que por muchos años que haya tenido oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá a la cumbre dél. ¿No es harto que haya merecido que le tenga Dios de su mano para no le hacer las ofensas que antes que tuviese oración le hacía, sino que le ponga pleito por sus dineros, como dicen? No me parece profunda humildad, ya puede ser lo sea; mas yo por atrevimiento lo tengo, pues yo con tener poca humildad no me parece jamás he osado. Ya puede ser que como nunca he servido, no he pedido, por ventura si lo hubiera hecho, quisiera más que todos me lo pagara el Señor. No digo yo que no va creciendo un alma y que no se lo dará Dios, si la oración ha sido humilde, mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer en comparación de una gota de sangre de las que el Señor por nosotros derramó: y si con servir más quedamos más deudores, ¿qué es esto que pedimos, pues si pagamos un mara-

vedí de la deuda, nos tornan a dar mil ducados? Que por amor de Dios dejemos estos juicios, que son suyos. Estas comparaciones siempre son malas, aun en cosas de acá, ¿pues qué será en lo que sólo Dios sabe y lo mostró bien su Majestad cuando pagó tanto a los postreros como a los primeros?

12. Es en tantas veces las que he escrito estas tres hojas, y en tantos días, porque he tenido y tengo, como he dicho, poco lugar, que se me había olvidado lo que comencé a decir, que era esta visión. Vine estando en oración en un gran campo a solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenían rodeada, todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte sin que me pudiese a peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi a Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera, que yo no temía toda la otra gente, ni ellos aunque querían me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió a entender lo que significaba; y poco después me vi casi en aquella batería y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender a la triste alma: dejemos los que no sirven mucho al Señor, y honras, y haciendas, y deleites, y otras cosas semejantes, que está claro que cuando no se cata se ve enredada, al menos procuran todas estas cosas enredar más amigos, parientes, y lo que más me espanta personas muy buenas. De todo me vi después tan apretada, pensando ellos que hacían bien, que yo no sabía cómo me defender, ni qué hacer.

13. ¡Oh, váleme Dios, si dijese de las maneras y

diferencias de trabajos que en este tiempo tuve (aun después de lo que atrás queda dicho) cómo sería harto aviso para del todo aborrecerlo todo! Fué la mayor persecución me parece de las que he pasado. Digo, que me vi a veces de todas partes tan apretada, que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo y llamar a Dios: acordábame bien de lo que había visto en esta visión. Hizome harto provecho para no confiar mucho de nadie, porque no le hay que sea estable, sino Dios. Siempre en estos trabajos grandes me enviaba el Señor (como me lo mostró) una persona de su parte, que me diese la mano, como me lo había mostrado en esta visión, sin ir asida a nada, más de contentar al Señor, que ha sido para sustentar esa poquita de virtud que yo tenía en desearos servir. Seáis bendito por siempre.

14. Estando una vez muy inquieta y alborotada, sin poder recogerme, y en batalla y contienda, yéndome el pensamiento a cosas que no eran perfectas, aun no me parece estaba con el desasimiento que suelo: como me vi así tan ruin, tenía miedo si las mercedes que el Señor me había hecho eran ilusiones; estaba, en fin, con una escuridad grande de alma. Estando con esta pena, comencóme a hablar el Señor y díjome, que no me fatigase, que en verme así entendería la miseria que era si él se apartaba de mí, y que no había seguridad mientras vivíamos en esta carne. Dióseme a entender cuán bien empleada es esta guerra y contienda, por tal premio, y parecióme tenía lástima el Señor de los que vivimos en el mundo; mas que no pensase yo me tenía olvidada, que jamás me dejaría, mas que era menester hiciese yo lo que es en mí. Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras en que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice su Majestad muchas veces, mostrándome grande amor: *Ya eres mía, y yo soy tuyo*. Las que yo siempre tengo costumbre de decir, y a mi parecer las digo con

verdad, son: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos? Son para mí estas palabras y regalos tan grandísima confusión, cuando me acuerdo la que soy, que como he dicho, creo otras veces, y ahora lo digo algunas a mi confesor, más ánimo me parece es menester para recibir estas mercedes, que para pasar grandísimos trabajos. Cuando pasa, estoy casi olvidada de mis obras, sino un representármeme que soy ruin, sin discurso de entendimiento, que también me parece a veces sobrenatural.

15. Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaeciome una mañana que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera della, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuantimás agua. Como llegué a la iglesia, dióme un arrobamiento grande, parecióme ver abrir los cielos; no una entrada como otras veces he visto. Representóme el trono, que dije a vuesa merced he visto otras veces, y otro encima dél, a donde por una noticia que no sé decir, aunque no lo vi, entendí estar la divinidad. Parecíame sostenerle unos animales, a mí me parece he oído una figura destos animales, pensé si eran los Evangelistas, mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no vi sino muy gran multitud de Angeles: parecióronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son Serafines o Querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecían tener inflamamiento. Es grande la diferencia como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí, no se puede escribir, ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada: dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo no nada que era todo en com-

paración de aquello; es así que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás, aficionarse a ella; porque todo me parecía un hormiguero. Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar; parecióme había sido muy breve espacio, espantéme cuando dió el reloj, y vi que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame después, cómo en llegando a este fuego (que parece vino de arriba de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera, y procure, y me deshaga por ello, si no es cuando su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella dél) parece que consume el hombre viejo de faltas y tibieza, y miseria, y a manera de como hace el ave fénix (según he leído) y de la misma ceniza, después que se quema sale otra: así queda hecha otra el alma después con diferentes deseos y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a su Majestad fuese así, y que de nuevo comenzase yo a servirle, me dijo: *Buena comparación has hecho, mira no te se olvide para procurar mejorarte siempre.*

16. Estando una vez con la misma duda que poco ha dije, si eran estas visiones de Dios, me apareció el Señor, y me dijo con rigor: *¡Oh, hijos de los hombres, hasta cuándo seréis duros de corazón!* Que una cosa examinase bien en mí, si del todo estaba dada por suya, o no: que si estaba y lo era, que creyese no me dejaría perder. Yo me fatigué mucho de aquella exclamación; con gran ternura y regalo me tornó a decir que no me fatigase, que ya sabía que por mí no faltaría de ponerme a todo lo que fuese su servicio, que se haría todo lo que yo quería (y así se hizo lo que entonces le suplicaba) que mirase el amor que se iba en mí aumentando cada día para amarle, que en esto vería no ser demonio, que no pensase que consentía Dios tuviese tanta parte el demonio

en las almas de sus siervos, y que te pudiese dar la claridad de entendimiento y quietud que tienes. Dióme a entender, que habiéndome dicho tantas personas y tales, que era Dios, que haría mal en no creerlo.

17. Estando rezando el salmo de *Quicumque vult*, se me dió a entender la manera como era un solo Dios y tres personas, tan claro, que yo me espanté y consolé mucho. Hizome grandísimo provecho para conocer más la grandeza de Dios y sus maravillas, y para cuando pienso o se trata en la Santísima Trinidad, parece entiendo como puede ser, y es mucho contento.

18. Un día de la Asunción de la Reina de los Angeles y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced, que en un arrobamiento se me representó su subida al cielo, y el alegría y solemnidad con que fué recibida, y el lugar a donde está. Decir cómo fué esto, yo no sabría. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria; quedé con grandes efetos, y aprovechéme para desear más pasar grandes trabajos, y quedóme grande deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció. Estando en un colegio de la Compañía de Jesús, y estando comulgando los hermanos de aquella casa, vi un palio muy rico sobre sus cabezas: esto vi dos veces; cuando otras personas comulgaban no lo veía.





CAPITULO XL

PROSIGUE EN LA MESMA MATERIA DE DECIR LAS GRANDES MERCEDES QUE EL SEÑOR LA HA HECHO. DE ALGUNAS SE PUEDE TOMAR HARTO BUENA DOCTRINA, QUE ÉSTE HA SIDO, SEGÚN HA DICHO, SU PRINCIPAL INTENTO, DESPUÉS DE OBEDECER, PONER LAS QUE SON PARA PROVECHO DE LAS ALMAS. CON ESTE CAPÍTULO SE ACABA EL DISCURSO DE SU VIDA QUE ESCRIBIÓ: SEA PARA GLORIA DEL SEÑOR. AMÉN.

1. Estando una vez en oración era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien comencé a pensar en como merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzóse con esta consideración a inflamar más mi alma, y vinome un arrobamiento de espíritu de suerte que yo no lo sé decir. Parecióme estar metido y lleno de aquella majestad que he entendido otras veces. En esta majestad se me dió a entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme sin ver quién, más bien entendí ser la misma Verdad: *No es poco esto que hago por ti que una de las cosas es en que me debes, porque todo*

el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde della. A mí me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: ¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí, con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha a tu alma. Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no lo sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que veo con la escuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré, y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no vi nada, mas quedé de una suerte que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme que ninguna cosa se me ponía delante que no pasase por esto.

2. Quedóme una verdad desta divina Verdad que se me representó (sin saber cómo ni qué) esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su Majestad y poder de una manera que no se puede decir; sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé a tener pena de vivir en él. Dejóme con gran ternura y regalo, y humildad. Paréceme que sin entender cómo me dió el Señor aquí mucho, no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No vi nada, mas entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosa que no sea para llegarnos más a Dios: y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad, de-

lante de la misma Verdad. Esto que entendí, es darme el Señor a entender que es la misma Verdad.

3. Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme con más claridad algunas cosas que las que por palabras se me decían: entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Páreceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad deste mundo. Esta Verdad que digo se me dió a entender es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen desta Verdad, como todos los demás amores deste amor, y todas las demás grandezas desta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece el poder desta Majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia y tales cosas imprimidas en el alma! ¡Oh, grandeza y Majestad mía! ¿Qué hacéis, Señor mío todopoderoso? Mirad a quién hacéis tan soberanas mercedes, no os acordáis que ha sido esta alma un abismo de mentiras y piélago de vanidades, y todo por mi culpa, que con haberme Vos dado natural de aborrecer el mentir, yo mesma me hice tratar en muchas cosas mentira. ¿Cómo se sufre, Dios mío, cómo se compadece tan gran favor y merced a quien tan mal os lo ha merecido?

4. Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados, ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro della se me representó Cristo nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta

visión de gran provecho cada vez que se me acuerda, en especial cuando acabo de comulgar. Dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el sér; y que los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido. Es muy diferente el cómo se ve a decirse, porque se puede mal dar a entender. Mas hame hecho mucho provecho y gran lástima de las veces que con mis culpas escurecí mi alma para no ver este Señor.

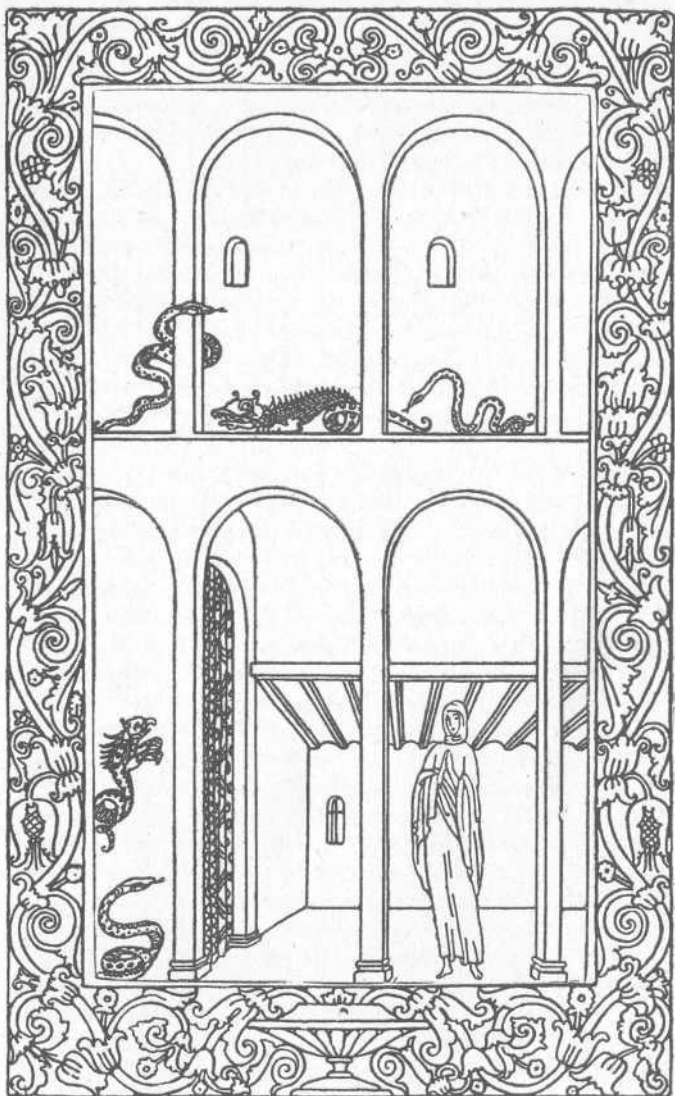
5. Paréceme provechosa esta visión para personas de recogimiento, para enseñarse a considerar al Señor en lo muy interior de su alma; que es consideración que más se apega y muy más frutuosa, que fuera de sí (como otras veces he dicho) y en algunos libros de oración está escrito a donde se ha de buscar a Dios: en especial lo dice el glorioso San Agustín, que ni en las plazas ni en los conventos, ni por ninguna parte que le buscaba le hallaba, como dentro de sí. Y esto es muy claro ser mejor: y no es menester ir al cielo ni más lejos que a nosotros mismos, porque es cansar el espíritu y distraer el alma, y no con tanto fruto. Una cosa quiero avisar aquí por si alguno la tuviere, que acaece en gran arrobamiento; que pasado aquel rato que el alma está en unión, que del todo tiene absortas las potencias (y esto dura poco, como he dicho) quedarse el alma recogida, y aun en lo exterior no poder tornar en sí, mas quedan las dos potencias, memoria y entendimiento, casi con frenesí muy desatinadas. Esto digo que acaece alguna vez, en especial a los principios. Pienso si procede de que no puede sufrir nuestra flaqueza natural tanta fuerza de espíritu, y enflaquece la imaginación. Sé que les acaece a algunas personas. Ternía por bueno que se forzasen a dejar por entonces la oración y la cobrasen en otro tiempo,

aqué! que pierden que no sea justo, porque podrá venir a mucho ímal. Y desto hay experiencia, y de cuán acertado es mirar lo que puede nuestra salud.

6. En todo es menester experiencia y maestro, porque llegada el alma a estos términos, muchas cosas se ofrecen, que es menester con quien tratarlo; y si buscado no le hallare, el Señor no le faltará, pues no me ha faltado a mí siendo la que soy; porque creo hay pocos que hayan llegado a la experiencia de tantas cosas; y si no la hay, es por demás dar remedio sin inquietar y afligir. Mas esto también tomará el Señor en cuenta, y por esto es mejor tratarlo, como ya he dicho otras veces, y aun todo lo que ahora digo, sino que no se me acuerda bien, y veo importa mucho, en especial si son mujeres con su confesor, y que sea tal. Y hay muchas más que hombres, a quien el Señor hace estas mercedes, y esto oí al santo Fr. Pedro de Alcántara y también lo he visto yo, que decía aprovechaban mucho más en este camino que hombres, y daba dello excelentes razones, que no hay para qué las decir aquí, todas en favor de las mujeres.

7. Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fué una representación con toda claridad) como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí. Saber escribir esto yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho. Creo, si el Señor fuera servido, viera esto en otro tiempo, y si lo vieses los que le ofenden, que no ternían corazón ni atrevimiento para hacerlo. Parecióme ya, digo, sin poder afirmarme en que vi nada; mas algo se debe ver, pues yo podré poner esta comparación, sino que es por modo tan sutil y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar, o yo no me sé entender en estas

visiones que no parecen imaginarias, y en algunas algo desto debe haber, sino que como son en arrobamiento las potencias, no la saben después formar como allí el Señor se lo representa y quiere que lo gocen. Digamos ser la divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, o espejo a manera de lo que dije del alma en estotra visión, salvo que es por tan subida manera, que yo no lo sabré encarecer, y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera desta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísimamente cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados. Y es así, que cuando se acuerda, yo no sé cómo lo puedo llevar; y así quedé entonces tan avergonzada, que no sabía me parece a donde me meter. ¡Oh, quién pudiese dar a entender esto a los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, y que con razón los siente Dios, pues tan presentes a su Majestad pasan, y tan desacadadamente nos habemos delante dél! Vi cuán bien se merece el infierno por una sola culpa mortal, porque no se puede entender cuán gravísima cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y que tan fuera de quien él es son cosas semejantes; y así se ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros todo esto nos sufre. Hame hecho considerar, si una cosa como ésta así deja espantada el alma, ¿qué será el día del juicio, cuando esta Majestad claramente se nos mostrará, y veremos las ofensas que hemos hecho? ¡Oh, váleme Dios, qué ceguedad es ésta que yo he traído! Muchas veces me he espantado en esto que he escrito, y no se espante vuesa merced sino como vivo, viendo estas cosas y mirándome a mí. Sea bendito por siempre quien tanto me ha sufrido.



8. Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de Angeles, y muy cerca de Dios; comencé a suplicar a su Majestad por la Iglesia. Dióseme a entender el gran provecho que había de hacer una orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los della han de sustentar la fe.

9. Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento aparecióme un Santo, cuya orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande, abríole, y díjome que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles, y decían así: En los tiempos advenideros florecerá esta orden, habrá muchos mártires.

10. Otra vez estando en Maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis o siete, me parece serían desta mesma orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto a entender han de defender la fe; porque otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo a donde se combatían muchos, y éstos desta orden peleaban con gran fervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban: parecíame esta batalla contra los herejes. A este glorioso Santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradécidome la oración que hago por su orden, y prometido de encomendarme al Señor. No señalo las órdenes, si el Señor es servido se sepa las declarará, porque no se agravien otras, mas cada orden había de procurar, o cada uno della por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su orden, que en tan gran necesidad como ahora tiene la Iglesia le sirviesen: dichosas vidas que en esto se acabaren.

11. Rogóme una persona una vez, que suplicase a Dios le diese a entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el

verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar; dando a entender, que ha de estar muy fuera de desearlo, ni quererlo quien hubiere de tener perlacias, o al menos de procurarlas.

12. Estas mercedes y otras muchas ha hecho el Señor, y hace muy contino a esta pecadora, que me parece no hay para qué las decir, pues por lo dicho se puede entender mi alma, y el espíritu que me ha dado el Señor. Sea bendito por siempre, que tanto cuidado ha tenido de mí.

13. Díjome una vez consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor) que en esta vida no podíamos estar siempre en un sèr, que unas veces ternía hervor, y otras estaría sin él: unas con desasosiegos, y otras con quietud y tentaciones, mas que esperase en él y no temiese.

14. Estaba un día pensando, si era asimiento darme contento estar con las personas que trató mi alma y tenerlas amor, y a los que yo veo muy siervos de Dios, que me consolaba con ellos, me dijo: que si a un enfermo que estaba en peligro de muerte le parece le da salud un médico, que no era virtud dejásele de agradecer y no le amar. ¿Que, qué hubiera hecho si no fuera por estas personas? Que la conversación de los buenos no dañaba, mas que siempre fuesen mis palabras pesadas y santas, y que no los dejase de tratar, que antes sería provecho que daño. Consolóme mucho esto, porque algunas veces pareciéndome asimiento, quería del todo no tratarlos. Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me había de haber con los flacos y con algunas personas. Jamás se descuida de mí; algunas veces estoy fatigada de verme para tan poco en su servicio, y de ver que por fuerza he de ocupar el tiempo en cuerpo tan flaco y ruin como el mío, más de lo que yo querría.

15. Estaba una vez en oración, y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores, y había

de tener el vómito ordinario. Como me vi tan atada de mí, y el espíritu por otra parte queriendo tiempo para sí, vime tan fatigada, que comencé a llorar mucho y afligirme: esto no es sola una vez, sino como digo muchas, que me parece me daba un enojo contra mí mesma, que en forma por entonces me aborrezco; mas lo contino es entender de mí, que no me tengo aborrecida, ni falto a lo que veo me es necesario. Y plega al Señor que no tome muchas, más de lo que es menester, que si debo hacer. Esta que digo, estando en esta pena, me apareció el Señor, y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor dél y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece que nunca me vi en pena, después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor y consolador mío, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera, que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir sino para esto, y lo que más de voluntad pido a Dios. Díglele algunas veces con toda ella: Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí: dame consuelo oír el reloj, porque me parece me llegó un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

16. Otras veces estoy de manera, que ni siento vivir ni me parece he gana de morir, sino con una tibieza y escuridad en todo, como he dicho, que tengo muchas veces de grandes trabajos. Y con haber querido el Señor se sepan en público estas mercedes que su Majestad me hace (como me lo dijo algunos años ha que lo habían de ser, que me fatigué yo harto, y hasta ahora no he pasado poco, como vuesa merced sabe, porque cada uno lo toma como le parece) consuelo me ha sido no ser por mi culpa, porque en no lo decir sino a mis confesores, o a personas que sabía dellos lo sabían, he tenido gran aviso y extremo; y no por humildad, sino porque, como he dicho, aun

a los mismos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria a Dios, aunque mucho me murmuraban y con buen celo, y otros temen tratar conmigo y aun confesarme, y otros me dicen hartas cosas, como entiendo que por este medio ha querido el Señor remediar muchas almas (porque lo he visto claro, y me acuerdo de lo mucho que por una sola pasara el Señor) muy poco se me da de todo. No sé si es parte para esto, haberme su Majestad metido en este rinconcito tan encerrado, y a donde ya como cosa muerta, pensé no hubiera más memoria de mí, mas no ha sido tanto como yo quisiera, que forzado he de hablar a algunas personas; mas como no estoy a donde me vean, parece ya fué el Señor servido echarme a un puerto, que espero en su Majestad será seguro. Por estar ya fuera del mundo, y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme ya bien poco de que digan ni se sepa, en más ternía se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir, que después que estoy aquí, ha sido el Señor servido que todos mis deseos paren en esto. Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo; ni contento ni pena que sea mucha no la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, con tanta brevedad que yo me maravillo, y deja el sentimiento como una cosa que soñó; y esto es entera verdad, que aunque después yo quería holgarme de aquel contento, o pesarme de aquella pena, no es en mi mano, sino como lo sería a una persona discreta tener pena, o gloria de un sueño que soñó, porque ya mi alma la despertó el Señor de aquello, que por no estar yo mortificada ni muerta a las cosas del mundo, me había hecho sentimiento, y no quiere su Majestad que se torne a cegar.

17. Desta manera vivo ahora, Señor y Padre mío, suplique vuesa merced a Dios, o me lleve consigo, o me dé como le sirva; Plega a su Majestad esto que

aquí va escrito haga a vuesa merced algún provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo; mas dichoso sería el trabajo, si he acertado a decir algo, que sola una vez se alabe por ello al Señor, que con esto me daría por pagada, aunque vuesa merced luego lo queme. No querría fuese sin que lo viesen las tres personas que vuesa merced sabe, pues son y han sido confesores míos, porque si va mal, es bien pierdan la buena opinión que tienen de mí; y si va bien, son buenos y letrados, sé que verán de dónde viene, y alabarán a quien lo ha dicho por mí. Su Majestad tenga siempre a vuesa merced de su mano, y le haga tan gran santo, que con su espíritu y luz, alumbré a esta miserable, poco humilde y mucho atrevida, que se ha osado determinar a escribir en cosas tan subidas. Plega al Señor no haya en ello errado, teniendo intención y deseo de acertar y de obedecer, y que por mí se alabase en algo al Señor (que es lo que ha muchos años que le suplico) y como me faltan para esto las obras, heme atrevido a concertar esta mi desbaratada vida; aunque no gastando en ello más cuidado, ni tiempo de lo que ha sido menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza y verdad que yo he podido. Plega al Señor, pues es poderoso, y si quiere puede, quiera que en todo acierte yo a hacer su voluntad, y no permita se pierda esta alma, que con tantos artificios y maneras, y tantas veces ha sacado su Majestad del infierno y traído a sí. Amén.

El espíritu Santo sea siempre con vuesa merced. Amén. No sería malo encarecer a vuesa merced este servicio, por obligarle a tener mucho cuidado de encomendarme a nuestro Señor, que según lo que he pasado en verme escrita, y traer a la memoria tantas miserias mías, bien podría; aunque con verdad puedo decir, que he sentido más en escribir las mer-

cedes que el Señor me ha hecho, que las ofensas que yo a su Majestad. Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, a condición que vuesa merced haga lo que me prometió, en romper lo que mal le pareciere. No había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él: puede ser vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar a ver lo que escribía: suplico a vuesa merced lo enmiende, y mande trasladar, si se ha de llevar al P. M. Avila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir; porque que como a él le parezca voy por buen camino, quedará muy consolada, que ya no me queda más para hacer lo que es en mi. En todo haga vuesa merced como le pareciere; y vea está obligado a quien así le fía su alma. La de vuesa merced encomendaré yo toda mi vida a nuestro Señor, por eso dese priesa a servir a su Majestad para hacerme a mí merced, pues verá vuesa merced por lo que aquí va cuán bien se emplea en darse todo, como vuesa merced lo ha comenzado, a quien tan sin tasa se nos da. Sea bendito por siempre, que yo espero en su misericordia nos veremos a donde más claramente vuesa merced y yo veamos las grandes que ha hecho con nosotros, y para siempre jamás le alabemos. Amén. Acabóse este libro en junio, año de 1562.

Esta fecha se entiende de la primera vez que le escribió la Madre TERESA DE JESÚS sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado, y añadió muchas cosas que acontecieron después de esta fecha, como es la fundación del monasterio de San Josef de Avila, como en la página 274 del tomo primero parece.—Fr. Domingo Bañez.

El Maestro Fr. Luis de León

AL LECTOR



EL MAESTRO

FRAY LUIS DE LEON

AL LECTOR

Con los originales de este libro vinieron a mis manos unos papeles, escritos por las de la santa Madre TERESA DE JESÚS, en que, o para memoria suya, o para dar cuenta a sus confesores, tenía puestas cosas que Dios le decía, y mercedes que le hacía, demás de las que en este libro se contienen, que me pareció ponerlas con él, por ser de mucha edificación. Y así las puse a la letra, como la Madre las escribe, que dice así:

1. Esto me dijo el Señor un día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer y en amar. No habrás oído, que San Pablo estuviese gozando de los goces celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando ves a mi Madre, que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento; desde que le dijo Simeón aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz, para que viese lo que yo había de padecer. Los grandes Santos, que vivieron en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían graves peniten-

cias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolación espiritual. Cree, hija, que a quien mi Padre más ama da mayores trabajos, y a éstos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar, que querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Así me ayudarás a llorar la perdición que traen los del mundo (entendiendo tú esto) que todos sus deseos, y cuidados y pensamientos, se emplean en como tener lo contrario. Cuando este día comencé a tener oración, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecía casi imposible poderla tener. Díjome el Señor: por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, he yo hablado contigo y regaládote. Y es así cierto, que sería como hora y media poco menos, el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas y todo lo demás, ni yo me divertía, ni sé a donde estaba, y con tan gran contento, que no sé decirlo, y quedóme buena la cabeza, que me ha espantado y harto deseo de padecer. También me dijo, que trajese mucho en la memoria las palabras que dijo a sus Apóstoles, que no había de ser más el siervo que el Señor.

2. Un día de Ramos, acabando de comulgar, quedé con gran suspensión, de manera, que aun no podía pasar la forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había hinchido de sangre; y parecíame estar también el rostro, y toda yo cubierta della, como si entonces acabara de derramarla el Señor; me parece estaba caliente, y era excesiva la suavidad, que entonces sentía, y díjome el Señor: Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con tan gran de-

leite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día. Esto dijo, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos después de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo. Y así hacía unas consideraciones bobas, y debíalas admitir el Señor; porque ésta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y así para la comunión me ha quedado aprovechamiento.

3. Había leído en un libro, que era imperfección tener imágenes curiosas, y así quería no tener en la celda una que tenía. Y también antes que leyese esto, me parecía pobreza tener ninguna sino de papel, y como después leí esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada dello: Que no era buena mortificación: ¿que cuál era mejor: la pobreza, o la caridad? Que pues era mejor el amor que todo lo que me despertase a él, no lo dejase ni lo quitase a mis monjas, que las muchas molduras y cosas curiosas en las imágenes, decía el libro, y no la imagen. Que lo que el demonio hacía con los luteranos, era quitarles todos los medios para más despertar, y así iban perdidos. Mis fieles, hija, han de hacer ahora más que nunca al contrario de lo que ellos hacen.

4. Estando pensando una vez, con cuánta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y como cuando yo ando en ellos, debo andar mal y con muchas faltas, entendí: No puede ser menos, hija, procura siempre en toda recta intención y desasimiento, y mirarme a mí, que vaya lo que hicieres conforme a lo que yo hice.

5. Estando pensando qué sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamiento en público, entendí: No conviene ahora, bastante crédito tienes para

lo que yo pretendo: vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.

6. Estando con temor un día de si estaba en gracia o no, me dijo: Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas, yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo. Engañarse ha quien se asegure por regalos espirituales: la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia. Mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener la luz, es entender el alma que no puede nada por sí, y que le viene de mí; porque aunque esté en ella, en un punto que yo me aparte, verná la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede, y lo que yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden, pues quieres poner por escrito los de los hombres.

7. La víspera de San Sebastián, el primer año que vine al monasterio de la Encarnación a ser priora, comenzando la Salve, vi en la silla prioral a donde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de Angeles a la Madre de Dios, y ponerse allí; a mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo a la imagen que me dió la condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíanme encima de las coronas de las sillas y sobre los antepechos muchos Angeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la Salve, y díjome: Bien acertaste en ponermé aquí, yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré.

8. Como una tarde se fuese mi confesor con mucha priesa, llamado de otras ocupaciones que tenía más necesarias, yo quedé un rato con pena y tristeza, y como criatura de la tierra no me parece me tiene

asida, díome algún escrúpulo, temiendo no comen- zase a perder esta libertad. Esto fué a la tarde, y a la mañana otro día respondiome nuestro Señor a ello, y díjome, que no me maravillase, que así como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, así el alma desea (cuando hay quien la entienda) comunicar sus gozos y penas, y se entristece de no tener con quién. Como estuvo algún espacio conmigo, acordóseme que había dicho a mi confesor, que pasaban de presto estas visiones; y díjome, que había diferencia desto a las imaginarias, y que no podía en las mercedes que nos hacía haber regla cierta; porque unas veces convenía de una manera, otras de otra.

9. Un día después de comulgar, me parece clarísimamente se puso cabe mí nuestro Señor, y comen- zóme a consolar con grandes regalos, y díjome entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que yo soy, mues- tra tus manos; y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: Mira mis llagas, no estás sin mí: pasa la brevedad de la vida (1). En algunas cosas que me dijo entendí que después que subió a los cielos, nunca bajó a la tierra sino es en el San- tísimo Sacramento, a comunicarse con nadie. Díjo- me, que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego

(1) No dice en esto la santa Madre, como algunos han entendido, y engañádose, que entonces había abajado del cielo la humanidad de Cristo para hablar con ella, lo que no había hecho con nadie después de su Ascensión. Porque, como se ve, acababa de comulgar entonces; y así en las especies del Santísimo Sacramento tenía a Cristo consigo, que le decía lo que ella aquí dice. Ni menos en decir que no abajó a la tierra Cristo después que subió a los cielos quita que no se haya mostrado a muchos siervos suyos y hablado con ellos, no abajando él, sino elevándoles a ellos sus entendimientos y almas para que le viesen y oyesen, como de San Esteban se escribe, y de San Pablo en los «Actos de los Apóstoles».

en sí para gozar de aquel gozo, y que había estado mucho con ella, porque había sido menester.

10. Una mañana, estando en oración, tuve un gran arrobamiento, y parecíame que nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díchole: Esta que me diste te doy, y parecíame que me llegaba a sí: esto no es cosa imaginaria sino con una certeza grande, y una delicadeza tan espiritual, que no se sabe decir, díjome algunas palabras que no se me acuerdan, de hacerme merced eran algunas. Duró algún espacio tenerme cabe sí.

11. Acabando de comulgar, segundo día de cuaresma en San Josef de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella (que debía ser a donde hicieron llaga), tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota deste paso, consolóme mucho, y comencé a pensar que gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y a darme pena. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, ¿que qué podía hacer para remedio desto, que determinada estaba a todo? Díjome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese prisa a hacer estas cosas, que con las almas de ellas tenía el descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener a donde le servían, y que las que hiciesen en lugares pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras, y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de perlado, y que pusiese mucho, que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que él nos ayudaría para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la perlada que no proveyese y regalase a la enferma, era como los amigos de Job, que él daba

el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación destas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina, nunca había entendido nada para escribir su función. Díjome, ¿que qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa? Quiso decir que haciéndolo sólo él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné a ponerlo por obra.

12. El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración después de comulgar con pena, porque me divertía de manera que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó a inflamarse mi alma pareciéndome que claramente entendía tener presente a toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, a donde entendió mi alma por cierta manera de representación como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza como es Dios Trino, y Uno; y así me parecía hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una destas Personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que dice el Señor que estarán con el alma que está en gracia las tres divinas Personas. Estando yo después agradeciendo al Señor tan gran merced, hallándome indignísima della, decía a su Majestad con harto sentimiento, que pues me había de hacer semejantes mercedes, ¿que por qué había dejádome de su mano para que fuese tan ruin? (porque el día antes había tenido gran pena por mis pecados, teniéndolos presentes). Vi aquí claro lo mucho que el Señor había puesto de su parte desde que era muy niña para llegarme a sí con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon. Por donde claro se me re-

presentó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar a él, y más conmigo que con nadie, por muchas causas. Parece quedaron en mi alma tan imprimidas aquellas tres Personas que vi, siendo un solo Dios, que a durar ansí, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Una vez poco antes destoyendo a comulgar, estando la forma en el relicario, que aun no se había dado, vi una manera de paloma que meneaba las alas con ruido. Turbóme tanto y suspendióme, que con harta fuerza tomé la forma. Esto era todo en San Josef de Avila, donde también una vez entendí: Tiempo verná, que en esta iglesia se hagan muchos milagros, llamarla han iglesia santa. Esto entendí en San Josef de Avila, año de mil y quinientos y setenta y uno.

13. Estando un día pensando, si tenían razón los que les parecía mal que yo saliese a fundar, y que estaría yo mejor empleándome siempre en oración, entendí: Mientras se vive no está la ganancia en procurar gozarme más, sino en hacer mi voluntad. Parecióme a mí, que pues San Pablo dice del encerramiento de las mujeres (que me lo han dicho poco ha, y aun antes lo había oído) que esto sería la voluntad de Dios, y díjome: Diles, que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y ¿que si podrán por ventura atarme las manos?

14. Estando yo un día después de la octava de la Visitación encomendando a Dios un hermano mío, en una ermita del monte Carmelo, dije al Señor (no sé si en mi pensamiento, porque está este mi hermano a donde tiene peligro su salvación): Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Parecíame a mí no me quedara cosa que pudiera por hacer. Díjome el Señor: ¡Oh, hija, hija!, ¿hermanas son mías éstas de la Encarnación, y te detienes? Pues ten ánimo, mira que lo quiero yo, y no es tan dificultoso como te pa-

rece, y por donde piensas perderán estotras cosas, ganará lo uno y lo otro; no resistas, que es grande mi poder.

15. Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacía una persona muy religiosa, y como yo pudiera haber hecho más (según los deseos me ha dado alguna vez el Señor de hacerla) si no fuera por obedecer a los confesores, ¿que si sería mejor no los obedecer de aquí adelante en eso? Me dijo: Eso no, hija, buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que haces? En más tengo tu obediencia.

16. Una vez estando en oración me mostró por una manera de visión intelectual, cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi por visión intelectual la Santísima Trinidad, de cuya compañía venía a aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme a entender aquellas palabras de los Cantares, que dicen: *Dilectus meus descendit in hortum suum*. Mostróme también cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada y liada, y atapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oír, y en gran oscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una. Parecióme que a entender esto como yo lo vi, que se pueden mal decir, que no era posible querer ninguno perder tanto bien ni estar en tanto mal.

17. Estando en la Encarnación, el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, estando comulgando, partió la forma el P. Fr. Juan de la Cruz (que me daba el Santísimo Sacramento) para otra hermana: yo pensé que no era falta de forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar entero el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Díjome su Majestad: No hayas miedo, hija,

que nadie sea parte para quitarte de mí. Dando a entender que no importaba. Entonces representóseme por visión imaginaria como otras veces muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido, de aquí adelante no sólo como de Criador, y como de Rey, y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya, y la tuya mía. Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor: que, o ensanchase mi bajeza, o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes.

18. Estando en el monasterio de Toledo, y aconsejándome algunos que no diese el enterramiento dél a quien no fuese caballero, díjome el Señor: Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí pobre, y despreciado dél: ¿por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí, o habéis vosotras de ser estimadas por linajes, o por virtudes?

19. Un día me dijo el Señor: Siempre desees los trabajos, y por otra parte lo rehusas; yo dispongo las cosas conforme a lo que sé de tu voluntad, y no conforme a tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo: he querido que ganes tú esta corona; en tus días verás muy adelantada la orden de la Virgen. Esto entendí del Señor mediado febrero, año de 1571.

20. Estando en San Josef de Avila, víspera de pascua del Espíritu Santo en la ermita de Nazareth, considerando en una grandísima merced que nuestro Señor me había hecho en tal día como éste, veinte años había poco más o menos, me comenzó un impetu

y hervor grande de espíritu que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese a estos Padres descalzos de su parte, que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría en más crecimiento esta religión, y cuando en ellas faltasen, entendiesen que iban menoscabando de su principio. La primera, que las cabezas estuviesen conformes. La segunda, que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. La tercera, que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas. La cuarta, que enseñasen más con obras que con palabras. Esto fué año de 1579. Y porque es gran verdad, lo firmé de mi nombre.

TERESA DE JESÚS

FIN



INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

Páginas.

CAP. XXV.—En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien y de harta doctrina.	5
CAP. XXVI.—Prosigue en la misma materia: va declarando y diciendo cosas que le han acaecido, que le hacían perder el temor, y afirmar que era buen espíritu el que la hablaba.	19
CAP. XXVII.—En que trata otro modo con que enseña el Señor al alma, y, sin hablarla, la da a entender su voluntad por una manera admirable. Trata también de declarar una visión y gran merced que le hizo el Señor, no imaginaria. Es mucho de notar este capítulo.	23
CAP. XXVIII.—En que trata las grandes mercedes que le hizo el Señor, y cómo le apareció la primera vez: declara qué es visión imaginaria, dice los grandes efectos y señales que deja cuando es de Dios. Es muy provechoso capítulo, y mucho de notar.	34
CAP. XXIX.—Prosigue en lo comenzado, y dice algunas mercedes grandes que la hizo el Señor, y las cosas que su Majestad la hacía para asegurarla, y para que respondiese a los que la contradecían.	44

- CAP. XXX.—Torna a contar el discurso de su vida, y cómo remedió el Señor muchos de sus trabajos con traer al lugar donde estaba el santo varón Fr. Pedro de Alcántara, de la orden del glorioso San Francisco. Trata de grandes tentaciones y trabajos interiores que pasaba algunas veces. 52
- CAP. XXXI.—Trata de algunas tentaciones exteriores y representaciones que le hacía el demonio, y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas para aviso de personas que van camino de perfección. 64
- CAP. XXXII.—En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le presentó por lo que fué. Comienza a tratar la manera y modo cómo se fundó el monasterio a donde ahora está de San Josef. 77
- CAPITULO XXXIII.—Procede en la misma materia de la fundación del glorioso San Josef. Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor. 89
- CAP. XXXIV.—Trata cómo en este tiempo convino que se ausentase deste lugar: dice la causa, y cómo la mandó ir su perlado para consuelo de una señora muy principal, que estaba muy afligida. Comienza a tratar lo que allá le sucedió, y la gran merced que el Señor la hizo de ser medio para que su Majestad despertase a una persona muy principal para servirle muy de veras, y que ella tuviese favor y amparo después en él. Es mucho de notar. 99
- CAP. XXXV.—Prosigue en la misma materia de la fundación desta casa de nuestro glorioso padre San Josef. Dice por los términos que ordenó el Señor viniese a guardarse en ella la santa pobreza; y la causa porque se vino de con aquella señora que estaba, y otras algunas cosas que le sucedieron. 111
- CAP. XXXVI.—Prosigue en la materia comenzada, y dice cómo se acabó de concluir, y se fundó este monasterio del glorioso San Josef, y las grandes contradicciones y persecuciones que, después de tomar hábito las religiosas, hubo, y los grandes trabajos y tentaciones que ella pasó, y cómo de todo la sacó el Señor con vitoria, y en gloria y alabanza suya. 119
- CAP. XXXVII.—Trata de los efectos que le quedaban cuándo el Señor le había hecho alguna merced: junta con esto harta buena doctrina. Dice cómo se ha de

Páginas.

procurar, y tener en mucho ganar algún grado más de gloria, y que por ningún trabajo dejemos bienes que son perpetuos.	135
CAP. XXXVIII.—En que trata de algunas grandes mercedes que el Señor la hizo, así en demostrarle algunos secretos del cielo, como otras grandes visiones y revelaciones que su Majestad tuvo por bien viese: dice los efectos con que la dejaban, y el gran aprovechamiento que quedaba en su alma.	143
CAP. XXXIX.—Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que le ha hecho el Señor: trata de cómo le prometió de hacer por las personas que ella le pidiese: dice algunas cosas señaladas en que ha hecho su Majestad este favor.	157
CAP. XL.—Prosigue en la misma materia de decir las grandes mercedes que el Señor la ha hecho. De algunas se puede tomar harto buena doctrina, que éste ha sido, según ha dicho, su principal intento, después de obedecer, poner las que son para provecho de las almas. Con este capítulo se acaba el discurso de su vida que escribió; sea para gloria del Señor. Amén.	171
El maestro Fr. Luis de León al lector.	187



Año Cristiano y Vida de los Santos

entresacadas y extractadas de los autores más autorizados, P. Rivadeneira, P. Croisset, etc., etc.

POR

TEODOMIRO MORENO DURAN

Obra ilustrada con grabados y precedida de un prólogo

DEL

R. P. AGUSTÍN MÁZ FOLCH

(Publicada con licencia eclesiástica)

Conocer las vidas de los Santos es casi un deber de todo creyente y un ejercicio meritorio y saludable para cuantos deseen ajustar sus actos a las normas del bien.

Los hombres de estos tiempos, espíritus oscilantes como velas encendidas y expuestas al viento, según la frase de Fenelón, se preocupan apenas de educar la inteligencia, fecunda potencia del alma, por cuya virtud las más grandes lumbreras de la humanidad, sabios, artistas, héroes, produjeron en todas las épocas obras admirables y llevaron a cabo gigantescas empresas. Principio y complemento de esta cultura ha de ser la del estudio de los que, como dice un pensador, «sólo son bienhechores de la humanidad, los que hicieron reinar la virtud en el mundo».

Esta obra está editada en **doce tomos**, uno para cada mes, 20 x 13, de 200 a 306 páginas cada uno, con 134 láminas en total, reproducción de los cuadros más famosos de los museos. En rústica, con cubiertas alegóricas, **18 pesetas**, y en tela, con planchas doradas, y con estuche librería para colocarlo, **42 pesetas**.

OBRAS POÉTICAS

- Antología de Panamá**, por Demetrio Korsi. Un tomo, 3 pesetas.
- Cantando por ambos mundos**, de S. Rueda. Un t. 6 pesetas.
- Cantos de Vida y Esperanza**, por Rubén Darío.—Un tomo, 3 ptas.
- Colección de sonetos** (350 de los mejores autores de España y de América), por N. Díaz de Escobar.—Un tomo, 3 pesetas.
- El libro azul** (poesías), por Adalberto A. Esteva.—Un tomo, 2 ptas.
- Futilidades**, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 pesetas.
- Jevillos**.—**Pomarrosas**.—**Cantos de rebeldía**, por José de Diego. Cada tomo, 3 pesetas.
- La Casa del Pecado**, por F. Villaspesa.—Un tomo, 3 pesetas.
- La Araucana**, por Alonso de Ercilla.—2 tomos, 6 pesetas.
- Mis Mejores Poesías**, por F. Villaspesa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Mi Patria y mi Dama**, por J. L. Cordero.—Un tomo, 3 pesetas.
- Obras Poéticas de José Espronceda**.—Con ocho láminas, 3 ptas.
- Obras Completas de D. Ramón Campoamor**.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo, 3 pesetas.
- Obras de Manuel Acuña** (poesías).—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Argentino**.—Con retratos, un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Antillano**, por O. Baril.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Boliviano**, por L. F. Blanco Mesaño.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Brasileño**, por Alfonso Costa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Colombiano**.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Chileno**.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Cubano**, por Adrián del Valle.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Costarricense**, por Rafael Bolívar Coronado.—Un t. 3 ptas.
- Parnaso Dominicano**, por O. Baril.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Ecuatoriano**, por José Brissa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Español Contemporáneo**, por José Brissa.—Un t. 6 ptas.
- Parnaso Filipino** por E. Martín de la Cámara.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Mexicano**, por A. Esteva y J. Pablo Rivas.—2 tomos, 6 ptas.
- Parnaso Nicaragüense**.—Un tomo con retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Paraguayo**, por Michel A. De Vitis.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Peruano**, por V. G. Calderón.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Portorriqueño**, por E. Torres Rivera.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Salvadoreño**, por Salvador L. Eraso.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Uruguayo**, por Antonia Artucio Ferreira.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Venezolano**, por G. Gamargo.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías Escogidas**, por Juan de Dios Peza.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Antonio Plana**.—Un tomo ilustrado, 3 pesetas.
- Pasionarias**, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Ricardo Palma**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Escogidas de Manuel Machado**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Salvador Rueda**.—Un tomo en 4.^o de 378 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas.
- Poemas de Enrique Heine**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Andrés Bello**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Olegario V. Andrade**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Asunción Silva**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Joaquín Olmedo**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías completas de Santos Chocano**.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías escogidas**, por E. Carrasquilla-Mallarino.—Un tomo, 3 ptas.
- Poesías completas**, de Manuel Ugarte.—Un tomo, 4 pesetas.
- Rosas de Pasión**.—**Poesías de Carlos Miranda**. Un tomo, 3 pesetas.

POESIAS COMPLETAS

DE

SALVADOR RUEDA

Cuando se editó por primera vez este libro, dijo el poeta Curros Enríquez: «Desde la aparición de los *Gritos del Combate*; antes, tal vez: desde la aparición de las *Rimas*, de Bécquer, no registra la lírica española acontecimiento más notable que la publicación de *Trompetas de órgano*.»

Esta sección de las poesías de Rueda, figura en sus **POESÍAS COMPLETAS**, amén de las que posteriormente escribió, y que dieron fama imperecedera al eximio vate malagueño.

Lleva esta obra, además del prólogo nombrado, valiosos apéndices relacionados con la coronación de Rueda. Un grueso volumen, formato 22 por 15 centímetros, de 576 páginas, con el retrato del autor, **6 pesetas** en rústica y **9** en tela.

CANTANDO POR AMBOS MUNDOS

NUOVA COLECCION DE POESIAS

DE

SALVADOR RUEDA

Años después de publicado el volumen de *Poesías Completas*, la copiosa producción de Rueda aumentó con una nueva obra el dilatado Catálogo de esta Casa Editorial.

En el libro **CANTANDO POR AMBOS MUNDOS**, figura de un modo íntegro la producción poética del inspirado vate, en los últimos años; pudiendo afirmarse que en estos dos tomos se encuentra todo cuanto Rueda ha creído digno de leerse y conservarse.

Este volumen, de igual formato y precio que el anterior, lleva al frente un prólogo del autor, otro 'del escritor chileno A. Donoso, y varios apéndices de crítica y viajes.

OBRAS ESCOGIDAS

POR

Salvador Farina



Salvador Farina es uno de los escritores amenos que mejor poseen hoy en Europa el arte de narrar, conmoviendo al lector con recursos naturales, honrados.

Su pluma engrandece los asuntos más baladíes y da a los tipos más vulgares proporciones literarias. El interés y el sentimiento se desarrollan en este autor a través de las escenas comunes de la vida, sin apartarse de la verosimilitud ni de la moral cristiana.

Farina es apellidado en su país el Dickens italiano; pero no porque la crítica le considere remedo del gran novelista inglés, sino porque participa de sus pensamientos y de las bellezas de su estilo.

Sus libros, generalmente historias de amor, ennoblecidas y embellecidas por el sentimiento y por el arte, son popularísimos en Italia y en la Argentina, y muy leídos en España. La inapreciable condición de que estas novelas pueden entrar en todos los hogares, facilita grandemente la difusión de este autor, favorito de las familias.

He aquí la lista de las obras escogidas de este escritor:

Los bellos ojos de la Gloria.	Por la Vida y por la Muerte.
Amor tiene cien ojos.	El señor Yo.
Hasta la muerte.	La Virgencita Blanca.
Cabellos rubios.	Frutos prohibidos.
Amor vendado.	Un Testamento.
¡Hijo mío!	El número 13.
Don Quijotillo.	El Libro de los Amores.
Oro escondido.	El Segundo Libro de los Amores.
El secreto de la tumba.	El Tesoro de Donnina.

Precio de cada tomo, en rústica, 2 pesetas; encuadernado en tela, 3'50 pesetas.

OBRAS RELIGIOSAS

(con licencia eclesiástica)

Fabiola o la iglesia de las Catacumbas, por el CARDENAL WISEMAN.—Un voluminoso tomo de más de 400 páginas, encuadernado en cartóné, 4'50 pesetas.

Tierra Santa, impresiones de un sudamericano, por R. CÚNEO-VIDAL (Juan Pagador).—Un tomo de 288 páginas, en papel satinado, ilustrado con láminas artísticas, grabados fotográficos y cubierta en colores. En rústica, 4 pesetas y 6 en tela.

Selva sagrada, por V. A. SIMARRO Y GAYÓN.—Versión poética, en castellano, del *Nuevo Salterio*, reformado por S. S. Pío X; con arreglo al orden del Breviario Romano y el Oficio Divino. Un tomo 19×13, de 574 páginas. En rústica, 7 pesetas y 10 en tela.

El estudiante católico, por LUIS DE GONZAGA TAPIA.—Guía para los que tienen vocación eclesiástica. Un tomo 17×12, de 590 páginas, 4 pesetas en tela.

La Tierra Santa o Palestina, por ANTONIO LLOR, PBRO.—Estudio histórico de la misma y sus monumentos. Edición ilustrada con 16 láminas al cromó tipolito-gráfico. Un volumen 28×19, de 736 páginas, encuadernado en tela, con planchas doradas, 15 pesetas.

La senda del Calvario, por la BARONESA DE WILSON.—Nueva y completa Semana Santa, en prosa y verso; las Siete Palabras y toda clase de oraciones. Un tomo 16×11, de 190 páginas con 14 láminas, en piel flexible, 2 pesetas en tela.



96-8-3481

VI

VI

SHI

VI

VI

VI



VIDA DE

SNT. TERESA



II

